



La muñeca tatuada

Abigail Villalba Sánchez

La muñeca Tatuada
Abigail Villalba Sánchez

Tempus Fugit Ediciones



© Todos los derechos reservados

Título original: La muñeca tatuada

©2015 Abigail Villalba Sánchez

©Diseño maqueta y portada: Tempus Fugit Ediciones

Copyright 2015. Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los derechos reservados

La muñeca Tatuada
Abigail Villalba Sánchez
Tempus Fugit Ediciones



Índice

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos:](#)

Para ti, por saber cómo aplacarme, por guiarme en senderos de oscuridad marchita. Por las caricias de luz que me hacen, aunque no lo veas, ver más allá de todo.

Capítulo I

"A veces, ni siquiera yo sé quién soy, ni qué me trajo aquí. El tiempo pasa a mi alrededor como un velo de lluvia llevado por el viento, como un susurro gritado a la nada. Pero estoy aquí, guardando un secreto que nadie quiere conocer, que a nadie le interesa. Estoy sola, completamente aislada en la negrura y, sin embargo... continuo esperando. ¿Qué espero? No lo sé. ¿A quién? Tampoco. Solo tengo la certeza de que, al final, tras los días que escapan por mi ventana llegará algo, y ese algo, cambiará mi vida"

Ara releyó las líneas que estaban escritas en la pared. Tras dos largas semanas de búsqueda, había encontrado la puerta que daba a esa habitación. Por fin. Apenas se había fijado si algo era diferente a la primera vez que había entrado, pues lo único que le interesaba era saber si aquellas frases seguían allí.

Suspiró profundamente y las acarició con la yema de los dedos, con dulzura. A pesar del tiempo que había empleado en investigar sobre ellas, no había encontrado nada que arrojara un poco de luz sobre su misterio. Incluso había buscado más letras en su habitación, Aun sabiendo que en esas cuatro paredes no había nada de interés. Era frustrante y, a la vez, emocionante. De hecho, era lo único emocionante que había allí.

—¿Quién demonios eras? —preguntó, en un susurro y arrastrando las sílabas, como si le costara vocalizar.

Carraspeó, sacudió la cabeza y dejó su voz escondida en un rincón, apartada para otro momento. Después se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared, justo al lado del párrafo.

Sus ojos violetas se entrecerraron, mientras luchaban contra el polvo que ella misma había levantado. Intentó no toser pero, tras un incómodo momento, su pecho se contrajo dolorosamente en una serie de espasmos. Poco a poco, el polvo se asentó y Ara consiguió tomar un poco de aire, pese a que este no era el mejor.

Efectivamente, la habitación seguía tal y como ella recordaba: más pequeña que el resto, pintada en un brillante tono azul y decorado con pequeños elefantes amarillos. Aparentemente, la habitación de un niño. Pero ¿por qué parecía que ese niño nunca había nacido? Todo estaba sin usar, impecable... salvo por la gruesa capa de polvo que cubría todo a su alrededor.

Tras unos segundos de completo silencio, en los que ni siquiera ella se atrevió a pensar, Ara se levantó y deambuló por la habitación, como si fuera la primera vez que lo hacía. Observó cada detalle, cada minúscula partícula que conformaba ese pequeño y extraño universo. Acarició los juguetes pulcramente colocados en la estantería, y sonrió cuando notó en ella una inesperada ola de cariño y esperanza. Ignoraba por qué, pero aquellos sencillos elementos llenaban su mente de música, de risas y de un incontrolable anhelo. No era la primera vez que le pasaba, así que desechó como pudo los sentimientos y continuó con su escrutinio, esta vez, para acercarse a la cuna. Nunca antes lo había hecho pero, como de costumbre, ignoraba por qué. Quizá fuera porque las letras la habían llamado más la atención o, simplemente, porque le daba miedo encontrarse algo allí que no quisiera ver. Esa vez, sin embargo, impulsada por esa repentina necesidad de saber más, se acercó y apartó el cobertor de seda azul con toda la lentitud del mundo.

Y la vio... Y gritó. Como si la poca voz que le quedaba quisiera escapar.

En la cuna había una muñeca, una pequeña, desnuda y con los ojos abiertos. Y en su frente, bajo el pelo rubio, había dos palabras escritas, dos palabras que a ella se le tornaron eternas, hermosas y siniestramente vacías. Porque, ¿quién se atrevía a decir "te quiero" a alguien que, en realidad, no existía?

Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que cerró los ojos. ¿Una, dos horas? ¿Quizá más? La oscuridad rodeaba todo lo que tenía al alcance de la mano, incluso el reloj que marcaba las cinco y media de la mañana.

Enzo se estremeció cuando el frío acarició sus brazos desnudos y su rostro, apenas despierto. Somnoliento, se pasó la mano por la barba de tres días que nacía en su mentón y después, bostezó sonoramente. No recordaba cuándo se había quedado dormido, ni siquiera recordaba haberse desnudado.

Frunció el ceño, se rascó la nuca y contempló el reflejo de la televisión encendida, justo frente a él. Una película porno brillaba en la pantalla, aunque sus gemidos baratos quedaban ahogados por el silencio de la habitación. Ignoró por completo la película y cogió el mando que reposaba junto a su cadera, apenas cubierta por la sábana. Aun así, no fue consciente de que los canales pasaban ante sus ojos, en un vano intento de venderse a él, a sus ojos y a ese bolsillo que, cada día, se llenaba de más billetes. En realidad, su mente estaba muy lejos de allí, oculta en un lugar al que nadie quería entrar, ya que podían perderse tanto como él lo estaba haciendo.

Al cabo de un rato, Enzo suspiró, cerró los ojos y se levantó. Era evidente que no podía dormir y, si podía evitarlo, no iba a perder el tiempo.

Cogió de la silla sus pantalones de traje, su camisa blanca y una corbata que le gustaba bastante. Después se pasó una mano por el pelo, dejó que este se alborotara bajo ella y se puso los zapatos.

Justo en ese momento, su móvil, que había quedado relegado a uno de los bolsillos, vibró con insistencia.

—¿Sí? —preguntó, con suavidad.

—¿Papá? ¿Eres tú? —Una voz sutil, apenas un silbido, atravesó la barrera del sueño y le hizo despejarse.

—¿Ocurre algo, princesa? —Enzo suspiró profundamente y se detuvo junto al ascensor. Una triste sonrisa se dibujó en sus labios, como tantas veces a lo largo de esos dos meses.

—No... o sí, no lo sé. —La voz de la pequeña pareció titubear, porque casi desapareció—. La abuela dice que no vas a volver hasta dentro de mucho. ¿Es verdad?

Enzo se estremeció con fuerza al notar la tristeza implícita en esa frase, una desolación tan arrolladora como la que él mismo cargaba. Tragó con fuerza, carraspeó y se obligó a dar un paso más, a seguir adelante a pesar de todo.

—Volveré, Adriana. No sé cuándo, pero lo haré lo antes posible —contestó, sin ser capaz de mentirla—. ¿Te ha explicado la abuela por qué no estoy allí? ¿Por qué tengo que quedarme aquí?

El silencio pareció alargarse durante lo que solo fueron unos segundos. Casi podían escucharse las dudas de la pequeña hacerse palabras.

—No demasiado bien. Dice que tienes una misión, como los héroes que salen en la tele —susurró, emocionada—. ¿Es verdad?

—Es verdad, sí. Pero no soy ningún héroe de la tele —contestó, en el mismo tono cadente y dulce de la niña—. Solo soy un hombre que hace lo que tiene que hacer.

De nuevo, el silencio se apoderó de la conversación. Ninguno dijo nada durante unos momentos, hasta que Enzo cayó en la hora que era. Tomó aire y lo soltó con un suave bufido.

—¿Te has dado cuenta de la hora que es, canija? ¿No deberías de estar en la cama?

—¿Sí? Oh. —Adriana dejó escapar una carcajada llena de dulce picardía—. Ahora voy, promesa.

—¿Promesa de verdad?

—¡De la buena!

Enzo sonrió, como solo él podía hacer en esos momentos: calmadamente, con suavidad, con

paciencia. Con cariño. Su corazón aceleró sus latidos hasta que resonaron sobre el ruido del ascensor al llegar, sobre el último silencio de la conversación.

Suspiró, aferró el teléfono con más fuerza y apretó la mandíbula hasta que esta crujió. Cómo echaba de menos estar con ella. Cómo anhelaba volver atrás en el tiempo, a esos estúpidos momentos en los que sus brazos no eran el único refugio. Cómo deseaba regresar a ese ideal que mantenía vivo en su cabeza, cual frenética llama a punto de morir. Cómo dolía la cruda verdad.

—¿Adriana? —susurró, con la voz rota.

—¿Sí, papá?

—Te quiero.

—¿Estás...llorando? —preguntó, con tanta tristeza que él sintió cómo se le encogían las entrañas de puro desasosiego.

—No, cariño. Los héroes no lloramos —contestó y tras dejar que una lágrima desbordara sus ojos, colgó.

Hacía un frío horrible en aquella habitación y Ara no tardó en ser consciente de ello. Se cruzó de brazos, se mordió el labio inferior y observó, de nuevo, la dichosa muñeca que había trastocado su mundo en tan solo unos segundos. ¿Cuánto llevaba allí? ¿Y por qué? ¿Era para ella o, simplemente, pertenecía a esa habitación, como todo lo demás?

Frustrada, se apartó de la cuna unos pasos y miró a su alrededor, sin saber bien dónde posar sus ojos. De pronto, allí donde posaba su mirada veía algo nuevo, algo inquietante que hacía que su corazón latiera desbocado.

Incluso el espejo que la reflejaba, con sus perfectas grietas a los lados, le parecía distinto.

Ara se estremeció cuando el miedo que llevaba por dentro amenazó con salir más deprisa de lo que ella podía soportar. La sensación de que todo se le iba de las manos no fue tan fugaz como pensaba porque permaneció con ella incluso cuando, momentos después, decidió salir corriendo.

Hacía años que no recurría a eso y hacía incluso más que no huía de nada. Al menos, no estando despierta o consciente. El resto... bueno, con el resto de los miedos no podía hacer nada, porque incluso ella sabía que en las pesadillas no había una manera justa de lucha.

El pasillo parecía infinitamente largo y oscuro, lo cual era curioso, porque estaba perfectamente iluminado por pequeñas lámparas de pared que apenas titilaban. Como siempre, las puertas se sucedían unas a otras: hechas de madera, de cristal, acero. Había puertas desvencijadas, rotas, nuevas... cada una cerrando la entrada a un secreto que, tarde o temprano, descubriría. Sin embargo, y aunque su curiosidad innata la llevaba a querer abrirlas todas, esa vez solo se detuvo al llegar a una puerta en concreto. Una discreta, blanca y limpia, con un brillante veintidós anclado en ella.

Ara suspiró frenéticamente, abrió la puerta y volvió a cerrarla tras de sí. Poco a poco sus latidos fueron tranquilizándose, hasta que se convirtieron en un murmullo apenas tapado por el ronco sonido del ventilador que giraba en el techo de la habitación.

Allí se iniciaban sus recuerdos, precisamente en aquella habitación. Podría decirse que, de alguna manera, todo había empezado allí, aunque no entendía ni cómo, ni por qué. De aquél lugar, con sus paredes pintadas en verde y con aquellas cortinas blancas que rozaban el suelo, solo podía decir cosas buenas.

—Por fin en casa —susurró quedamente, mientras se quitaba la fina camiseta de manga larga y la dejaba en el respaldo de una silla, donde se podían ver otro montón de prendas apiladas.

Nadie contestó a su tímido saludo aunque ella tampoco esperaba respuesta. Ignoraba el tiempo que llevaba allí, pero nunca se había encontrado con nadie más, aunque tenía la certeza de que no estaba sola.

¿Cómo iba a estarlo, a fin de cuentas? Tendría que ser tonta para creer que toda la comida, el agua y la ropa aparecían por arte de magia. Allí, en algún lugar, había alguien más y era cuestión de tiempo que le encontrara.

Ara sonrió brevemente cuando la conocida sensación de bienestar acarició su piel erizada. Obvió la televisión apagada y los relojes que marcaban las seis de la tarde, y después, tras acariciar el lomo de los libros que se acumulaban en la mesilla, se dirigió al baño contiguo.

Adoraba la rutina del día a día, a pesar de todo: despertar, sonreír, descubrir que había tras la siguiente puerta. Después, regresar a aquella habitación, perderse en la dulzura del agua caliente... y esperar al día siguiente. Era agradable, aunque una tarea solitaria que, poco a poco, mermaba su espíritu. A veces, no podía evitar hacerse preguntas mientras el agua mecía sus caderas llenas de cicatrices, rojizas, que parecían recientes. ¿Por qué ella? ¿Por qué allí? ¿Por qué siempre tenía la sensación de que su vida era un sueño inconcluso? Pero las respuestas nunca llegaban, o al menos, ella nunca sabía interpretarlas correctamente, lo que era realmente frustrante.

Ara exhaló con fuerza cuando notó el frío del suelo clavarse en sus pequeños pies desnudos. Como cada día, se deshizo del resto de la ropa con lentitud, como si siguiera un juego premeditado: primero, la camiseta interior, que dio paso a sus brazos, largos y blancos, hendidos por lo que parecían viejas heridas de guerra. Después, el sujetador y el cinturón que sujetaba holgadamente el pantalón negro a sus estrechas caderas. Por último, el vaquero que escondía sus largas y maltrechas piernas. Aun así, a pesar de las abruptas heridas rosadas que aún cubrían su cuerpo, Ara era hermosa. Su cuerpo, aunque estropeado, seguía siendo escultural y su rostro, de fina porcelana y ojos violetas, era aún digno de admirar. Incluso su pelo, medianamente corto y oscuro, resultaba elegante y atractivo. Cuando terminó, apenas unos minutos después de haberse quitado la primera prenda, Ara se sumergió en el agua caliente y sonrió.

De inmediato, como si el mero susurro del agua removiera en ella viejos recuerdos, su mente despegó y se perdió en la contemplación de algo a lo que ella recurría mucho. Era apenas una sensación disfrazada de sombra, pero fuerte e intensa. Podía oler su aroma, masculino y profundo, y sentir como este se metía bajo su piel. Con los ojos cerrados, podía sentir sus brazos rodeándola en esa misma bañera, en esa misma habitación. Y después escuchaba las risas, la dulzura entretejida de los gemidos al hacer el amor. *La sombra* se acurrucaba con ella, una y otra vez, en cada fantasía. Y aunque si hubiese sido en otra ocasión, hubiera tenido miedo, la sola presencia de esa sombra en sus recuerdos le tranquilizaba y le daba fuerzas para seguir al día siguiente. Por eso Ara adoraba aquella habitación, porque la sombra, esa que siempre la seguía, era allí más nítida... más real. Más viva. Más como ella y menos como fantasía.

Ara suspiró de placer cuando notó la presencia de la sombra en la entrada de la habitación. Sonrió con picardía e hizo amago de salir, como cada día. Sabía lo que venía después, por mucho que la pesara. Había intentado mil veces cambiar el destino de esa fantasía, de esa historia, pero nunca lo conseguía y eso, la hacía polvo. Aun así, lo intentó. Se incorporó con cuidado y estiró los brazos. Sin embargo, en cuanto puso un pie fuera de la bañera, se oyó un golpe en la puerta y la sombra, que se había acercado a ella, desapareció.

La cafetería que tenía frente a él era el lugar más siniestro que hubiera conocido, a pesar de estar ricamente decorada y estar llena de gente.

Enzo se estremeció de asco al ver las sonrisas de las madres que acababan de dejar a sus hijos en el colegio de al lado. ¿Cómo podían sonreír en un lugar como ese? ¿No se daban cuenta de que todo estaba contaminado por la sombra de una tragedia? Incluso él, que no había estado presente en el accidente

notaba como la sangre se le helaba en las venas.

Pero tenía que quedarse allí.

De alguna manera, sabía que había algo que él podía hacer para solucionar aquel embrollo. Cualquier cosa que estuviera en discordancia, cualquier elemento que se saliera de lo normal le serviría, cualquier cosa en realidad...

—Sabía que estarías aquí. —Una voz, llena de afabilidad llenó sus oídos con fuerza.

Enzo se estremeció al reconocer en ella a su mejor amigo, una persona a la que hacía... ¿días? ¿meses? que no veía.

—Qué perspicaz. ¿Querías algo?

—Cuánta mala leche acumulada —bromeó y le dio un golpe amistoso en el hombro. Cuando lo hizo, parpadeó sorprendido y tiró de él para girarle—. Estás en los huesos, joder. ¿Qué coño has hecho?

Enzo sonrió, por primera vez en mucho tiempo. Se sacudió las mangas del traje e hizo crujir el cuello hacia ambos lados. Después le devolvió la mirada al joven de ojos verdes y media melena rubia que esperaba, pacientemente.

—No tengo demasiada hambre. En realidad... ninguna. Si como es porque tengo que levantarme ¿sabes? —contestó y, de pronto, se echó a reír.

Las carcajadas brotaron de sus labios como un torrente, pero no había ningún tipo de alegría en su espontaneidad. Por el contrario, solo se oía miedo, congoja, desesperación. Sentimientos que nunca, nunca, deberían mezclarse en algo parecido a una risotada.

—Parezco imbécil, ¿verdad? —susurró y apartó la mirada de la confusión que veía en el verde de sus ojos—. Aquí, perdido en una ciudad que nunca he querido visitar y la que estoy jodidamente anclado. Y sin comer. Y prácticamente sin dormir, porque no quiero hacerlo. A veces me pregunto si yo también estaré tan loco como todos estos —musitó y cerró los ojos, dolorosamente.

—Enzo, yo... joder, ven. —Luca tiró de él con fuerza y le obligó a seguir sus pasos, mucho más firmes, hacia un coche azul que estaba aparcado frente a la cafetería. Sin embargo, apenas unos pasos antes de llegar a él, Enzo se detuvo, blanco como la muerte.

—No. No voy a subirme a esa mierda. —Retrocedió, mientras su piel perdía color, perdía la escasa vida que le ataba al mundo—. No. No. Otra vez no. Otra vez... no.

Continuó su letanía en voz baja, como una siniestra llamada a un recuerdo que no quería invocar. Sin embargo, este acudió de todas maneras, en forma de intenso torrente. De pronto, los gritos, el miedo, la sangre... la sensación de que todo se deshacía a su alrededor, de que todo se desmigajaba incontrolablemente se hizo con él, y lo hizo temblar como un niño perdido en la oscuridad.

¿Por qué? ¿Por qué los recuerdos le atosigaban de esa manera? ¿Por qué se cebaban con él si solo pretendía ocultarlos en un rincón? Sabía que no iba a poder olvidarlos nunca, pasara lo que pasara, pero él mismo se veía incapaz de seguir adelante con esa losa sobre su pecho. Por eso, retrocedió, como un cobarde, como un desertor de su propia vida. Y huyó, huyó como nunca había hecho antes, como nadie le había permitido hasta ese momento.

Todo quedó atrás: las palabras, buenas y malas, el intenso olor a café de la cafetería, las dulces risotadas de las madres. Todo se perdió bajo sus pasos, descontrolados y desesperados. Todo.

Incluso él.

Incluso el momento que había roto toda su vida.

Capítulo II

El miedo había sido atroz y, por ello, le había arrastrado lejos, tan lejos que ni él mismo reconoció los adoquines que pisaba. Sin embargo, las voces seguían acosándole, susurrando su nombre en cada respiración.

Por fin, se detuvo, porque su cuerpo famélico no podía más. A pesar del pánico que le sacudía y de esa intensa sensación de malestar que le llevaba a querer alejarse, el cansancio y su propia anatomía le habían dado la espalda.

Enzo notó la primera náusea en cuanto se detuvo en la esquina que separaba dos calles extremadamente concurridas. El cómo había llegado hasta allí sin llevarse a nadie por delante era un misterio, uno que, sinceramente, nunca iba a ser resuelto porque ni siquiera a él le interesaba.

—¡¡Enzo!!

Oyó que la voz de Luca volvía a llamarle, como llevaba haciendo los últimos diez minutos. No le había despistado, ni se había deshecho de él, tal y como pretendía. Ahora se vería obligado a disculparse, a decir cosas que no sentía y todo por guardar los reductos de una amistad que podría haber sido mucho mejor.

Las náuseas se hicieron más intensas conforme todo volvía a ser nítido y real. La música de fondo, de un saxofón lleno de alegría, los pasos de los viandantes a su alrededor y el confuso gruñido de las bocinas se entremezclaron hasta convertirse en una maza que le golpeó el pecho con fuerza. Esta vez, no pudo evitarlo. A pesar de las miradas recelosas que algunos le dedicaban y del asco que llenaba otras, Enzo vomitó. Echó lo poco que tenía en el estómago y tosió hasta que los pulmones silbaron, incómodos.

—Ya está, ey... —Luca reapareció a su lado, tan jadeante como él, pero con mucho más color bajo la barba—. Lo siento, tío. No pensé...

Enzo hizo un gesto para que no continuara hablando. No quería escucharle, ni pensar que podía haberle hecho daño con su estúpido y reciente pánico. Pero ¿qué otra cosa podía hacer salvo esa? ¿Luchar? ¿Luchar contra algo que era imposible de vencer? Lo había intentando durante meses y lo único que había conseguido era empequeñecer en un mundo que amenazaba con devorarlo.

—Yo tampoco —susurró como pudo y se incorporó, cansinamente—. Necesito una cerveza.

—Una cerveza —repitió Luca, incrédulo, pero se apresuró a asentir y a buscar con la mirada un bar. Encontró uno al otro lado de la calle, así que enganchó a Enzo de un brazo y lo arrastró hasta allí—. ¿Sin alcohol? —preguntó, en cuanto se sentaron en un rincón, junto a los baños.

—¿Estás de coña? —Enzo sacudió la cabeza, se echó la mano al bolsillo del traje y sacó un billete de diez euros que dejó sobre la mesa—. Pide algo de comer si tienes hambre, me siento generoso. Ya sabes —continuó, con una media y agotada sonrisa—. Por los viejos tiempos.

Luca tuvo que contener las ganas que tenía de abofetearle y sacudirle hasta que sus neuronas volvieran a su lugar inicial. ¿Qué había sido del chico brillante que destacaba en el puñetero bufete? ¿Qué había hecho la vida con él? ¿Y por qué, si él, menos que nadie, lo merecía?

Las preguntas no parecían tener respuesta alguna, porque la realidad era lo que tenía ante sus ojos, aunque no quisiera detenerse a mirar. Y lo cierto es que apenas podía hacer nada para cambiarla, salvo brindarle su tímido apoyo. Por eso, Luca terminó por desviar la mirada y coger fuerzas con el aire que inhalaba.

—Enzo... tienes que pasar página. En serio, sé que de pronto todo parece una mierda y que no ves

salida al túnel, pero... —Luca chasqueó la lengua y tamborileó con los dedos sobre la mesa, hasta que sintió que, frente a él, Enzo giraba la cabeza—. Joder, tienes una niña que te necesita. ¿Acaso ella no merece, no sé, un poco de atención?

Las palabras se clavaron en su pecho con tanta fuerza que tuvo que ahogar un gemido. Notó los nudillos crujir bajo el hosco sonido de su respiración y supo que, aunque no lo sintiera en ese momento, su corazón sangraba.

¿Cómo se atrevía a decirle que su hija no tenía atención?! ¿Cómo?!

La bruma que envolvía sus pensamientos se deshizo brevemente y tan solo para que varias palabras más se colaran por sus retazos. Sin embargo, Enzo estaba muy lejos de allí, debatiéndose entre sus propias acusaciones: había abandonado a su hija. La había dejado tirada en casa de sus padres. ¿Y por qué? Siempre había querido pensar que era por su propio bien, porque él estaba luchando contra la injusticia que les había separado. Pero ahora, dos meses después de su huida, sabía y reconocía que había sido por un motivo mucho más cruel y duro. Un motivo que no quería reconocer, pero con el que soñaba cada noche. Lo cierto es que se había alejado de ella porque no se atrevía a mirarla, a descubrir a su mujer en los ojos interrogantes de la pequeña. Aún no había hablado con ella de lo ocurrido, ni había contestado a esas preguntas lacerantes que les hacía sangrar a ambos. ¿Cómo decirle a una niña de apenas seis años que su madre, posiblemente, no despertara nunca? ¿Cómo explicarle que una mujer había decidido robarles su felicidad?

No. Definitivamente, no había respuestas ni valor para ese momento. Así que, por mucho que le doliera quedarse allí, debía de hacerlo. Por el bien de ambos.

—Mi hija está bien —dijo, finalmente—. Y yo también. No necesito ayuda para esto, así que si no tienes nada mejor que decir...

—¡Y una mierda, Enzo! —estalló, Luca, que era incapaz de ver como su humanidad se deshacía en humaredas frente a él. Dio un golpe en la mesa, haciendo que los dos vasos que acababan de traer se estremecieran y crearan ondas en el líquido ambarino—. Claro que necesitas ayuda, ¿es que no te das cuenta? ¡Ya te estamos ayudando, coño!

—El hecho de que me dejarais defender un caso que me atañe por personal no significa nada. — Enzo se pasó la mano derecha por la cara, tapando las profundas ojeras que oscurecían el ya de por sí oscuro color de sus ojos—. Y estoy haciendo bien mi trabajo.

—Sí, un trabajo cojonudo. ¿Ya sabes quién es ella? ¿Se ha dignado a aparecer en estos dos meses de investigación?

—No. Estamos en ello.

Luca echó la cabeza hacia atrás y apretó los puños, impotente. Se le ocurrían tantas cosas que decirle, tantas acusaciones, consejos y estupideces que no sabía por dónde empezar. Nunca se había visto en una situación similar, aunque hubiera crecido aprendiendo sobre lo que implicaba verse en una de esas. Sin embargo, ver de cerca el dolor de un amigo, sentir el frío miedo y la dura responsabilidad de llevar justicia a un hogar roto era mucho más difícil de lo que ponía en los libros. Por mucho que quisiera pensar que sí, no había leyes para lo que tenía ante sus ojos. Ni justicia. Ni verdad.

— Aparecerá. Y yo estaré contigo para asegurarnos de que la encierran ¿me sigues?

Se hizo el silencio, solo roto por la televisión que graznaba tras ellos y el continuo parloteo de quienes bebían en la barra. Aun así ese silencio se hizo notar, durante uno, dos, tres segundos que se alargaron a lo largo de un minuto en el que Enzo se bebió su cerveza. Después, el silencio se rompió, pero no con una palabra o con un suspiro. Fue con una sonrisa, lenta y segura. Con una sonrisa pura, llena de paz. Con una sonrisa que solo un hombre desesperado podía esbozar.

Dolía. Ardía. Todo parecía contener algún tipo de fuego, porque no era normal que su cuerpo temblara de esa manera. Necesitaba moverse, huir de esa continua quemazón, pero era completamente incapaz de hacer nada que no fuera gritar. Ni siquiera sus pulmones parecían querer reaccionar porque el aire que entraba en ellos era espeso y denso, lleno de los olores desagradables de la sangre y el metal.

Y, de pronto, todo pasó. El dolor quedó ahogado en los sollozos que escapaban de su pecho y aunque continuó latiendo durante un buen rato, el fuego había terminado por desaparecer.

Ara abrió los ojos y dejó que las lágrimas se escurrieran hasta empapar la almohada. Trató de levantarse, pero el dolor fue tan intenso que la hizo gruñir y hacerse un ovillo que pretendía esconderla de todo. No lo consiguió porque, a pesar de sus esfuerzos, su cuerpo seguía latiendo al compás del dolor. ¿Qué había pasado? ¿Por qué en ese momento y no en otro? Era incapaz de contestar a tantas cosas, pero sabía que aquella no sería la primera vez que ocurriría. Lo había sabido desde el mismo momento en el que sus heridas se abrieron en mitad del pasillo y dejaron ver que no estaba tan bien como aparentaba. Aun así había seguido adelante, porque las heridas no dolían ni molestaban, salvo por el hecho de que la sangre teñía la ropa. Ahora comprendía que tenía que ir con cuidado, porque no estaba a salvo de sufrir las dolencias del tiempo.

Suspiró profundamente y tras pasar los temblorosos dedos por las heridas inflamadas, se incorporó lentamente. Curiosamente, seguía en la habitación verde, donde se había quedado dormida horas antes pero, ahora, parecía ligeramente diferente y cambiada. Sorprendida, Ara ignoró en gran medida el dolor para prestar atención a todo lo que la rodeaba: las cortinas aparecían ahora pulcramente recogidas, atadas con el cierre típico dorado de los hoteles. Tras ellas, la ventana entreabierta dejaba pasar el aire frío, limpio y con aroma a hierba recién cortada.

Era evidente que alguien había estado allí, pero... ¿quién? ¿Sería la misma persona que cada mañana dejaba el desayuno en la puerta? ¿O la misma criatura que cuidaba de ella cada noche? Una vez más, nada parecía tener una respuesta lógica, así que lejos de inquietarse, Ara se levantó y vació el vaso de agua que había sobre la mesilla. El frío líquido calmó la sequedad de su garganta y la obligó, en cierta manera, a despejarse.

—Ayer te marchaste pronto —susurró y giró la cabeza para contemplar la oscuridad que se escurría junto a la ventana. Observó con nostalgia como *la sombra* se encogía de hombros y como se sentaba en el lugar cálido que ella acababa de abandonar. En ese momento deseó con fuerza que las sombras desaparecieran de su vida, porque era incapaz de creer que no pudieran comunicarse con ella. Notó la congoja aferrarse a su garganta, pero eso no evitó que continuara hablando—. Me gustaría tocarte. Es tan... frustrante tenerte cerca y no saber qué eres.

La sombra volvió a encogerse de hombros, pero su gesto fue tan triste que ella misma sintió la necesidad de acercarse a él y curar el efecto de sus palabras a besos. Pero sabía que no podía hacerlo o desaparecía, como un recuerdo en mitad de un buen sueño. Algún día descubriría qué les ataba a ambos a aquel lugar y por qué lo hacía. Quizá así pudiera descubrir que había tras la oscuridad de ambos.

—Tengo que salir —dijo, mientras hundía las manos en el agua del lavabo—. Quiero aprender más de todo esto. ¿Te gustaría acompañarme?

Ara sintió su caricia como el roce de una pluma: tembloroso, dulce, suave e insólito. Toda ella se estremeció y su piel, anhelante, se erizó, pidiendo mucho más. En ese momento quiso girarse y perderse en ese cúmulo de sensaciones, en esa seguridad desproporcionada que le daba su presencia y en esa cálida paz que normalmente la reconfortaba. Pero Ara no se atrevió, porque no quería perder la magia del momento, del efímero instante. Se quedó quieta, temblando con los ojos cerrados, mendigando en silencio otra caricia. Sin embargo esta no llegó y cuando volvió a abrirlos, se encontró sola, en silencio, sumida de nuevo en la soledad que caracterizaba su propio mundo.

No supo cuanto tiempo pasó, pero cuando Ara salió del baño, la calidez del sol brillaba en toda la habitación. Tal y como esperaba no había rastro de la sombra, ni siquiera parecía que hubiera estado allí, salvo por la curiosa sensación que aún sentía en el pecho.

Ara sonrió brevemente y cojeó hasta el armario, donde como cada día, había ropa limpia, de su talla y con su olor impregnado en cada hebra. Otro misterio al que sumar a la lista, como tantos otros antes. Ignoró la curiosidad que la acechaba y tras arreglarse, abandonó la habitación de hotel para buscar otra salida en el pasillo.

El camino parecía mucho más oscuro que otras veces, pese a las diferentes luces que iluminaban cada recoveco. No obstante, siguió caminando, alejándose de la puerta que representaba toda su seguridad e internándose en lo desconocido, en las cientos de puertas que esperaban a ser abiertas. Pero ¿cuál debía ser abierta ese día? ¿cuál de todas ellas podía arrojar luz en su situación? Normalmente la escogía de manera aleatoria, siguiendo pequeños impulsos que la instaban a hacerlo pero, ahora, a la luz de todo lo que había ocurrido en aquellos dos días... ¿cómo debía escoger? ¿siguiendo los impulsos de su corazón o centrándose en descubrir la verdad?

Una vez más, se detuvo, confusa y miró a su alrededor. Tres puertas cerradas parecían esperarla, parecían tentarla para que las abriera. ¿Cuántas posibilidades tenía de equivocarse y cuánto tiempo para ello? No era la primera vez que se hacía esa pregunta y tampoco era la primera vez que se quedaba en blanco. Demasiadas cosas por descubrir, demasiados problemas. Finalmente, Ara tomó aire y se acercó a la primera puerta a su derecha, una entrada de piedra, oscura y fría como la misma noche que había dejado atrás.

Sintió miedo. Y repulsa. Y, a la vez, una irrefrenable curiosidad que no pudo contener, así que, tras un momento lleno de silencio y dudas, la abrió.

El pitido de las máquinas de hospital era ya como una melodía en sus oídos. El continuo y dulce sonido intermitente que señalaba que todo iba bien se había convertido, en aquellos dos meses de espera, en una canción que podía tararear prácticamente en cualquier momento. No era agradable, pero tampoco se alejaba de serlo.

Enzo se acomodó en la silla de plástico que estaba junto a la cama y observó los brazos delgados y jóvenes de la que siempre había sido su alma, su vida. Resultaba absurdo pensar que no podía moverlos, que no podía rodearle el cuello ni susurrarle tonterías al oído. Ni siquiera podía sentir los absurdos y tristes latidos de su corazón. Aun así, Enzo la cogió trémulamente de la mano y acarició sus delgados nudillos con el pulgar.

—Hoy me he encontrado con Luca —comentó, como quien inicia una conversación casual, verdadera—. Insiste en ayudarme... en ayudarnos, en realidad. Pero el muy cabrón dice que he dejado a nuestra niña sola. —Se detuvo, acarició el anillo dorado que ella llevaba en el anular izquierdo y resopló—. Tú me entiendes, ¿verdad? ¿Entiendes por qué aún no puedo volver? Y mucho menos sabiendo que esa hija de puta está suelta por ahí.

Un pitido más agudo hizo que, rápidamente, calmara su estallido y tranquilizara los alocados pensamientos que se habían hecho con él. Ese pitido, que a otros le resultaba molesto e inquietante, a él le daba la oportunidad de creer que ella le entendía y que, de alguna manera, se acercaba a él. Y realmente parecía ser así, porque había momentos de cada mañana en la que le notaba junto a él, como una presencia reconfortante y manifiesta. Esa sensación se volvía nítida solo a veces y, aunque pareciera una estupidez fruto de su despiadada mente, la sentía más cerca... más viva. Mucho menos imposible de tratar.

—Las cosas se están complicando —musitó, mientras clavaba los ojos en la pared que tenía en

frente. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que no la miraba a la cara, ni contemplaba sus finos y fríos labios. Desde el accidente, había rechazado el derecho de observarla a voluntad, porque le parecía una falta de respeto. Añoraba verla, sí. Anhelaba contemplarla... también. Pero por encima de todos esos descarados sentimientos, se encontraba uno mucho más patente y firme: su respeto—. Siguieron su pista hasta una casa a las afueras, pero allí tampoco había nada. Ni fotos, ni huellas... ni siquiera un triste cacharro de comida preparada. Es como si se la hubiera tragado la tierra ¿sabes? Como si todo esto hubiese sido premeditado y no... bueno, un accidente.

Se detuvo, meditabundo, mientras jugaba con los dedos de la joven, acariciando cada falange con ternura, hasta que fue consciente de que el tiempo pasaba. Sin embargo, se resistió a abandonarla, pese a que tenía trabajo que hacer. Se quedó allí un momento más, sumido en la negrura de sus pensamientos, en la profundidad de unas cavilaciones que se tornaban cada vez más pretenciosas y alocadas. Pero ¿qué otra cosa podía pensar si las posibilidades morían a cada segundo?

Un firme golpe en la puerta le hizo levantar la cabeza, sorprendido.

—¿Puedo pasar? —Una joven, apenas entrada en la treintena vestida con el uniforme del hospital abrió la tosca puerta blanca y entró en la habitación, sin dar pie a que él contestara.

—Buenos días —saludó a cambio y se apartó de su mujer, a regañadientes. Contempló cómo la mujer comprobaba las constantes vitales que aparecían en el monitor y cómo apuntaba algo en una carpeta de aspecto usado. La curiosidad aguijoneó sus sentidos, susurrándole inclemente que allí podía estar la solución, pero se obligó a permanecer quieto a los pies de la cama—. ¿Está...mejor?

La enfermera se giró hacia él y le dedicó una media sonrisa que hizo que Enzo parpadeara rápidamente, sorprendido de ver un gesto tan bonito en un lugar como aquel.

—Sigue constante —contestó, mientras ajustaba el suero que continuaba goteando imperturbable, gota a gota, segundo a segundo—. Pero podría decirse que sí, que está mejor. Las heridas empiezan a cicatrizar, aunque aún corre riesgo de que se infecten.

Enzo asintió para sí aunque no sintió ningún alivio al escuchar su diagnóstico. A fin de cuentas, habían pasado dos largos meses y en ese tiempo, nada había cambiado. Ella seguía en coma, sumida en el sueño de los muertos.

—¿Sabe si despertará pronto? —preguntó, antes de darse cuenta de que estaba dándole alas a sus miedos, a esas dudas que no deberían salir a la luz, porque oscurecían todo lo demás y lo volvían peligroso.

—Es difícil saberlo. Pero si le soy sincera, estoy segura de que sí. —Se detuvo y se acercó a él, aunque dudó al ver la clara diferencia de altura que separaba sus rostros. Sonrió levemente y retrocedió un paso—. No es la primera vez que veo un coma como este.

—¿No? —Enzo se estremeció y se atrevió a echar un leve vistazo a la mujer tendida en la cama. Los tubos sobresalían de su cuerpo de manera obscena y escondían bajo el plástico el hermoso rostro de Ara. ¿Dónde estaba? ¿Volvería a él? —. ¿Cómo...? ¿Cómo han sido los demás casos?

—Difíciles y lentos, pero terminan por salir bien. Tenemos aquí a buenos médicos, expertos en situaciones similares —contestó y miró también a la joven, que respiraba lentamente, obligada por las máquinas—. Mire, sé que esto le va a parecer extraño, pero si quiere... puedo hablarle de los demás casos que he vivido. A veces ayuda saber qué nos podemos encontrar y qué no, o cómo actuar en determinadas situaciones. Aunque el coma sea profundo, se han dado casos de pacientes que recuerdan conversaciones y momentos que han "escuchado" fuera. Hay gente, como yo, que cree que eso puede acelerar la recuperación.

Enzo sintió, a cada palabra, que su corazón se volvía loco. De golpe, sus lentos y cansados latidos recobraron fuerza y amenazaron con llenar la habitación con su brusco sonido. Sus ojos brillaron,

esperanzados, al compás de una sonrisa llena de agradecimiento y calidez.

—Soy Enzo. —Se presentó y al ver que ella hacía amago de besarle las mejillas, se inclinó hacia ella. Cuando lo hizo, acertó a oler su perfume, fresco y dulce, similar al olor de una playa cadente y silenciosa. Sonrió ante la imagen que le evocaba y la observó de reojo, mientras notaba sus labios rozar levemente su mejilla. Vio sus rizos morenos enroscarse sobre los hombros y también vio sus ojos, redondos y azules, brillar—. Y sería un placer poder hablar con usted. A veces... es liberador hablar con alguien que entiende cómo me siento.

—No se preocupe, el placer será todo mío —contestó ella, mientras le devolvía la sonrisa, brillante de timidez—. Yo soy Rocky.

—¿A qué hora sale? Tengo trabajo y bueno, también me gustaría pasar un rato con mi mujer —dijo y señaló vagamente a la camilla que tenía tras él.

Rocky también miró en esa dirección y asintió para sí misma. Su turno terminaba en un par de horas, pero también tenía cosas que hacer después. Además, ni se la ocurriría ir con el traje del hospital, aunque solo fuera a tomarse un mísero café. Al menos, merecía una ducha.

—Yo también tengo cosas que hacer, pero estaré libre sobre las ocho. ¿Le parece bien quedar en la cafetería del hospital?

—Me parece perfecto —concedió él y se apartó de ella, para volver a su eterno lugar junto al cuerpo de Ara—. Y gracias por la atención, de verdad.

Se detuvo junto a la puerta al escucharle, mientras sus palabras se hundían en algún lugar de su pecho. Notó calidez, alegría y dulces sentimientos que hacía tiempo que no sentía. Sonrió, sin poder evitarlo.

—No hay de qué —contestó, dulcemente. Después echó un último vistazo a la pareja que se escondía en las profundidades de la habitación y cerró la puerta, para olvidarles momentáneamente. O al menos, para olvidarla a ella.

Justo en ese momento, como si de una advertencia se tratara, el pitido de la máquina tronó, una sola vez. Un solo segundo. Una sola llamada de atención.

La habitación a la que entró estaba completamente a oscuras. No había ni una sola luz, ni un retazo de brillante sol, a pesar de que fuera de donde fuera que estuviese, este calentaba al mundo.

Durante los primeros segundos Ara no se movió de donde estaba y se limitó a esperar, a escuchar y a tratar de comprender qué podía esconderse en la oscuridad. Pero, según el tiempo pasaba y nada parecía moverse, descubrió que estaba completamente sola, abandonada de nuevo a la intemperie y al frío.

Lo primero que hizo fue buscar un interruptor, algo que arrojara luz en aquel reducto de cuatro paredes. Tardó un poco más de la cuenta pero, al rato, encontró una minúscula hendidura en la pared que chascó brevemente, antes de que la luz blanca iluminara una habitación pintada de rosa.

El alivio se hizo un hueco en su pecho de inmediato, mientras observaba ávidamente cada detalle de esta: las muñecas perfectamente peinadas y sentadas en sus respectivas estanterías, junto a libros infantiles que provocaban en ella una nostalgia inmensa. Reconocía títulos en los lomos, títulos que evocaban deliciosas palabras y momentos, como si sus palabras fueran parte de un recuerdo atascado en algún punto de su mente.

Ara sonrió brevemente, dejó la mochila que llevaba a los hombros con cuidado y, cojeando, se acercó hasta coger el primer tomo. Las letras que adornaban las duras tapas apenas eran visibles bajo los trazos descoordinados de un montón de colores superpuestos que, indudablemente, eran obra de una niña. Una nueva sonrisa adornó los labios reseca de Ara, que acarició el papel y leyó los primeros

párrafos.

—Sé que te gusta ese cuento, cariño, pero no puedes pintarlo tanto. —Una voz ronca, vieja como el tiempo y, a la par, repleta de cariño y buena fe resonó por la habitación, haciendo que la joven pegara un respingo y dejara el libro caer—. Tu hermana también quiere leerlo, mi vida.

¿Quién había hablado? ¿Y a quién? ¿Y por qué esa voz hacía que su corazón latiera mucho más rápido?

Se giró, buscando el origen de esa voz tras ella. Y entonces, la vio: otra sombra mucho más nítida que de la habitación verde, mucho más clara y real. Sus rasgos aún aparecían difuminados y confusos, pero pudo reconocer la vejez en ellos, al igual que los gestos inequívocos de una mujer.

—¿Quién eres? —preguntó, sin atreverse a dar otro paso por miedo a que la ilusión se desvaneciera.

La sombra de la anciana no contestó. De hecho, ni siquiera se movió mientras su voz resonaba por las paredes. Solo cuando otra sombra, mucho más pequeña y sólida, apareció junto a ella, la anciana hizo amago de girarse.

—¡Pero Estrella no sabe leer! —La pequeña sombra, de grandes ojos violetas y brillante piel de porcelana, hizo un gesto de frustración y cogió el libro del suelo, justo antes de girarse y contemplar a Ara, que permanecía a un lado, incrédula y extrañamente fascinada.

El choque de sus miradas fue tan solo un momento, pero fue suficiente para comprender que ambas podían verse, que posiblemente, podían comprenderse. La sombra que acariciaba a la pequeña se deshizo, hasta que los colores se volvieron brillantes y reales.

Ara dejó escapar el aire y ahogó un gemido cuando la niña se acercó a ella. Unos metros atrás, la figura de la anciana se sentó junto a la cama desecha y cogió otro libro que había en la mesilla, completamente ajena a lo que ocurría en esa misma habitación.

—Me llamo Ara —saludó la pequeña, con la curiosidad implícita en su inocente mirada y sin dejar de aferrar el libro con fuerza.

Pasaron unos segundos, unos segundos largos y eternos en los que el silencio y la incredulidad se hicieron hueco entre otro montón de sentimientos contradictorios. Finalmente, cuando la pequeña carraspeó, Ara, que seguía inmóvil frente a ella, reaccionó, aunque sus palabras no sonaron tan fuertes como ella pretendía.

— Yo... yo también. Yo también soy Ara —susurró y retrocedió, hasta que la pared hizo de soporte para sus maltrechos nervios.

—Entonces, ¿te acuerdas ya de quiénes somos?

Ara parpadeó frenéticamente y trató desesperadamente de calmarse. Las palabras y los pensamientos se hicieron hueco en ella, arrojando tanta luz sobre sus secretos que durante un momento, fue demasiado aterrador. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué ahora todo parecía tener sentido? ¿Por qué de golpe recordaba su nombre?

Y, de pronto, como una mecha que enciende un polvorín y estalla, lo comprendió todo, con tanta nitidez que le hizo daño: cada puerta era un recuerdo, un momento que ya había vivido. Pero... ¿dónde estaba el final? Y, lo más importante ¿por qué estaba allí?

Capítulo III

Las ocho de la tarde llegaron entre la bruma típica de un día de otoño y los débiles rayos de un día de invierno, a pesar de que estaban ya rozando la primavera. Sin embargo, la calidez era propia de cualquier día de verano. Como diría su hija...aquel era un día de locos, un día de juegos. Un día en el que cualquier cosa podía pasar.

Quizá por eso estaba allí, apoyado contra la pared del hospital, esperando a que sus latidos se normalizaran y a que su cerebro considerara la opción de entrar en la cafetería.

Enzo levantó la cabeza, mientras una hebra finísima de humo escapaba de sus labios. Sobre él, el tono rosáceo del cielo desaparecía bajo la caricia de un manto azul, que pronto cubriría todo. Era hermoso, tierno, dulce. Y aun así, no lograba conmoverle. ¿Acaso había muerto en él todo lo bueno? ¿Todo lo sencillo? ¿Por qué no podía disfrutar de las cosas simples?

En realidad, sabía por qué ocurría lo que ocurría, así que esa certeza pinchaba su alma cada día, como un aguijón que deambulaba bajo la piel sin control. Pero no podía hacer nada, al menos, hasta que ella despertara y volviera. Y cómo deseaba que lo hiciera. Había tantas cosas que arreglar, que contar, que disfrutar una vez más.

Sonrió, apesadumbrado y devolvió toda su atención al cigarro que se consumía entre sus dedos. Fumó, dejó que el humo brotara de él y solo cuando consiguió terminar con dos más, se animó a entrar en la atestada cafetería.

El ruido retumbó en sus oídos con tanta fuerza que, de golpe, se espabiló. Todo el cansancio acumulado y los pesares que arrastraba desde el bufete desaparecieron, como si nunca hubieran estado allí o como si solo hubieran sido rescoldos de un fuego menor. También sintió calor, el calor humano, que trepaba por sus brazos con una lentitud que, curiosamente, le resultaba agradable. No quiso pensar en cuánto tiempo hacía que no se sentía así, porque descubrió que, en aquellos momentos, no tenía sentido pensar en todo lo que iba mal, ni en lo que podría ir peor. Porque, a pesar de ser una cafetería llena de caras largas, de pocas sonrisas y de escasas palabras amables, se respiraba tranquilidad.

—¿Me buscaba? —Rocky apareció tras él, con una sonrisa plena y amistosa—. Siento llegar tarde, pero me quedé dormida en el sofá.

Enzo parpadeó varias veces y tras un breve instante de silencio, se atrevió a sonreír y a sacudir la cabeza.

—No importa, yo también acabo de llegar —contestó, por encima del ruido de los platos y del intenso rumor de las conversaciones—. ¿Nos sentamos?

Rocky asintió y esquivó elegantemente las mesas apiñadas de la sala. Le bastó una mirada para comprobar que muchos de sus compañeros estaban allí y que, sin duda, ya la habían visto. No le costó imaginar los rumores que vendrían después de aquello, ni las insinuaciones que tendría que soportar durante toda la semana. Quizá así, otro gallo cantaría. Lo mismo de esa manera, su suerte cambiaba.

—Me alegro de verle de nuevo, de verdad —Rocky sonrió, se sentó en una incómoda silla de plástico y apoyó los brazos, cubiertos por una blusa rosa, sobre la mesa. Desde allí podía ver no solo a su acompañante, sino también a Alex, un joven becario que no lograba quitarse de la cabeza. El hecho de que quisiera llevar a Enzo a esa hora allí no era casualidad, por supuesto, pero ninguno de los dos iba a enterarse—. ¿Quiere tomar algo? Yo invito.

—Cerveza —contestó automáticamente y se levantó, mucho antes de que ella hiciera el amago de

hacerlo—. ¿Y usted?

—Cualquier cosa que no lleve alcohol —contestó pero al ver su gesto, ligeramente confuso, recapacitó—. Zumo. De piña, a ser posible.

Enzo se relajó de inmediato y, de nuevo, le dedicó una sonrisa llena de franqueza. Después desapareció entre las múltiples mesas que se agolpaban junto a la de ellos, en dirección a la barra que se extendía por toda la pared. Ignoró, como de costumbre, las miradas curiosas que se posaban en él, así como todo lo demás. Inevitablemente, el recuerdo de Ara regañándole por ser antisocial, se coló por una rendija de su pensamiento y le hizo sonreír para sí. En el fondo ella tenía razón, lo era, pero disfrutaba con su soledad autoimpuesta: solo necesitaba a su familia para ser feliz. ¿Por qué pedir más de lo que podía abarcar?

—¿Desea algo?

Una voz le distrajo de sus cavilaciones y le hizo reaccionar a tiempo de no quedar como un estúpido. Se apresuró a sacar un billete del bolsillo y a pedir lo que necesitaba, mientras sus ojos buscaban, llenos de curiosidad, a la mujer que había decidido sacarle de su espiral de abandono. La encontró distraída, absorta en la contemplación de algo que tenía frente a ella. Lo cierto es que Rocky, si ese era su verdadero nombre, era bonita: bajita, con curvas suficientes como para llamar la atención y con una sonrisa de escándalo.

Enzo volvió a sonreír y sacudió la cabeza. A Luca le gustaría, sin duda.

—Tenga —saludó, al llegar con las bebidas. Después se sentó frente a ella y le dio un largo trago a la espumosa cerveza. Sonrió apenas un instante, cuando sintió el frescor caer por su garganta—. Siento si soy brusco a veces, pero...

—No se preocupe, lo entiendo. —Rocky hizo un gesto para interrumpirle y bebió también de su zumo—. Las circunstancias no son las mejores para hacer amigos. Por eso quizá sea mejor que le cuente lo que hemos venido a hablar, ya habrá tiempo, si quiere, de hablar de otras cosas.

—No quería decir... —Se detuvo, incómodo y desvió la mirada. Un par de tragos después, retomó el hilo de la conversación—. No quería ser desagradable. Lo único que quiero es entender qué ocurre con mi mujer y si de verdad hay... posibilidades de salvarla. No todo el mundo lo entiende —murmuró y clavó sus ojos negros en un punto indeterminado de los de Rocky.

Ella rió con suavidad y sacudió la cabeza, haciendo que sus rizos se sacudieran graciosamente.

—Tutéame, Enzo. Tengo la sensación de que vamos a hablar mucho.

—Puede ser —concedió él y sonrió brevemente.

—Entrando en materia... sí, tu mujer puede despertar —comenzó—. Como bien sabrás, los comas producidos por accidentes de tráfico no siempre son permanentes, pero existe una gran posibilidad de que sí lo sean. Aun así, si despierta, puede que no todo sea como era antes —continuó, con delicadeza—. Sin paños calientes, Enzo, puede haber secuelas.

—Secuelas —repitió él, en voz baja. Después, cuando el pinchazo de dolor remitió, bebió de su cerveza y tragó, lentamente—. Imagino que serán secuelas graves... del tipo amnesia o algo así.

Rocky contempló a Enzo el tiempo suficiente como para darse cuenta de que, tras esa máscara de seriedad y compromiso, había un hombre que sufría intensamente, que temía al futuro tal y como odiaba al pasado. Sintió lástima y una pena terrible, así como un doloroso ramalazo de arrepentimiento. Sin embargo, extinguió ese último sentimiento con premura, hasta que no quedó nada de él que pudiera ponerla en un aprieto. Suficientes problemas tenía ya como para añadir uno más a la lista.

—Es duro saberlo, pero necesario —Rocky apartó la mirada del atractivo rostro de Enzo y la clavó tras él, en los anchos hombros de Álex. Gimió íntimamente y sacudió la cabeza para centrarse—. Como te he dicho esta mañana, hay terapias experimentales en la que las interacciones pueden suponer una

mejora. Con esto me refiero a canciones, a conversaciones, incluso olores que puedan estimular esa parte del cerebro que está "apagada". Puede que haya algo que termine por hacer que reaccione, ¿me entiendes?

—Hablar con mi mujer siempre ha sido mi hobby favorito —contestó, no para Rocky, sino como una propia afirmación hacia sí mismo. Una verdad tan inamovible como que, después de todo lo que había pasado entre ellos, seguía enamorado de ella.

—Entonces será fácil que...

Rocky se detuvo, confusa, al escuchar una estentórea melodía que surgía de uno de los bolsillos de Enzo. Se mordió la lengua, sonrió apaciguadora y le hizo un gesto para que contestara. A cambio, Enzo le devolvió la sonrisa y se apresuró a contestar.

—Luca, estoy ocupado —dijo, seriamente, mientras se pasaba la mano libre por la cara, para paliar el agotamiento que sentía—. ¿Es urgente?

El silencio duró poco más de dos minutos, pero a ambos se les hizo muy largo. Fue Enzo quien, tras palidecer bruscamente, colgó.

—Tengo que marcharme —susurró y se levantó, precipitadamente.

—¿Ocurre algo? —Rocky también se levantó, preocupada. Quiso preguntarle qué ocurría porque su corazón, mucho más tierno de lo que debería, se lo pedía así. Recordó también otros motivos por los que debería preocuparse, mucho más serios, y toda ella se estremeció de pavor. Rezó para que no fuera lo que ella pensaba, lo que ella temía. Si, efectivamente, era así... estaba metida en un gran problema.

—Lo siento, lo siento —murmuró Enzo, mientras se ponía su tres cuartos negro. Ni siquiera lo abrochó, ni hizo amago de arreglarse ni de parecer formal—. Te buscaré, te lo prometo —continuó, sin prestar atención a nada más, ni siquiera a la joven que le contemplaba, sin saber qué hacer.

Su mente era un volcán a punto de entrar en erupción y solo él podía controlar ese ansia, esa necesidad de poner las cosas en orden. El hecho de que Rocky estuviera allí pasaba de ser importante y crucial a una nimiedad, así que se limitó a besarla en la mejilla antes de desaparecer de la cafetería.

Todo le daba vueltas, con intensidad. Ahora un pensamiento, ahora otro. Ahora un sentimiento, una alegría y después, la confusión que suponía lo que estaba viviendo. Pero, por encima de todo aquello, de toda esa vorágine que se arremolinaba en su cabeza, había un solo pensamiento. Una sola idea, que acababa de darle fuerzas para dar un paso más: tenían noticias de ella, de esa persona que, con sus juegos, le había arrebatado la existencia.

Contempló, incrédula, como Enzo desaparecía de su vista. Había sido todo demasiado rápido, demasiado incomprensible e ilógico. Pero se había marchado sin decirle apenas nada, de eso no cabía duda.

Rocky aspiró con fuerza y cerró la boca con un gesto tan seco que hizo que su mandíbula se estremeciera de dolor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que seguía de pie, en mitad de una cafetería atestada de gente y de miradas que ya la interrogaban. Incluso Álex, que no les había prestado atención durante el tiempo que había durado la "cita", se giraba ahora y la contemplaba con curiosidad.

Sintió ganas de vomitar y una intensa presión en el pecho. Se vio a sí misma perdida, obsoleta y extrañamente sola en un lugar que no daba pie a la soledad. Aun así, reprimió todos aquellos momentos que la molestaban y se obligó a sonreír, a pesar de que sus manos seguían frías y temblorosas. A fin de cuentas... nadie tenía que darse cuenta de la inquietud que la embargaba.

La oscuridad de la noche apareció en cuanto abrió la puerta que daba a la calle, junto una oleada de frío que caló hondamente en ella. Rocky se estremeció, se cubrió los delgados hombros con la chaqueta y empezó a andar, frenéticamente, hacia su casa. A su alrededor, los viandantes seguían caminando, ajenos

a ella y completamente ignorantes de su turbación, de la cantidad de problemas que se asentaban en su cabeza como una cruel sentencia.

Quiso llorar y quiso, como tantas veces antes, empezar desde el principio. Si hubiera sabido que su estúpido y amable corazón iba a llevarla por esos derroteros, hubiera dejado de ayudar a la gente hacía mucho. Pero ya no podía hacer nada, salvo ser fuerte y buscar soluciones.

Rocky sorbió por la nariz como una niña pequeña y cerró con más fuerza la chaqueta en torno a su cuerpo, mientras el acompasado y rápido sonido de sus tacones chocaba contra los adoquines. No podía dejarse llevar, por mucho que quisiera. Tenía que permanecer calmada y no dejar que sus propios remordimientos transformaran cualquier situación en algo peligroso. Quizá Enzo se hubiera marchado porque su hija estaba mala. O quién sabe, porque le había tocado la lotería. Sería absurdo pensar que todo lo que le pasaba a él tenía relación con Ara. O con el accidente que la había dejado en coma. Si pensaba así era solo porque todo era muy reciente y porque no podía evitar que la afectara. Seguramente era eso lo que la sacudía. Solo eso. Nada más.

Poco a poco sus pasos la llevaron a casa: un apartamento con dos habitaciones exquisitamente decoradas, una cocina de aspecto nuevo y un salón grande y luminoso. La recibió el apabullante sonido de la música a todo volumen, junto al exquisito olor del pollo recién hecho y el dulce maullido de *Nube*.

—¿Anna? —Rocky cerró la puerta tras ella, echó dos vueltas de llave y se apoyó contra la madera, mientras se agachaba para acariciar al felino, blanco y de grandes manchas negras.

No hubo respuesta, salvo más música y el entrechocar de los platos. Apenas un momento después, una joven alta, delgada y con el pelo azul salió de la cocina. No pareció percatarse de la presencia de Rocky, ni tampoco de la del gato porque, tras dejar dos platos sobre la mesa, se giró y volvió a entrar en la cocina.

Rocky esbozó una leve sonrisa, apartó a *Nube* con cariño y se quitó la chaqueta. Después hizo lo mismo con los zapatos y los pantalones, que terminaron sobre el sofá, abandonados.

—El pollo tiene buena pinta —admitió Rocky, un poco más alto y se sentó a la mesa, frente a un plato que humeaba y que hacía que salivara de emoción.

—¿Qué tal tu cita?

—No he tenido ninguna cita —contestó ella, casi de inmediato—. A eso no se le puede llamar así, la verdad.

La joven de pelo azul contempló a su hermana con una mezcla de curiosidad y desprecio. Sus ojos, enormes y de color miel, se entrecerraron un momento, antes de apartar la mirada y clavarla en la comida.

—Has salido y has estado con un tío al que no puedes considerar tu amigo. Digas lo que digas eso es una cita.

—Anna... —Rocky dejó el tenedor sobre la mesa y apoyó el pulgar y el índice sobre sus sienes, que empezaban a palpar intermitentemente—. No me hagas esto. ¿Quieres? No trates de hacer que me sienta culpable.

Vio la irritación en los ojos almendrados de Anna, al igual que la profunda ira que guiaba sus comedidos gestos. Vio como cortaba el pollo, lenta, meticulosamente, como si pensara en otra cosa y no en el tenso ambiente que las rodeaba. Aun así, había algo extraño en su forma de hacer las cosas, algo que hizo que Rocky suspirara y dejara el tenedor sobre la mesa.

—Eres culpable, por mucho que vayas de buena por la vida —siseó Anna, finalmente, aunque no volvió a mirarla—. La gente solo tiene que darse cuenta y enterarse de lo que hiciste.

Fue la gota que colmó el vaso. La crueldad del comentario, los recuerdos que vinieron después, la ansiedad que le produjo tener que lidiar con ello... de pronto, todo fue demasiado.

Rocky aspiró con fuerza, empujó el plato con desgana y se levantó, fingiendo una tranquilidad que no sentía en absoluto.

—Creo que prefiero cenar sola —comentó, como si nada. Después cogió el plato, aún caliente y la ropa que había dejado sobre el sofá. Tras ella escuchó un murmullo apagado, algo que sonaba como a un vago insulto. Lo ignoró y, al llegar a la puerta, se giró—. Sigue enamorado de ella, por cierto —dijo, con tanta crueldad como la que ella le había dedicado.

Supo que había dado en el clavo en cuanto escuchó, tras la puerta de su habitación, como estallaban los platos contra el suelo. Después llegó el silencio, el más profundo e inquietante. Pero Rocky no se amilanó. Dejó el plato sobre la mesa y colocó la ropa. Solo cuando el silencio fue sepulcral e inquietante, echó los cerrojos a su puerta.

Ignoraba por completo el tiempo que había pasado. De hecho, ni siquiera sabía si lo había hecho, porque nada a su alrededor parecía haber cambiado. Solo el repentino cansancio y el agujoneo del hambre eran posibles motivos para creer que habían pasado varias horas.

Ara dejó el noveno libro a un lado y cogió el tomo que más cerca tenía. Sonrió al ver tres cerditos con instrumentos musicales, tres cerditos que arrancaron de ella más recuerdos atascados. Como si de una película se tratara, su mente creó un instante, un hermoso momento que no entendía como había sido capaz de olvidar. En realidad, no entendía cómo había podido olvidar todo aquello: su nombre, su familia, la dulce sensación de cariño que le rodeaba cuando apenas era una niña. ¿Por qué todo eso había desaparecido? ¿Por qué? A veces no quería saberlo y otras, ansiaba que las sombras reaparecieran para interrogarlas, para suplicarlas que le contaran algo sobre ella, sobre los motivos por los cuales estaba allí.

Suspiró profundamente y dejó el libro junto a la pila que tenía a su derecha. Había leído cada libro, cada cuento que había encontrado en la estantería de aquel lugar, quizá con la esperanza de remover más recuerdos en ella. Y lo había conseguido, ciertamente, aunque esos breves instantes apenas habían arrojado luz sobre su propia historia. Al menos, ahora, sabía que tenía una hermana, Estrella, mucho menor que ella y con la que, aparentemente, se llevaba bien. También había comprendido que aquella habitación era similar a la que habían tenido en casa de sus abuelos. Pero ¿servía todo aquello de algo? Por mucho que agradeciera recordar algunas cosas, no había nada relevante que le indicara qué hacía allí. Ni tampoco como había llegado.

Si de algo había servido darse cuenta de que tenía otra vida era, simplemente, para descubrir que había otra tras aquellas extrañas habitaciones. Otra vida...

Ara notó como su garganta se cerraba dolorosamente. Se había acostumbrado a vivir allí, a despertar cada día con la certeza de que no había nada más y de que debía ser feliz con su misterio y sus sombras. Y ahora... ya no era capaz de ver las cosas de esa manera. Ahora veía toda su "vida" como un encierro, como una prisión que no la dejaba ir con esas personas que, aparentemente, la querían. ¿Sería aquello el limbo, quizá? ¿Estaba muerta y no lo sabía?

Frustrada, dio una patada a uno de los libros, que terminó contra una pared, abandonado y dolorido. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Serviría de algo seguir adelante, investigando?

Había tantas preguntas que no lograba contestar y tantas sensaciones que no conseguía controlar que todo parecía desmigajarse a su alrededor, en vez de solidificarse como ella esperaba. Era aterrador y al final, terminaba por agotarla.

—¿Por qué me estáis haciendo esto? —susurró al silencio, aunque no esperaba ninguna respuesta. Las sombras habían desaparecido al poco de estar allí y no habían dado más señales de existencia durante el tiempo que había estado en la habitación.

Incluso después del susto inicial las echaba de menos, aunque apenas hubiera cruzado palabras con ellas. Si al menos le hubieran contado algo más...

Ara suspiró profundamente. Dejó que el aire escapara de sus pulmones y se perdiera en mitad del polvo que se acumulaba. Lo hizo una, dos, tres veces, hasta que sus latidos quejumbrosos se tranquilizaron. Después se levantó, colocó los libros en su estantería correspondiente y cogió su mochila.

El pasillo seguía siendo tan silencioso como lo recordaba. La luz parpadeaba ligeramente, intermitentemente, como ocurría en esas películas en las que, al final, algo sale horriblemente mal. Pero allí no había nada que temer, salvo sombras inconclusas y recuerdos que se escondían tras unas gruesas y confusas puertas. Recuerdos que tenían que ser descubiertos. ¿Y por qué no? Quizá así encontrara otra opción, otra posibilidad de volver con los suyos. Dejaría todas esas puertas atrás, al igual que las sombras y que el frío que...

Se detuvo y giró la cabeza hacia atrás. A unos metros de ella, la puerta de hotel con el número veintidós pareció llamarla, pareció recordarle que, a pesar de todo, había algo allí que realmente le importaba. Pero ¿quién era la sombra? ¿Era un recuerdo? ¿Una fantasía? ¿Algo que la ataba allí? De nuevo, ninguna respuesta, ningún camino en claro.

Ara cerró los ojos, se apoyó contra la pared y suspiró profundamente. Se estaba volviendo loca, completamente... y sin remedio aparente. Había empezado el camino con toda su fuerza, con toda su voluntad puesta en el deseo de descubrir el significado de unas palabras. Solo de unas palabras. Ahora tenía mucho más y, a la vez, mucho menos.

—Esto es una mierda —siseó, dolorosamente y se incorporó. Sus pasos fueron firmes, largos, rápidos.

La puerta de hotel quedó atrás, lejana y oculta por la oscuridad que empezaba a crecer. Necesitaba creer que era ella la que aún llevaba el control, necesitaba creerlo desesperadamente y por eso, abandonó aquellas puertas que parecían susurrarle. Escuchó risas, palabras, siseos y gemidos. También escuchó gritos y canciones, acompañados de aromas que removían sentimientos en su corazón. Pero no se dejó convencer y siguió caminando, paso a paso, con firmeza.

Y, de pronto, lo vio. Frente a ella, a pocos metros, una puerta se abrió, lentamente. Una figura nítida, real y sin rastro de sombra salió de detrás, cabizbaja.

Ara gimió interiormente y sintió como sus piernas flaqueaban de alivio. No estaba sola, por fin.

La figura se giró al escuchar los entrecortados suspiros de la joven. La observó con extrañeza, durante varios segundos. Finalmente, cerró la puerta, se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Quién eres?

Capítulo IV

—¿Quién eres?

La pregunta pilló de sorpresa a Ara, pero también le arrancó una tenue sonrisa. Una de esas que hacía tiempo que no dejaba escapar o que, al menos, no recordaba haber hecho.

En su pecho, algo liviano y dulce, intenso, despertó con rapidez. Sus latidos crecieron y la golpearon con fuerza. ¿Era posible lo que estaba viendo? ¿Era real?

Notó como se le secaba la boca, como, de pronto, todo parecía distinto. La rutina que había dibujado en sus días de soledad se deshizo, sin más, porque, por fin, no estaba sola.

¡No lo estaba!

Fuera quien fuera el que estaba frente a ella era tan real como el dolor que sentía en sus piernas... o como la absurda necesidad de contacto humano que sentía. Sus ojos se humedecieron, irremediadamente, pero no dejó escapar una sola lágrima. No delante de quien podía ser su apoyo.

—Me llamo Ara —susurró, dulcemente. Después dejó que silencio cayera entre ellos, suave y espeso, hasta que ella lo aprovechó para contemplarle, sin tapujos de ningún tipo.

Era un chico joven, apenas pasada la treintena. Todo en él parecía desprender seguridad, pero había algo en sus ojos oscuros que decía lo contrario. Vestía un traje de marca, algo arrugado y echado a perder, precisamente como su peinado que, aparentemente, no había existido nunca. Era guapo. Condenadamente atractivo. Indiscutiblemente tentador.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

No contestó directamente. De hecho, dejó que pasaran unos minutos en los que él también la contempló con poca discreción. Después también sonrió, lentamente.

—Creo que me llamo Enzo, pero no estoy seguro.

Ella le devolvió la sonrisa y se acercó, para ofrecerle la mano. Enzo pareció dudar un segundo pero, después, la estrechó con cuidado, con dulzura, más por la curiosidad que sentía que por el hecho de ser amable. Y le gustó. El contacto, aunque leve, fue como una descarga de energía, revitalizante, adictiva.

—¿Sabes cómo has llegado aquí? —Ara apartó la mano, se cruzó de brazos y clavó sus ojos violetas en él, interrogante.

La voz de Ara le sacó bruscamente de sus divagaciones, lo que hizo que frunciera el ceño y también se cruzara de brazos, a la defensiva.

—No tengo ni idea. Simplemente abrí los ojos y... ya —musitó, mientras sus ojos se desviaban por todo el pasillo—. ¿Dónde mierda estamos?

—Eso me gustaría saber a mí —contestó ella, tan absorta como él—. Quizá lo mejor sea que no nos separáramos. Creo que tenemos más posibilidades de encontrar la salida si colaboramos.

—¿Sabes algo de todo esto? ¿De lo que es?

Ara asintió, mientras abría su mochila y sacaba algo que parecía chocolate. Se lo ofreció, antes de volver a echarse el macuto a la espalda.

—Creo que sí, quiero decir. Aquí es imposible estar segura de algo —comentó, mientras echaba a andar, esta vez, en dirección contraria, hacia la habitación de hotel. El cansancio empezaba a ser pesado y estaba segura de que Enzo necesitaría un poco de descanso y paz—. No es un sueño, ni una realidad. — Se echó a reír, sin poder evitarlo—. Por Dios, creo que así no avanzamos nada. Déjame empezar otra vez.

Sus confusas palabras parecían música. Nunca, en su vida, o en su no vida, al parecer, había escuchado semejante tono de voz: ronco, ligeramente agresivo, indudablemente conmovedor y dulce. Incluso lo que escuchaba en ella le parecía bonito, a pesar de no entender nada de lo que decía. Por eso, se limitó a asentir tras ella, a la espera de que continuara.

—Creo que esto es el limbo —continuó, con suavidad, mientras seguía avanzando por el iluminado el pasillo—. Algo nos ha pasado fuera y estamos aquí... porque sí. Eso último no lo entiendo aún. Sé que las puertas guardan nuestros recuerdos, pero tampoco sé por qué. —Se encogió de hombros y giró la cabeza hacia Enzo—. Y hay sombras.

—¿Sombras? Sombras hay en todas partes —bromeó él y le dedicó una amplia sonrisa, muy satisfecho de sí mismo. Después oyó a Ara reír también, así que su orgullo se inflamó aún más—. ¿Puedes explicarme qué hay raro en que las haya?

Ara sacudió la cabeza, aún con esa breve sonrisa en sus labios. La necesidad de contarle todo lo que creía saber era abrumadora, intensa y casi irreal, casi incontrollable. Hacía tanto tiempo que no mantenía una conversación real con nadie que todo lo que estaba ocurriendo se le antojaba un regalo, una manera de desahogo. Por eso era incapaz de dejar de hablar, a pesar de que sabía que no debía atosigarle.

—Las sombras son... reales. Quiero decir —Sacudió la cabeza, se rascó la nuca y siguió andando—. Se mueven, te dicen cosas, te ayudan. Son como nosotros pero... diferentes, cubiertos de sombra negra. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Enzo cabeceó en señal de asentimiento, aunque no entendía nada de lo que estaba diciendo. ¿Sombras, limbo? Parecía todo una broma de mal gusto pero, Aun así, seguía caminando tras ella, absorto en la contemplación de sus gestos. En realidad, él tampoco tenía ninguna explicación para lo que le rodeaba, así que se limitó a aceptar la suya. Estaba muerto ¿y qué?

—No hablas mucho ¿verdad?

La pregunta le pilló de sorpresa. Se detuvo, esperó a que ella se girara y solo entonces, se encogió de hombros.

—Solo hablo cuando tengo algo que decir —comentó—. ¿Dónde vamos?

—A una de las habitaciones que no se mueven —contestó y siguió andando—. A una habitación que parece de hotel.

—¿No es un poco pronto, niña? —Su sonrisa se amplió hasta límites insospechados, como la sensación de placer que llevaba sintiendo desde que ella le tocó. Incluso otras partes de su cuerpo parecían reaccionar a ese tonta invitación—. Acabamos de conocernos.

De nuevo, le sorprendió el sonido de su risa. A pesar del comentario que, sin duda, hubiera molestado a otras, ella reía... y lo hacía sin tapujos, sin restricciones. Como si no estuviera condicionada por el qué dirán.

—Otros ni siquiera se preguntan su nombre —rebatió ella, con una sonrisa llena de picardía—. Nosotros hemos ahondado mucho más, ¿no crees?

Ara le guiñó un ojo con descaro, sin poder evitarlo. Enzo tenía razón, por supuesto, pero no podía evitar ese estúpido coqueteo que la hacía sentirse viva, por alguna razón que desconocía y que, francamente, no le importaba.

La puerta del hotel, con el número veintidós sobre ella, apareció casi al momento, tal y como Ara esperaba. Se detuvo junto a esta, se giró hacia Enzo, que la contemplaba desde veinte centímetros más arriba, y sonrió.

—Si lo prefieres, puedes dormir en cualquier otro sitio —ofreció, con una sonrisa cálida y dulce—. Entiendo que todo esto pueda parecerte... violento, pero, de verdad, yo tampoco sé lo que está pasando y lo último que quiero es quedarme sola otra vez.

Otra vez el silencio, otra vez, ese cruce de miradas que se antojaba nuevo e intenso. De nuevo, la estúpida necesidad de sonreír.

—Entra —murmuró él, a cambio, tras apoyar su mano sobre su cintura para instarla a caminar—. ¿No temes que pueda hacerte daño?

Ara se detuvo cuando la puerta se abrió, con suavidad. La pregunta despertó en ella muchas otras, todas referidas a qué sería lo peor que podía pasar. Después, sus pensamientos volaron a las sensaciones, a esas que deberían susurrarle que estaba en peligro, que él quizá no fuera tan bueno como aparentaba ser. Sin embargo, no había nada de eso. No había miedo, no había incomodidad. En realidad, solo había nerviosismo, expectación, quizá algo que les llevara a compartir un poco de su tiempo.

—¿Quieres hacerme daño, Enzo? —preguntó ella, mientras clavaba sus ojos en los de él, desafiante. No contestó inmediatamente. Se limitó a dejar que sus ojos deambularan por los suyos, para bajar después a su rostro blanco, a sus labios rojos.

Enzo tragó saliva lentamente y contuvo el cruel impulso que le llevaba a querer hundir las manos en su pelo, que parecía animarle a tomar sus labios en prenda de confianza. Notó el cosquilleo que nacía de sus manos, al igual que el rápido retumbar de sus sentidos. Finalmente, negó con la cabeza.

—¿Cómo podría? —susurró.

Después entró en la habitación. Sin mirar atrás.

El despertador aulló con brusquedad, despejando con su alarido las sombras de la noche. Fuera, tras las cortinas azules del pequeño apartamento, el sol nacía hermoso y cálido, mucho más cálido que el día anterior. Aun así, el dolor de cabeza no auguraba un buen día.

Enzo despertó entre hoscos quejidos y gruñidos que distaban mucho de ser humanos, pero que resonaron con fuerza entre aquellas cuatro paredes alquiladas. Todo parecía estar dibujado o desenfocado y los colores, excesivamente brillantes. Gimió ahogadamente, se incorporó y contuvo las náuseas que le atacaron hasta que estas decidieron remitir por sí solas. Cuando consiguió que el mareo también desapareciera, se permitió el lujo de pensar, de escuchar algo que le daba vueltas en la cabeza y que no le dejaba en paz. Había bebido demasiado, sin duda. A su alrededor, las botellas de cerveza, ron y de algo japonés que sabía a fuego se acumulaban formando un caos indescifrable. Ni siquiera conseguía recordar lo que había soñado. Apenas lograba recordar fragmentos de algo que, al parecer, había sido maravilloso. De él solo habían quedado las sensaciones, la dulzura, la necesidad de caricias... incluso la excitación visceral que solo el sueño provocaba. Y luego... esos ojos violetas que tanto le recordaban a Ara. ¿Cómo no iba a despertarse feliz, después de todo? Ni siquiera la resaca que llevaba encima conseguía borrarle la media sonrisa que cruzaba su rostro.

A pesar de eso, decidió que necesitaba una ducha urgente. Bostezó sonoramente, se tambaleó por la habitación y tropezó al llegar al baño, donde tuvo que hacer un notable esfuerzo para no vomitar.

Enzo suspiró profundamente, se desnudó precariamente y se metió en el plato de ducha, que lo recibió con un chorro de agua fría.

—¡Su puta madre! —siseó al notar el gélido mordisco del agua en su piel, que se erizó violentamente, sin hacer caso a la esponja embadurnada en jabón que pasaba por encima.

Había perdido peso, eso era innegable. Lo que antes eran músculos perfectamente definidos, ahora eran meras sombras, aunque aún conservaban su elasticidad y fuerza. Sus brazos, completamente tatuados con motivos maoríes, habían perdido masa muscular, pero no dejaban de ser bastante impresionantes. Al igual que su vientre, ahora menos terso y ligeramente más prominente, todo había cambiado.

La borrachera fue pasando paulatinamente, conforme el agua fría resbalaba por su cuerpo y despejaba sus apagados sentidos. Se lavó el pelo, corto y oscuro, con un gemido de placer y, después,

salió de la ducha, temblando pero visiblemente satisfecho.

Después entró en la habitación, apartó con el pie las botellas que había en el suelo y se encendió un cigarro, mientras abría la ventana y contemplaba el tráfico de Milán.

Los recuerdos de la noche anterior fueron tomando fuerza calada a calada, justo cuando en su mente se despejaban las últimas nieblas del sueño que, por otro lado, no quería olvidar. ¿Cómo querría hacerlo, de todos modos? A pesar de ello, el susurro de las conversaciones de la noche anterior se hicieron eco en su mente, recordándole dolorosamente que no todo iba tan bien como quería creer. Suspiró, dio una calada aún más profunda y cogió el móvil, que descansaba sobre la mesilla, junto a un montón de pastillas para el sueño.

—¿Luca? —preguntó, con voz ronca.

—Ey, Enzo —saludó y se incorporó. A su lado, una joven rubia se acurrucó junto a él y le provocó una sonrisa de absurda felicidad—. Pronto te levantas.

—Tenemos que hablar.

—¿De lo de ayer?

—Precisamente —contestó y volvió a fumar, pesadamente—. Dime que lo de ayer no ocurrió y que me estoy volviendo loco.

Silencio. Un carraspeo incómodo. Un suspiro de desánimo.

—No, tío. No te estás volviendo loco. Ayer encontraron el coche de esa loca.

— ¡Joder! —estalló y pegó un puñetazo a la pared, que se desconchó tristemente, bajo su mirada llena de ira—. Como averigüe quién es Luca... te juro que la mato. Pienso partirla el cuello con mis propias manos, y me la suda si la gente piensa que soy un cobarde. ¡Esa zorra tenía fotografías de mi mujer en su puto coche!

Luca se levantó de la cama, besó a la joven en un hombro desnudo y la tapó, antes de salir y cerrar la puerta. Habían descubierto el coche, un todoterreno azul, tirado en el arcén de la carretera, a unos cincuenta kilómetros del lugar del presunto "accidente". La carretera era apenas un camino secundario y por eso nadie había reparado en él... salvo un pastor que pasaba por allí y al que, evidentemente, le pareció curioso.

—El coche pertenece a un tal Bruno Astori, de Roma —comentó Luca, mientras se servía un generoso vaso de zumo de naranja—. He mandado avisos a la policía para que vayan a preguntar.

Frunció el ceño al escuchar a Luca, porque lo que oía no era lo que esperaba. Parpadeó, furioso y apretó el puño hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

—¿Cuándo hiciste todo eso, Luca?

—Cuando te emborrachaste como un capullo —contestó él y sonrió, brevemente—. Es lógico que no te acuerdes de una mierda —apuntó, antes de vaciar de un trago el vaso.

—Quiero ir. Quiero saber qué está ocurriendo —siseó Enzo y encendió otro cigarrillo—. Escúchame, Luca, sé que lo que voy a pedirte es un abuso por mi parte pero... joder, somos amigos. —Tomó aire y se lanzó, sin poder evitarlo—. Usa tus contactos para que me permitan estar en el interrogatorio.

Luca frunció el ceño, se cruzó de brazos y se apoyó en la fría encimera de la cocina. Después se apartó un mechón de pelo rubio, se acomodó los calzoncillos y bostezó.

—No creo que sea buena idea —determinó y esperó, pacientemente, a que Enzo estallara.

—¡Ya sé que no es buena idea! —gritó, mientras aferraba el móvil con tanta fuerza que crujió—. Pero tengo que hacerlo, por... por favor, Luca. Todo esto me está superando y necesito creer que se va a arreglar. Ponte en mi lugar, joder.

Una carcajada, grave y ronca, atravesó la línea del teléfono con rapidez. Enzo parpadeó, incrédulo y

tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contener los insultos que le quemaban la lengua.

—Te tengo demasiado consentido, tío.

El alivio se expandió en su cuerpo como un bálsamo para sus heridas. Sus músculos se relajaron, su respiración se normalizó y una sonrisa, o un breve asomo de ella, se dibujó en sus labios.

—Pero tienes que prometerme algo, Enzo —Luca esperó un momento y después, con seriedad se incorporó y dio un breve paseo por la cocina—. Di que irás a ver a Adriana.

Enzo dudó y durante un momento, no dijo nada. ¿Cómo iba a ver a su hija en ese estado? ¿Cómo, si aún no sabía qué decirle?

—Luca...

—O vas a verla o no muevo un puto dedo.

—Jesús, qué cruz de hombre —siseó Enzo y se mesó el pelo, frustrado—. Está bien, pasaré el fin de semana con ella. ¿Contento?

Luca rió de nuevo, muy satisfecho consigo mismo.

—Entonces, hecho. Cogeré un billete de tren e iremos los dos a Roma. Te llamaré con los detalles.

—Espera, espera... ¿quién ha dicho que tú vienes?

—¿Y quién te ha dicho a ti que vas solo? —contraatacó Luca, con renovada fuerza y seguridad—. Yo tengo los contactos, yo manejo la situación. Te llamo luego.

Y colgó, sin más.

Tras la línea que comunicaba, Enzo dejó escapar el aire que contenía y cerró la tapa del móvil, hasta que el sonido intermitente desapareció. Después, dejó que su mirada se perdiera de nuevo en las calles de Milán, en esas calles llena de ruido, de voces, de música extraviada.

Nunca le había encontrado el encanto a esa ciudad, nunca... hasta que la visitó con Ara. De golpe, todo lo que a él siempre le había parecido horrible, cobró otro valor, otra percepción que, de mano de su mujer, se había convertido en una obra de arte. Como ella. Como todo lo que ambos representaban. Ahora era incapaz de ver esa belleza, porque todo había vuelto al principio, a la nada.

Enzo retornó a la realidad poco a poco, cuando el frío hizo que su cuerpo temblara. Vio el reloj en la mesilla, marcando las ocho de la mañana, y supo que tenía que ponerse en marcha. Se vistió rápidamente, abandonó el piso y puso rumbo al hospital. Como cada mañana.

Ara despertó mucho más tarde de lo que habitualmente solía. El sol iluminó la habitación, vacía excepto por ella, y la llenó de tibieza y candor. Como cada mañana, la ventana estaba entreabierta y por ella se colaban diferentes olores, aromas que, a veces, no lograba identificar y que otras, despertaban en ella sensaciones y recuerdos. Ese día era una de esas ocasiones.

Aun con los ojos cerrados, Ara suspiró y sonrió. El olor que llegó a sus fosas nasales era fuerte, masculino, ligeramente oscuro y penetrante. Gimió, a duras penas consciente, y se giró para buscar el cuerpo cálido que la había acompañado durante toda la noche. Había sido, sin duda, una de las mejores noches que recordaba, aunque fuera una tontería basarse en eso. Lo cierto es que había disfrutado, y eso no podía negárselo nadie.

Sonrió brevemente, tanteó con el brazo el resto de la cama... y frunció el ceño. Estaba vacía, completa y absolutamente helada, como si Enzo nunca hubiera estado allí, junto a ella. No era posible, por supuesto, porque todo olía a él tan intensamente que casi dolía. ¿Dónde se habría metido?

—¿Enzo? —Ara susurró su nombre, suavemente y se levantó. Tras ella quedó la sensación de dulzura, de nerviosismo y extraño anhelo que la había atosigado toda la noche.

Se estremeció al recordar los detalles: su respiración contrariada, el violento rubor de sus mejillas al sentirle en la cama, junto a ella. La pasmosa caballerosidad de él, a pesar de la tensión que había

brotado entre ambos como fuego... y en un tiempo ridículamente corto. No la había tocado, ni rozado, a pesar de que ella hubiera pagado porque lo hiciera.

Bufó, frustrada, y entró en el cuarto de baño, a sabiendas de que no le encontraría allí. Y aun así, con esa certeza presente, le dolió descubrir que tenía razón. Ignoraba porqué y cuándo se había marchado, pero estaba segura de que volvería, en algún momento. ¿Cómo no iba a hacerlo después de todo lo que habían compartido?

Ara sonrió para sí, dejó que su pijama azul se escurriera hasta el suelo y se hundió en el agua, tibia de la bañera.

Era agradable poder hablar con alguien que le contestaba, sobre todo, si esa persona sabía escuchar y comprender. Él era una de esas personas. Durante las horas que habían pasado juntos, ella había hablado, había preguntado, había tocado temas que nunca antes había rozado. Le habló de la sombra, de la seguridad que sentía cuando estaba en aquella habitación, de las palabras que había encontrado en la cara del niño. Le susurró, a caballo entre la vigilia y el sueño, sus temores, su necesidad de salir de allí. También le relató sus intenciones, esas que, conforme pasaba el tiempo, se volvían más sólidas y determinantes. Y él la escuchó, con una media sonrisa dibujada en sus perfectos labios, como si realmente fuera importante, como si, en realidad, ella lo fuera.

Enzo, en cambio, apenas dijo nada. Se limitó a contestar algunas preguntas y a formular otras, sin aparente recelo.

Ara sonrió al recordar el transcurso de esas horas. Habían sido plácidas y largas, hermosas. Casi tanto como la sensación que, poco a poco, les había ido embargando y dominando sin control. Lo habían sentido en las miradas, en el fuego naciente que había ido creciendo, en las hambrientas y sutiles sonrisas de ambos. Y, aun así, todo había quedado en un lado de la cama.

¿Cómo era posible que, siendo adultos, fueran tan estúpidos? Ara temía una reacción desmedida por parte de Enzo y él... consideraba que ella era demasiado frágil, demasiado hermosa y pura para que alguien como él la tocara. Pero eso no impidió que el fuego les consumiera lentamente, ni siquiera cuando el sueño se cebó con ellos. Ella arrinconada en un lateral y él, vestido con su camisa y sus pantalones de vestir, en el otro.

A pesar del deseo insatisfecho, había sido un interludio agradable, aunque no entendía por qué Enzo la había abandonado nada más despertar. ¿Volvería a verle? ¿Regresaría el placer de su compañía? Como de costumbre, no tenía respuestas para ninguna de esas preguntas, pero, esta vez, hizo caso omiso de la ansiedad que solía estremecerla. Sonrió a cambio, hundió la cabeza en el agua y se limitó a disfrutar de esta, de la dulce caricia del jabón en su dolorida piel y del aroma que desprendían las burbujas.

El tiempo pasó y enfrió con su recorrido el agua de la bañera. Ara fue consciente entonces de que las horas habían transcurrido sin pena ni gloria, mientras ella estaba enfrascada en sus deliciosas divagaciones. Volvió a la realidad a regañadientes, salió de la bañera y se vistió, como cada mañana y con la firme intención de no abandonar su propósito inicial. Tenía que seguir abriendo puertas, luchando por encontrar una que la sacara de allí... que les sacara de allí.

Sonrió para sí misma, engulló el desayuno que, como siempre, alguien había dejado en la puerta y salió, sin percatarse de que, la sombra que protegía sus sueños, acababa de entrar.

Esta la miró, sin rostro, apenado, incómodo y sin saber qué más hacer. Por eso, se limitó a mirarla, mientras le abandonaba.

Capítulo V

El trabajo en el hospital era agotador. Día a día el cansancio se acumulaba, la doblegaba y, finalmente, al terminar la jornada, la liberaba. Aun así, a ella le gustaba lo que estaba haciendo, aunque eso supusiera sufrir mucho y disfrutar poco.

Rocky recorrió el pasillo central del hospital tarareando algo parecido a una canción. Bajo sus ojos, unas inmensas ojeras hacían justicia al escaso descanso que había tenido la noche anterior. Por más que lo había intentado no había conseguido relajarse, ni dejar de pensar en qué estaban haciendo con su vida. Ella, al menos, era honesta consigo misma y reconocía que tenía lo que había buscado. Anna, en cambio... era otro cantar. Uno pésimo y agobiante. Uno triste y lleno de melancolía. Uno que no tenía fin, ni remedio.

Suspiró profundamente al recordar a su hermana. La noche anterior se habían hecho daño, sin necesidad. Reconocía que parte había sido su culpa, por no ser tan paciente como lo era antes, cuando llegó, pero, a veces... la situación y el estrés podían con sus ánimos. Era patético, pero real.

—¿Rocky?

Dio un respingo y levantó la cabeza, sorprendida. Lo primero que vio fue una leve sonrisa, acompañada de un gesto tímido y lento. Después reparó en su ropa, limpia y mucho más informal, y en su pelo, que seguía igual de despeinado que la noche anterior.

—Enzo...

—Quería disculparme por todo —interrumpió y esbozó una sonrisa culpable—. No debería haberme marchado sin darte una explicación. Sobre todo porque intentabas ayudarme.

—No te preocupes, entiendo que tuvieras cosas que hacer —acertó a contestar y sonrió, amablemente—. ¿Se arregló, fuera lo que fuera?

Enzo se encogió de hombros y suspiró, dramáticamente.

—Creo que esas cosas nunca se arreglan. Pero estoy en ello, Rocky, estoy en ello.

—¿Quieres hablarlo? —Rocky sacó el móvil de su bolsillo, comprobó que a su descanso aún le faltaba media hora para terminar y sonrió—. Tengo media hora.

—¿Quieres un café? —preguntó él, con suavidad, e hizo un gesto para que ella tomara la delantera.

—Quizá incluso dos —Rió ella y echó a andar hacia la salida del hospital.

No dijeron nada mientras caminaban. Él iba absorto en sus pensamientos, a pesar de que sonreía con calidez a quien le saludaba por los pasillos. Al parecer, Enzo llevaba allí el tiempo suficiente como para que se le conociera.

La luz de la mañana les hizo entrecerrar los ojos a ambos, durante el tiempo que dura un suspiro.

Rocky gimió, estornudó sonoramente y se giró para quedar de espaldas al sol. Tras ella, Enzo sonrió, tiró de su cuerpo con suavidad, la giró y se colocó delante. El sol desapareció casi por completo.

—¿Mejor?

Ella rió al notar su gesto, a la par que su corazón se apresuraba a emitir latidos nerviosos. Sonrió brevemente y asintió, mientras se apoyaba en la pared blanca del hospital.

—Imagino que no fumarás —comentó Enzo y sacó un cigarrillo del paquete recién abierto. Dudó un momento y sacó otro—. Pero mi deber como caballero es ofrecerte uno.

—Pues te has equivocado —contestó Rocky a su vez y aceptó, con un cantarín "gracias"—. El café puede esperar un momento.

Él asintió, mientras dejaba que el humo raspara su garganta. Se quedó en silencio un momento, mientras esperaba a que ella encendiera el suyo. Sin embargo, su mente no tardó en abandonar ese instante para perderse en otras turbulencias, en otros momentos que de dulces, resultaban horriblemente tentadores... e imposibles.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La voz de Rocky penetró en sus sueños y recuerdos y le trajo de vuelta casi a rastras. Cuando Enzo se dio cuenta de lo que había ocurrido, esbozó una leve sonrisa de disculpa y volvió a dar una calada.

—Unos cinco meses.

—Tenía entendido que tu mujer... bueno, que llevaba solo dos meses en coma.

—Y así es. —Se detuvo, sonrió tristemente y desvió la mirada hacia la puerta del hospital que, fiel a su costumbre y a su necesidad, se abría cada minuto. Como la entrada a un infierno personal—. ¿Cómo sabes que no soy de Milán?

Rocky notó como su corazón se estremecía y como este, segundos después, latía desesperadamente rápido. Su boca se secó casi de inmediato y el pánico amenazó con cerrarle la garganta. Se había equivocado. Lo había hecho. Tragó saliva, dio una calada al cigarro y buscó, en su histérica mente una excusa, una sola excusa.

—Por tu acento —susurró, débilmente—. No tiene pinta de ser de aquí.

Enzo dejó escapar una carcajada a la que siguió una espléndida sonrisa.

—Vaya, creo que es la primera vez que alguien me reconoce un acento diferente —dijo, casi con alegría, con una belleza y una sinceridad nada propias del momento pero que, Aun así, estaban allí—. Soy de Roma, Rocky.

Dejó escapar un suspiro de puro alivio, a pesar de que su corazón distaba mucho de tranquilizarse. Aún podía escuchar el ronco vaivén de este sobre todas las demás cosas, incluso por encima de la dulzura de Enzo. Había estado cerca... tan cerca de estropearlo todo que, por un momento, había visto el desastre en la pupila de sus ojos.

—Roma... qué bonito —contestó, mecánicamente. Al escucharse, seca y dura, carraspeó y trató de sonreír—. ¿Qué te trajo a este lugar, entonces?

—Trabajo. —Se detuvo un momento, sonrió y dio una calada al cigarro, del que apenas quedaba el filtro—. Y amor. La combinación perfecta.

Esta vez fue Rocky quien rió. Fue una carcajada espontánea, llena de incredulidad y, a la vez, de sincera envidia.

—¿Qué tiene de maravilloso mezclar el trabajo con el amor?

—Ah, eso es que no conoces a Ara —musitó, con una sonrisa. Después calló, apenas un momento, mientras sacaba otro cigarro. Al parecer, había olvidado el café.

—¿Lleváis mucho tiempo casados? —continuó preguntando, más por su propia curiosidad que por la obligación que se le había impuesto. Lo recordó en ese instante, pero lo relegó al rincón más oscuro de su mente, junto a otros recuerdos que nunca dejaba salir.

Enzo asintió, se pasó la mano por el pelo en un gesto casual, natural y breve y miró a Rocky, con calidez y simpatía.

—Casi diez años. Y... sí —dijo, antes de que ella pudiera abrir la boca—. Parezco más joven de lo que soy.

—Eso me lleva a la imperiosa necesidad de preguntarte cuántos años tienes —contestó Rocky, divertida. Aunque le pesara, estaba disfrutando de la conversación y de su compañía, porque era completamente imposible no hacerlo incluso a sabiendas de que todo aquello era una monstruosa mentira.

—Ah, pero eso es un secreto.

—¿Uno inconfesable?

—Bah, no sirvo para esto —rompió a reír, suavemente y sacudió la cabeza—. Treinta y tres.

Rocky parpadeó sorprendida y le miró de arriba abajo, incrédula. Su cuerpo, firme y bien formado, no aparentaba haber pasado la treintena. Además, su sonrisa y esos rasgos elegantes y atractivos, no permitían pensar en más años. Se ruborizó intensamente al darse cuenta de que él la observaba con una ceja levantada, pero no fue capaz de apartar la mirada de él.

—¿En serio?

— Completamente. —Enzo volvió a sonreír y se encogió de hombros—. Ara siempre dice que hice un pacto con el diablo. En realidad ella sabe más de eso que yo, pero... insiste mucho en que es al revés.

Su sonrisa se enfrió un tanto y suspiró, sumido de nuevo en esa desesperada vigilia.

—Vine a Milán por ella. Ara inauguraba una exposición de pintura que, si salía bien, sería su oportunidad de oro. No pude negarme a venir —narró, en voz baja—. Ya sabes cómo son esas cosas. Pon excusas en tu trabajo, busca un apartamento corriendo, un colegio que acepte a niños a mitad de curso...

—Suenan... complicado.

—Lo es, lo es. —Enzo volvió a sonreír cuando recordó el olor a pintura del cuerpo semidesnudo de su mujer—. Pero condenadamente divertido.

Rocky le devolvió la sonrisa y abrió la boca para decir algo, sin embargo, un sonido, agudo e irritante, hizo que bufara.

—Hora de trabajar.

—Vaya. —Enzo frunció el ceño, tan contrito como ella—. Se me ha pasado volando... y encima no te he invitado a ese café. Soy un imbécil de categoría.

—Ya somos dos, entonces —contestó ella, alegremente—. No te preocupes, podemos vernos cuando quieras. ¿Te viene bien a las ocho, como ayer?

—Mucho me temo que no. —Miró a la joven culpablemente y se encogió de hombros, como solía hacer—. Salgo para Roma en un par de horas. He venido a despedirme de Ara... y de ti.

—¿Te marchas? ¿Por qué? —preguntó Rocky, en un tono de voz mucho más agudo del que acostumbraba a usar. El nerviosismo se hizo con ella y la ahogó, con fuerza.

—Tengo un asunto de trabajo que me reclama. Espero que solo me lleve una o dos semanas. Puede que menos —dijo, dubitativo—. Te llamaré si me das tu móvil. Así podrás tenerme "informado" de los cambios de Ara. ¿Te parece bien?

Durante un momento, Rocky pareció aturdida pero apenas un momento después sacó su teléfono y esperó a que él dictara los números. Su corazón se estremeció de pena al ser consciente de lo que estaba ocurriendo. De cómo lo estaba haciendo. De qué estaba consiguiendo. ¿De verdad merecía la pena seguir con aquello? ¿Solo por un error que ya debería estar olvidado?

—Cúidate entonces, Rocky —se despidió él, tras un instante. Cuando ella alzó la cabeza para mirarle, sonrió y se inclinó sobre ella. Besó sus dos mejillas, con suavidad—. Te llamaré ¿ok?

Ella asintió, sin decir nada, perdida en un sinfín de sentimientos contradictorios. Vio como se alejaba, paso a paso, irremediamente. Y de pronto, lo notó: fuerte, poderoso, inevitable.

—¡¡Enzo!!

Se detuvo y se giró, rápidamente.

—Mi nombre verdadero es Alessandra.

Enzo sonrió, hizo un gesto de asentimiento y desapareció tras la esquina, como la niebla al llegar el día.

La puerta que había decidido abrir ese día era apenas un resquicio en el pasillo. Una hendidura, de

madera vieja y corrupta, de años pasados y de tiempo acumulado. Sin embargo, a ella le parecía hermosa y atrayente.

En cuanto entró, el olor a pintura llenó sus pulmones. Gimió suavemente al recordar lo mucho que le gustaba ese olor y lo que disfrutaba con esta en sus manos. Cuando Ara abrió los ojos, sonrió, profunda e irremediabilmente. La habitación era un enorme estudio de arte, llena de lienzos blancos y de pintura que se acumulaba en diferentes paletas. En el centro, una estatua a tamaño real de un ángel abrazando a una mujer.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al sentir que eso ya lo había vivido.

¿Cuánto hacía de aquello? ¿Cómo había podido olvidar algo tan hermoso?

Ara se dejó llevar. Dejó las cosas en el suelo, olvidadas, y se remangó el jersey negro que cubría sus brazos. Después avanzó, lentamente y estudió la escultura: vio tensión en sus gestos, en el cuidado trazo de sus brazos musculosos. Vio el placer en su rostro, tan inequívoco y dulce que sintió una inmensa oleada de ternura.

Los recuerdos la llevaron a una clase llena de gente, de sonrisas y nerviosismo. En ellos reconoció caras, descubrió amigos que creía olvidados. Sonrió quedamente y acarició uno de los lienzos, con devoción y la exaltación propia de un artista. Sin embargo, cuando empezó a pintar descubrió que sus trazos no plasmaban la belleza angelical, sino algo mucho más terrenal y vívido. Algo que había conocido, aunque no sabía en qué momento de su vida. Quizá solo fuera parte de su subconsciente o quizá, de algo que no lograba sacarse de su cabeza.

Un trazo más, una línea y contempló unos ojos penetrantes, oscuros y dulces. Un giro de muñeca, una nota de color y se encontró con la misteriosa sonrisa... de Enzo. Suspiró levemente y perfiló sus labios, hasta que los volvió casi reales.

Un golpe en la puerta y los ligeros pasos de alguien que paseaba fuera llamaron su atención con brusquedad. El pincel cayó al suelo con un sonido opaco y distante, como sus pies al acariciar con rapidez el suelo.

Ara abrió la puerta, con el corazón en un puño, con los latidos alocados y dispares. Posiblemente no fuera quien esperaba pero, aun así, el hecho de saber que alguien rondaba su puerta la estremecía de júbilo. Sin embargo, el pasillo estaba vacío, como de costumbre. No había nada, ni nadie... a pesar de que había oído con nitidez sus pasos.

Suspiró profundamente, cerró la puerta y volvió a sus recuerdos, que ahora eran mucho más dulces. No vio sombras, pero sintió la calidez de unos amigos que no estaban, al igual que escuchó sus susurros como un eco que resonaba en ella.

¿Cómo podía echar tanto de menos a alguien? ¿Eran los recuerdos tan intensos como ella los sentía o era solo su propia soledad la que hacía que se sintiera así?

Quiso creer que el sentimiento era así de puro, así que sonrió y volvió a su lienzo. Cogió el pincel que había caído, lo lavó con suavidad y regresó a su pintura. Se encontró de frente con los cálidos ojos de Enzo y ella sonrió, conmovida. Aunque acababa de conocerle, sentía que podía ser feliz junto a alguien así, aunque fuera en aquel extraño lugar.

Sus recuerdos afloraron lentamente y rememoró su voz, cadente y suave, atractiva y ligeramente ronca. Recordó el tacto de su mano en su cintura, el calor que irradiaba en la cama. Se estremeció brevemente, se humedeció los labios y siguió pintando, casi hipnotizada, casi llevada solo por lo que él le provocaba. Y, de pronto, se vio a ella misma pintándole en esa misma sala, pero en otro momento. Le vio completamente desnudo, escudriñándola desde el centro de la sala, mientras otras como ella trazaban la belleza de su cuerpo.

¿Era posible que se conocieran de otra vida?

Un latido más fuerte de su corazón la hizo ruborizarse. ¿Qué era lo que sentía? ¿Imaginación, recuerdos? ¿Una mezcla de ambos? Los detalles eran tan nítidos que dolían: su respiración ligeramente agitada, el sudor que brillaba sobre su piel, la cadencia de su voz deseándola suerte. Incluso sus movimientos pausados y decididos parecían condenadamente reales.

El calor la consumió y la hizo gemir brevemente, mientras sus manos se dejaban llevar y pintaban, frenéticamente. Cada detalle quedó plasmado en el lienzo, como si la realidad hubiera tomado forma dentro del Enzo y como si esta nunca hubiera existido fuera de él. Los trazos se magnificaron, se volvieron intensos y crudos, llenos de fiereza y desesperación por captar la esencia, lo que él le hacía sentir. Si ella temblaba, hacía que sus ojos fueran más intensos y si Ara gemía, el cuadro entreabría los labios, seductor. Todo, todo estaba conectado por esa confusa y hermosa magia llamada arte.

El tiempo pasó con su habitual serenidad. Las horas entraron y salieron, llamaron y abandonaron, mientras ella seguía sumida en su mundo de sensaciones y placer. Solo cuando el cuadro colmó la necesidad que corroía su pecho, se apartó. Y levantó la cabeza para sonreír al modelo.

—¿Enzo? —susurró, mientras buscaba frenéticamente al joven que, solo con su presencia, hacía que viera el mundo de otro modo.

Nadie la contestó.

Ara parpadeó, rápidamente y escudriñó la oscuridad que empezaba a alargar las sombras de la habitación, desesperada. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido? ¿Por qué los recuerdos no dejaban allí su nitidez? ¿Por qué la abandonaba de nuevo?

Un sollozo ahogó todos los demás sonidos. Un gemido llegó después, atraído por la tristeza de la joven. Se estremeció, se apoyó contra la pared y, simplemente, se dejó llevar. Por la confusión, por la necesidad, por ese sentimiento que albergaba en ella y que nunca tendría cabida.

El traqueteo del tren no era el mejor arrullo para dormir. Aun así, Enzo consiguió dar un par de cabezadas, lo justo como para soñar... si a eso se le podía llamar así.

Cuando abrió los ojos y parpadeó, solo vio un largo pasillo, iluminado con fuerza y hendido por lo que parecían cientos de puertas. Después todo desapareció y él regresó a la duermevela que hacía que fuera consciente de todo lo que le rodeaba: el murmullo de Luca hablando con su madre, el chirrido de las ruedas sobre las vías, la hosca voz de la mujer que anunciaba el destino.

Pese a todo, logró descansar más que en los últimos días. Fue un alivio no sentirse atormentado por el dolor de cabeza, ni por el sabor agrio del alcohol y el tabaco.

—Buenos días, bello durmiente —saludó Luca cuando Enzo se incorporó en el asiento.

Gruñó a modo de respuesta y bostezó, sonoramente.

—¿Queda mucho?

—Puede que una hora. Quizá algo más —dijo, sin apartar la mirada de su portátil, en el que brillaban varios documentos que, posiblemente, pertenecieran a la investigación—. Pero vamos, ya casi estamos. ¿Has avisado de que ibas a casa?

Enzo negó con la cabeza, contrito. Después cogió el móvil, tomó aire profundamente y bajo la atenta mirada de Luca, marcó. El tono resonó durante diez largos segundos, hasta que un pitido le indicó que alguien había cogido el teléfono. Su corazón se encogió un momento, expectante.

—¿Diga?

—Hola...

Se oyó un chillido de placer que robó a Enzo una sonrisa. Se acomodó en el asiento y cruzó una pierna sobre la otra. Sus latidos desenfrenados continuaron, con más fuerza aún.

—¡Papá!

— El mismo —Rió con suavidad y cerró los ojos—. ¿Qué haces, princesa?

—Estaba...pintando. Pero la abuela dice que tengo que irme a dormir. ¿Tengo que hacerlo?

—Dile a la abuela que hoy puedes quedarte hasta más tarde.

Adriana apartó el teléfono, corrió descalza por el pasillo y buscó a la mujer que se afanaba en la cocina. Incluso así, con el teléfono a medio tapar, Enzo escuchó cada palabra de la pequeña y de su abuela. Sonrió al pensar en la cara de sus padres cuando le vieran entrar por la puerta.

—¿Enzo?

—Hola, mamá. ¿Estabas ocupada?

— No, para nada —Se detuvo, un momento—.¿Estás bien?

Había nerviosismo en sus palabras aunque tratara de que su voz sonara casual y cariñosa. Era lógico, por supuesto, porque hacía mucho tiempo que no hablaba con ella. Si se ponían a contar era muy posible que ese tiempo llegara al mes.

—Estoy, que no es poco. Pero sí, mejor.

— Y ella...

—Sin cambios —La cortó, con suavidad—. ¿Qué habéis cenado?

La mujer parpadeó, sorprendida. Se giró, apartó a Adriana, que gritaba clamando por un poco de atención y levantó la tapa de una sartén.

—Filetes de pollo y ensalada —contestó, sin saber a qué venía ese cambio de conversación. Entendía que no quisiera hablar de Ara, pero...

—Perfecto. ¿Ha sobrado?

De pronto, lo entendió todo. Ahogó un grito de alegría y apretó el teléfono con tanta fuerza que su mano tembló con violencia.

—¿V-Vuelves?

Enzo rió al escuchar la emoción que embargaba a la mujer. Nunca pensó que su regreso a casa formara tanto revuelo, sobre todo si se tenía en cuenta todo lo que ocurrió la última vez que estuvo allí, cuando anunció que se quedaba en Milán y que ellos tendrían que hacerse cargo de la pequeña. Trató de olvidar los gritos, los sollozos ahogados de Adriana, las excusas básicas que le había dado para explicar por qué la dejaba allí y la frialdad de sus padres, que no entendían su manera de actuar. Al parecer, todo había quedado atrás.

—Estoy a una hora de casa —contestó, con la voz mucho más ahogada de lo que pretendía. Se estaba dejando llevar por ese cúmulo de momentos y sensaciones, como ella. Menudo estaba hecho—. Así que sí, imagino que he vuelto.

Escuchó el suspiro de alivio de su madre. Sonrió a duras penas, notó como su corazón se encogía y tomó aire, mientras esperaba a que ella dijera algo más. Sin embargo, no fue su voz la que escuchó tras el aparato.

—¡¡Papá!! ¿Es verdad? ¿Verdad de la buena?

—Sí, mi vida —susurró, cariñosamente—. Escúchame, enana. Mamá está muy ocupada y no va a poder venir, pero me ha dicho que le hagas un montón de dibujos. ¿Quieres empezar ahora mientras yo llevo?

Adriana dejó escapar una carcajada llena de felicidad y dejó caer el teléfono, mientras corría a por papel y lápiz. De nada sirvió los consejos de su abuela, ni la regañina profunda y honda de su abuelo, al que apenas se oía.

La comunicación se cortó y Enzo dejó escapar el aire que acumulaba en sus pulmones. Lo había conseguido. Después de tanto miedo, de tanta inseguridad... había dado el paso.

— No ha sido tan difícil ¿eh, tío?

Se giró hacia Luca y sonrió, brevemente.

—Te odio.

Luca se echó a reír, estentóreamente, asintió con conformidad y devolvió toda su atención al portátil.

—Yo también, capullo. Por eso hago lo que hago.

Capítulo VI

El silencio que reinaba en el apartamento era como la calma previa a la tempestad. Era suave, tranquilo, apenas manifiesto... aunque igualmente letal.

Rocky lo notó de inmediato, apenas cerró la puerta tras de sí. Algo en ella se encogió aterrorizada, pero no salió a la superficie. Ignoraba cuánto tiempo llevaba temiendo a su hermana. ¿Cuatro, cinco años? El tiempo pasaba demasiado despacio cuando se tenía una losa en el pecho.

Suspiró profundamente, miró a su alrededor y buscó a la joven. Se estremeció al verla en la cocina, haciendo la cena, de nuevo. A pesar de que intentaba ver en ella todo lo bueno que el tiempo le había ofrecido, se veía incapaz, porque solo brillaban esos grandes defectos que afeaban toda su apariencia. Ni siquiera la cicatriz que atravesaba su frente y caía hasta su mejilla le parecía tan espantosa.

Un horrible latigazo lleno de remordimientos sacudió su pequeño cuerpo. Sufría de estos desde hacía tanto tiempo... y ahora, con la llegada de Enzo a sus vidas, más. Pero nadie reparaba en ello ni se percataba de esa lucha interna. ¿Lo agradecía? A veces, sí. Otras en cambio miraba a los demás suplicando un poco de ayuda que, evidentemente, no llegaba.

—¿Piensas quedarte en la puerta todo el día? —La voz musical de Anna atravesó el silencio con delicadeza. Nada en su tono decía que la rabia bullía en ella con la fuerza de una bomba.

Rocky levantó la cabeza y sonrió débilmente. Después dejó el abrigo en el sofá, como de costumbre, y cogió a *Nube*.

—¿Necesitas ayuda?

—Qué novedad, Alessandra ofreciendo su ayuda —espetó, despectivamente—. No, no necesito que te muevas. Simplemente haz lo que siempre haces, que se te da muy bien.

Acusó el golpe con dignidad, a pesar de que algo en ella continuó resquebrajándose. Se humedeció los labios tímidamente, besó a *Nube* en la cabeza y se acercó a la cocina, a pesar de todo. Ella era la mayor, la fuerte, aunque no se sintiera así.

— Lo que siempre hago es mantenerte y asegurarme de que no te metes en ningún lío más — contestó, con cierta dureza—. Al menos podías fingir que te importa lo que hago.

—¡Es que no me importa!

Anna se giró hacia ella, con la mirada chispeante y aterradora. Se podía ver en cada parpadeo el asco, la rabia, la necesidad de no seguir viéndola.

— Entonces, dime Anna, ¿qué mierda haces en mi casa? ¿Eh? —preguntó, con la voz tomada por la ira, por el enfado que dominaba cada palabra, cada fibra de ella—. ¡Joder, lo estoy dando todo por ti!

Se hizo un breve y acusado silencio. *Nube* maulló, justo antes de bajar al suelo y desaparecer de escena. Hubo un intenso cruce de miradas, lleno de rencor acumulado y de momentos que surgían de entre los recuerdos enterrados. Hubo malestar, de ese que no desaparece durante años.

—Estoy aquí para recordarte lo zorra que fuiste. Para recordarte, querida hermana, lo que me hiciste y lo que perdí por tu puta culpa. Si ahora te piensas que tienes derecho a darme órdenes o a darme de lado, estás muy equivocada —siseó Anna, furiosamente—. Considera esto algo parecido a la justicia divina, aunque te mereces algo mucho peor.

Rocky palideció al escuchar a su hermana. ¿Cómo no se había dado cuenta de todo lo que albergaba en su corazón? ¿Cómo había podido ignorar la llamada de la ira? En el tiempo que había estado cuidando de ella, allí, en su propia casa, había optado por pensar que su mal humor era, simplemente, debido a

que estaba sola. Ahora se daba cuenta de que esa era solo una de las razones.

—Estás loca, Anna. No puedes conseguir todo lo que te apetezca por mucho que pienses en que yo te lo debo. Lo que estás haciendo es una jodida locura, ¿no lo ves?! ¿no te das cuenta de que así no vas a llegar a ningún lado?!

Una carcajada resonó por toda la cocina, llena de histerismo, de mal humor.

—No eres quién para decirme qué puedo o no conseguir. —Anna curvó los labios hacia arriba, creando una mueca que se alejaba mucho de ser una sonrisa—. Ya he conseguido mucho más que tú, hermana, y me ha costado mucho menos. ¿Qué tienes tú, eh? Un pisucho de mierda, un montón de problemas y un tío que no te hace ni puto caso. Yo tengo casi todo lo que quiero —Se movió rápidamente, la cogió del pelo y tiró hasta que Rocky, entre gemidos de dolor, se arrodilló en el suelo—. A menos que te dé por no hacer lo que tienes que hacer. ¿Vas a traicionarme, hermanita? ¿Vas a huir como la última vez?

La mirada se le nubló de golpe ya que las lágrimas velaban sus ojos y no le permitían ver nada. Trató de levantarse, de luchar, de no dejarse pisar por aquella que había sido su mejor amiga durante años. No lo consiguió. Su fuerza era bastante superior a sus vagos intentos y aunque ella deseaba poner fin a todo de una manera muy diferente, se vio ahogada por Anna, por todo lo que pensaba y por todo lo que le recriminaba.

—¡¡Para, Anna!!

—¡Contestame! —Anna apretó con más fuerza, hasta que notó sus nudillos rozar su cabeza. Tiró con más ganas, hasta que su hermana se arrastró hacia ella—. Dime que no vas a abandonarme ahora.

Un sollozo después y Rocky negó con la cabeza. Apoyó una mano en el suelo, mientras que con la otra trataba de que Anna la soltara. Acarició con la yema de los dedos su mano, llena de tensión y fuerza, de ira. Quiso decir algo, quizá suplicar por un momento, por un segundo de paz, aunque no fue capaz de hacerlo. Ahogó un gemido, buscó sus dedos y trató de que se relajaran.

—No vas a echarme de aquí hasta que no consiga lo que quiero —siseó, una vez más, mientras la daba un empujón. Después observó a su hermana tratar de levantarse, como un perro apaleado. Y ese gesto, tan contrito, tan sumiso, la enervó aún más porque despertó en ella algo parecido al placer—. Espero que lo entiendas, Alessandra, porque esta es la vida que tú misma has elegido —dijo, en voz baja, mientras su pierna derecha se estrellaba con fuerza contra el blando estómago de la joven.

La oyó gemir ahogadamente y por eso, repitió. Una, dos, tres veces. Hasta que sus gemidos se tornaron en crudos sollozos. En música para sus oídos.

No había nada mejor que la calidez de un cuerpo contra el suyo, aunque este fuera pequeño y menudo y no dejara de moverse. Aun así, la incomodidad desapareció en cuanto la niña se acurrucó contra él, buscando una protección que hacía tiempo que no sentía.

Enzo suspiró pesadamente y arropó a su hija cuando notó que la temperatura bajaba. Después la abrazó, besó su coronilla y cerró los ojos. Estaba cansado, muy cansado. A pesar de que, durante el viaje en tren, creyó haber superado el miedo que le provocaba volver a casa, no tardó en darse cuenta de que los nervios seguían aferrados a su estómago. En aquellos momentos, previos al encontronazo, se vio como un niño pequeño al que le acosaban los problemas de los mayores. Se sintió incómodo, irresponsable, temeroso y, Aun así, continuó sintiendo, en el fondo, la pizca de la curiosidad y de la ilusión. Al parecer, no estaba tan muerto como creía.

Sorprendentemente, todo había ido bastante bien. ¿Quién iba a decirle a él que sería bien recibido después de todo?

A decir verdad, era increíble como las cosas cambiaban y se transformaban dependiendo de las

circunstancias. Ellos, sus padres, que siempre habían visto mal su relación con Ara, ahora preguntaban y se preocupaban por ella, dejando atrás viejas rencillas y malentendidos como si nunca hubieran hecho herida. Parecía que todo perdía importancia cuando las cosas se complicaban.

Enzo sonrió brevemente al recordar a su madre. Le había impactado verla allí, tan serena y rígida, tan desconfiada y, a la vez, tan dispuesta a dejarlo todo de lado. Detrás estaba su padre, que parecía no recordar los malos momentos ya que sonreía con la calidez de una bienvenida. El reencuentro había sido... abrumador, aunque lento y paciente.

Primero habían llegado las sonrisas, la timidez. Después, el dulce y apasionado grito de Adriana junto a su abrazo de amor incondicional. El resto había llegado por el lento correr del tiempo: las miradas donde se explicaban, donde se pedían perdón. La aceptación del pasado, de los errores. El olvido que lo tapa todo... y el posterior cariño que acaricia el alma.

Había sido algo digno de recordar. Algo que no olvidaría y que usaría como lección cuando el tiempo lo requiriera.

Volvió a sonreír y se estiró. El alcohol trepó por sus venas y le arrulló, dulcemente. Su susurro le llenó la cabeza de imágenes, de tenues recuerdos que se hacían un hueco en él, buscando, desesperados, un minuto de gloria. ¿Con cuál soñar esa noche? ¿Cuál debería quedarse en ese momento? Era tan difícil elegir, tan complicado quedarse solo con uno. Llevaba dos largos meses apartándolos, obligándolos a desaparecer a base de alcohol y de inconsciencia porque era incapaz de enfrentarse a ellos. Sin embargo, esa noche era especial porque tenía a alguien que, con su presencia, le daba fuerzas. Quizá esa noche volviera a su pasado, a la dulzura de los recuerdos que creía haber enterrado. Quizá volviera a ver a Ara. Quizá rememorara sus caricias.

El sonido amargo del móvil le hizo abrir los ojos con rapidez. Se levantó, arrulló a Adriana para que siguiera durmiendo y se abalanzó sobre este. No reconoció el número que brillaba en la pantalla, así que todo él se estremeció, deseoso de buenas noticias.

— ¿Sí? —susurró, mientras se encerraba en el estudio que estaba junto a su habitación. Echó un rápido vistazo a su alrededor y sonrió al comprobar que todo estaba exactamente igual que hace unos meses. Incluso los bocetos de Ara colgados en la pared.

— ¿Eres Enzo?

Frunció el ceño al reconocer la voz. Se sentó en el pequeño sofá de cuero negro y bostezó, suavemente. Sus ganas de dormir desaparecieron, como por arte de magia.

—Dime, Rocky. ¿Ha pasado algo?

— No... solo quería hablar contigo. Siento haberte llamado tan tarde —musitó, en voz baja. A su alrededor, los muebles de su habitación parecían enormes y amenazantes, como las sombras que se movían bajo la puerta—. ¿Qué tal el viaje?

—Más largo de lo que recordaba, la verdad. Pero he vuelto a casa y eso, quieras o no, se agradece. Echaba de menos todo esto.

Rocky no dijo nada. Se limitó a acomodarse en la cama, a taparse con una sábana y a apretar los dientes para paliar el dolor.

—¿Te he despertado? —preguntó, finalmente.

— No —susurró y sonrió—. Creo que no podía dormir, de todos modos.

— ¿Nervios?

— Recuerdos.

Enzo clavó la mirada en el boceto que tenía más cerca: su hija parecía sonreír de medio lado, mientras unas manos, apenas dibujadas, la acariciaban el pelo. Incluso siendo apenas unas líneas, parecían reales.

— ¿De...ella?

— De Ara, sí. ¿De quién si no? —Sonrió para sí, brevemente—. El otro día me pareció soñar con ella. ¿Es normal obsesionarse con la idea de que va a volver, Rocky?

—Imagino que sí... aunque no sabría decirte. Hay muchas maneras de echar de menos a una persona. —Se detuvo, tomó aire pesadamente y cerró los ojos—. ¿Me contarás algún día como la conociste? Me puede la curiosidad.

Él dejó escapar una carcajada ahogada y asintió, como si ella pudiera verle. Su mente retrocedió a un principio que ya quedaba lejos, pero que seguía latiendo como el primer día. Vio las imágenes alternarse y superponerse, porque había tantas y eran todas tan deseables que no podía quedarse solo con una.

—Nos conocimos en clase de pintura —empezó, roncamente—. Yo era el modelo de esa semana, porque estaba bastante jodido de dinero y necesitaba algo rápido. Si te soy sincero, no me acuerdo de cómo lo encontré... simplemente, pasó. De la noche a la mañana estaba en pelotas delante de un montón de muchachas que solo me miraban la entrepierna —Se echó a reír suavemente y sacudió la cabeza, aún incapaz de creerlo—. No te imaginas lo incómodo que es.

—Creo que puedo hacerme una idea —susurró en respuesta, con una sonrisa dolorida y dulce.

— Pues... un día, apareció Ara —Se detuvo, saboreando ese momento en la intimidad de sus pensamientos—. Una niña hippie, vestida de manera horrible y que se quedó blanca al verme —Sonrió al recordar ese momento. Su corazón latió dolorosamente al reconocer que solo era un recuerdo, aunque los sentimientos fueran reales y profundos—. Me cautivó. No te imaginas, Rocky, lo que era capaz de ver en sus ojos. Era... como una explosión de colores, como fuegos artificiales. No he visto ojos como los de ella —susurró—. Podía perderme en ellos, sin importarme que no fuera a volver. Pasé toda la clase mirándola, como un imbécil.

Se hizo un silencio lleno de complicidad. No hubo palabras, ni gestos, solo recuerdos que flotaban de un lado a otro, como nubes movidas por el viento.

Enzo cerró los ojos y se recreó en su fantasía. Rocky los cerró para olvidar.

—Fue un encuentro digno de cuento —musitó, suavemente. Después se estremeció y se tapó más con el edredón.

—Y esa solo fue la primera parte —bromeó él y sonrió para sí. Hablar de Ara con otra persona era extrañamente liberador y reconfortante. Revivir la historia de su vida le daba fuerzas para seguir adelante, para continuar deseando que ella abriera los ojos—. Pero por hoy es suficiente, Rocky. Tengo a mi hija esperándome en la cama... y un buen caballero no hace esperar a las damas.

Ella rió, conmovida. Asintió para sí, echó un rápido vistazo al reloj, que marcaba la una y media de la mañana y suspiró. El tiempo había pasado mucho más rápido de lo que ella esperaba, casi de lo que deseaba. La caricia verbal de Enzo era agradable, dulce, amistosa. Justo lo que ella necesitaba para pasar el mal trago. Recordó en ese instante, casi de refilón, que quizá no era buena idea hablar con él de esa manera, que quizá lo único que estaba haciendo era complicar las cosas.

—Tienes toda la razón —confirmó Rocky, con un suspiro—. Te llamaré a lo largo de la semana, ¿te parece?

—Será un placer —contestó él, con suavidad. La sonrisa seguía dibujada en sus labios, como un fiel reflejo del rumbo de sus pensamientos—. Buenas noches, Rocky.

Rocky esperó un momento. Uno solo, para saborear bien el instante. ¿Cuánto hacía que nadie le deseaba las buenas noches de manera sincera? ¿Había ocurrido alguna vez, en realidad?

Sacudió la cabeza, contrita, y se centró en formular una respuesta. Sin embargo, cuando quiso darse cuenta, se vio envuelta por el tono inequívoco del silencio.

La noche continuaba fluyendo con su habitual lentitud o, al menos, eso era lo que Ara suponía.

Tenía frío, un frío hondo e incómodo que había secado sus lágrimas. Aun así, las sentía bajo sus párpados, sobre sus mejillas y en el suelo. También notaba el frío de la habitación a su alrededor. Llevaba allí incontables horas, sentada frente al lienzo que, ya seco, la observaba.

Había necesitado mucho tiempo para reconstruir el recuerdo de aquella puerta y ahora que lo tenía, prácticamente, entero... le parecía cruel, infinitamente cruel. Como si el destino se estuviera riendo de ella a carcajadas... o como si se estuviera volviendo completamente loca.

Conocía a Enzo. Lo conocía de antes, de esa vida que no lograba recordar. Y era frustrante y doloroso. ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué no la había reconocido? ¿Y si en realidad se estaba imaginando todo aquello?

Ara sollozó. Y tembló. Y se encogió como una niña. ¿Qué posibilidad había de que su vida fuera un sueño? ¿Y cuántas de despertar?

Un sonoro golpe en algún lugar del pasillo la trajo de vuelta a la realidad. Abrió los ojos, parpadeó y clavó su mirada violeta en la puerta, que seguía perfectamente cerrada. Escuchó otro portazo y momentos después, los indudables pasos de alguien que se alejaba. Esta vez, Ara dudó, hasta que su curiosidad fue en aumento y la instó a levantarse y a descubrir qué se escondía tras la madera.

La luz artificial del pasillo llenó sus ojos de brillos inquietos que no le dejaban enfocar. Parpadeó furiosamente y giró la cabeza de un lado para otro. Vio una sombra al final del pasillo, una sombra demasiado nítida como para pertenecer a aquel mundo. Y entonces lo notó: el alocado estremecimiento de su corazón, la imperiosa necesidad de sonreír, a pesar de todo, la locura que hervía en sus venas.

— ¡Creí que no volvería a verte! —gritó, hacia la oscuridad, hacia el hombre que curioseaba en el otro extremo del pasillo.

La figura se giró, lentamente. La luz iluminó sus rasgos, gratamente sorprendidos, al igual que su sonrisa, radiante y sincera.

—¿Ara?

Un cosquilleo emocionado resquebrajó la pena que la había sometido anteriormente. Sonrió, cogió sus cosas de la habitación y echó a andar hacia él. Se encontraron a medio camino, bajo la luz artificial que les iluminaba.

— Hola —saludó Enzo, con una sonrisa ladeada. Recordaba a la joven de la noche anterior, aunque en su memoria no era tan nítida y hermosa. Ahora que la tenía delante le parecía incluso más fresca y llamativa. Única—. ¿Dónde te habías metido?

Ara parpadeó, incrédula. ¿Qué quería decir con eso? Era él quien había desaparecido... y aun así, aunque lo sabía, dudó de que no hubiera sido ella la que lo había hecho. Sacudió la cabeza, sonrió pícaramente y se encogió de hombros.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—¿Y por qué no lo haces? —Enzo sonrió, ampliamente. Notó en su pecho el profundo latir de su corazón, ese que le instaba a ser valiente y atrevido, a decir cosas que, de otro modo, nunca diría.

—Porque no soy del tipo de chica que se preocupa por los hombres —rebatía ella y se apoyó en la pared, provocativamente. Estar cerca de Enzo suponía una inmensa liberación y un terrible placer. Se comportaba como una estúpida, lo sabía, pero después de todo... le conocía. O eso quería creer.

— Entonces podríamos decir que soy yo el que se preocupa por ti.

— ¿Sin conocerme de nada?

Enzo esbozó una sonrisa encantadora, llena de luz y de tenues sombras. Se cruzó de brazos frente a ella, ladeó la cabeza para observarla mejor y clavó sus ojos oscuros en los de ella.

—Tú ayer me llevaste a una habitación de hotel, niña. Es justo que yo ahora me preocupe por lo que pueda pasarte —contestó, animadamente—. Y ahora, dime. ¿Dónde te escondías?

— He estado investigando —La sonrisa de Ara se borró un poco, empañada por los recuerdos que había dejado atrás—. Aunque no he encontrado nada que me haya servido de ayuda, ya sabes. Solo mucha mierda y cosas que no estoy segura de querer recordar. De hecho... —Sacudió la cabeza, incómoda—. Ni siquiera sé si son recuerdos de verdad. Lo mismo me lo estoy inventando todo porque necesito creer que esta no es mi vida, que no voy a pasarme el resto de la existencia en un lugar tan deprimente como este.

Notó de inmediato la inquietud de la joven. La sintió, precisamente, porque su malestar también se clavaba en su pecho, dolorosamente. Tragó saliva, repentinamente dudoso. ¿Debería contarle que él también tenía sensación de pérdida? ¿De que aquél lugar no era algo real? Pero, a fin de cuentas, allí estaban... y todo lo que lo rodeaba lo sentía con fuerza. Era extraño.

—Ey, Ara. Yo también creo que esto no es... del todo real. Aquí ocurre algo raro, lo sé, pero no puedo decir que esté seguro de que no me estoy equivocando. Cuando abro los ojos y veo la habitación, siento como todo da vueltas. Recuerdo cosas ¿sabes? Y tengo la sensación de que son más reales que las cosas que siento aquí —Se detuvo y sonrió brevemente. Sintió un impulso que le animaba a acariciarla, a comprobar que ella también era real. Y lo siguió, bajo la atenta mirada de la mujer—. Excepto tú —susurró, roncamente—. Tú me pareces más real que cualquier otra cosa.

Ara suspiró profundamente y entrecerró los ojos al sentir los dedos de él sobre su mejilla. Notó un cosquilleo que crecía en su pecho, que se estiraba y llenaba lugares de este que apenas conocía. Sintió placer, dulce y tenue, que hizo que su piel se erizara bajo la ropa.

Fue solo un momento pero, cuando abrió los ojos y se encontró con los de Enzo, supo que atesoraría ese instante durante mucho, mucho tiempo. ¿Había acaso algo más intenso que esa mirada?

— Creo que ya nos hemos conocido —barbotó ella, sin poder retenerlo más tiempo. Vio su cara de sorpresa, sintió como apartaba la mano y, aun así, a pesar de la decepción, continuó hablando—. Te he visto en mis recuerdos. Hoy ha sido la primera vez, pero... joder, estoy segura de que, en algún momento, nos hemos encontrado.

— ¿No crees que si fuera así yo también me acordaría? —susurró, dulcemente. Vio la profunda decepción en los ojos de ella y eso hizo que, inmediatamente, se arrepintiera de lo que había dicho—. Aunque... también puedes tener razón. Soy un imbécil sin memoria.

Ella sonrió levemente al escucharle. Era una excusa muy vaga pero sirvió para calmar un poco ese repentino malestar que había despertado en ella. Suspiró, profundamente.

—¿Qué recuerdas tú, entonces?

Enzo retrocedió un par de pasos, se rascó la nuca pensativo y esperó un momento a que su memoria se asentara.

— Algo sobre un viaje a Roma, para ver a mi familia —Se detuvo un instante, solo para apreciar como los recuerdos se hacían más nítidos—. Y por algo de trabajo. Aunque no recuerdo cuál es. Todo es muy confuso.

— Al final va a ser cierto que eres un imbécil sin memoria. —Rió Ara, suavemente—. Ven, vamos a dar una vuelta. Lo mismo así te convengo de que todo esto es un dejavú.

— ¿Vamos a la habitación del hotel?

—No. Vamos a la habitación de la pintura.

— ¿Qué hay allí? —preguntó él, con curiosidad, mientras seguía a la muchacha en dirección a la puerta que tenía justo en frente.

— Recuerdos, como siempre. Aquí es lo único que hay: tú, yo y un montón de mierda confusa.

Enzo rió también, enlazó su mano con la de ella y la apretó, cariñosamente. Desconocía por completo el motivo de sus impulsos pero se sentía bien cuando se dejaba llevar por ellos. Era agradable, terriblemente conmovedor y lleno de placer. Incluso un gesto tan leve e inocente como ese le parecía maravilloso. Como si se hubiera acostumbrado a ellos.

La habitación estaba envuelta en penumbra. Sobre la oscuridad flotaba el olor a pintura fresca, un olor que le recordó breves instantes de alegría. Cuando la luz iluminó los lienzos vacíos y la estatua del ángel, sintió como su estómago daba un vuelco. Todo aquello le resultaba asombrosamente conocido, como si hubiera pasado allí mucho tiempo. Apretó más la mano de Ara y la detuvo.

— Esto... es el estudio de arte de mi universidad —musitó, asombrado—. Hace años que no paso por aquí.

Ara se giró hacia él, tan confusa como Enzo parecía estarlo. Sus suposiciones hacia él se hicieron más notorias, más intensas: se conocían, porque ambos recordaban prácticamente las mismas cosas. Si aún no se había dado cuenta era solo porque llevaba poco tiempo allí.

— También es el de mi universidad —aclaró ella, suavemente. Después dejó la mochila en la entrada—. ¿Recuerdas algo? ¿Sientes que esto es real? ¿O sigue pareciéndote parte de un sueño?

— Es... confuso —admitió, mientras daba vueltas por la habitación. A su mente llegaron momentos que sabía que eran reales, como el frío que empapaba su piel durante las clases o el ronco murmullo de las mujeres que pintaban—. Pero quizá tengas razón y tú no solo seas un sueño.

Se estremeció de placer al oírle. Sus mejillas enrojecieron y sus ojos, violetas, brillaron con fuerza. Incluso su corazón dejó de resistirse ante un piropo tan bien hecho. Sonrió ampliamente y se acercó hasta donde estaba él. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de lo que estaba observando.

Su rubor cambió del placer a la vergüenza, casi de inmediato.

— Los recuerdos...

— Me has pintado... desnudo. Completamente en pelotas —Enzo parpadeó, incrédulo... y maravillado. No se había dejado un jodido detalle de su cuerpo. Ni siquiera la cicatriz que tenía en la cadera. ¿Cómo había podido hacerlo con tanta precisión si no se conocían de nada? A menos que ella tuviera razón y que él tuviera la misma memoria que un pez—. ¿Puedo saber cuándo me has quitado la ropa, niña? Porque eso sí que lamento no recordarlo.

— No te he quitado la ropa —farfulló ella, rápidamente y tapó el cuadro con una sábana. Después retrocedió hasta sentarse, lo suficientemente lejos de él como para que no viera que temblaba—. Ya te he dicho que te recordaba así, ahí en medio. En todo tu esplendor.

Enzo sonrió levemente al sentir la incomodidad de Ara. Se alejó del cuadro, se sentó en un taburete, frente a otro lienzo, y suspiró. La sola idea de que ella le hubiera visto desnudo le excitaba, como nada antes. Incluso ahora, que había tierra de por medio, notaba cómo su erección pulsaba contra los pantalones. Suspiró, profundamente.

— Espero que al menos te haya gustado lo que has visto —susurró, roncamente. Sintió la necesidad de acercarse, de obligarla a desnudarle para que volviera a pintarle. Contuvo un gemido al imaginarse la escena. Y lo que, posiblemente, llegara después.

— No ha estado del todo mal —contestó Ara, que no había vuelto a levantar la cabeza. De hecho, no se atrevía a hacerlo, ni a pensar siquiera en ello.

— No ha... estado del todo mal —repitió él, con una sonrisa divertida—. Eso no dice nada bueno de mí.

Ara se ruborizó aún más y miró desesperadamente a su alrededor. En esos momentos, casi deseaba que Enzo no hubiera entrado en esa habitación. ¿Cómo podía enfrentarse a semejante conversación ella

sola? No estaba preparada, ni mucho menos.

—Ara —Enzo la llamó, con suavidad—. Es un trabajo magnífico... aunque injusto.

—¿Injusto?

— Muy injusto.

Le miró, sin entender a qué se refería. Su gesto parecía relajado pero cada uno de sus músculos estaban tensos bajo la ropa. Incluso una pequeña gota de sudor brillaba en su cuello. ¿Qué estaba pasando por su cabeza?

— Tú puedes basarte en recuerdos. Yo, mucho me temo, no. Y ahora mismo, me muero de ganas de pintarte.

— ¿Qué...? ¿Qué insinúas? —preguntó ella, con los ojos repentinamente abiertos.

— Desnúdate, Ara. Si tenemos que jugar a esto, que sea, al menos, de manera justa.

Capítulo VII

Había risas. Y música. Música estridente que resonaba en el interior del coche. Había humo, tan denso que apenas se podía respirar. Y risas, de nuevo.

En los asientos de atrás, una pareja se besaba apasionadamente, entre gemidos que se escuchaban, a veces, por encima del propio estruendo de la radio. Y después, más risotadas.

—¡¡Anna, deja de beber!! —Rocky dejó escapar una carcajada, le quitó a su hermana el bote de cerveza y dio un largo trago antes de centrar su mirada en la carretera.

Esta seguía siendo recta y oscura.

—De...jame. —Anna rió tontamente y se acomodó en el asiento del copiloto. Entrecerró los ojos un momento y dio una calada al porro que tenía entre los dedos—. Enzo no me quiere... es imbécil.

—Todos los hombres lo son —canturreó Rocky a su vez, mientras daba otro trago a la lata. Eructó sonoramente, se echó a reír con su hermana y enderezó el coche.

La carretera aún permanecía recta y solitaria.

— ¿Y no se puede hacer nada para... cambiarlos? —preguntó, arrastrando las palabras.

Más risas y humo. Más música. Más oscuridad.

— ¡Cásate con él!

Rocky miró a su hermana y le dedicó una media sonrisa. Ella se la devolvió, cariñosamente y rompió a reír.

De pronto, todo cambió. Apareció una luz. Y después otra. Un resplandor tan intenso que todos se vieron obligados a cerrar los ojos. La música seguía sonando, pero ahora había un coro de gritos. De pánico. De terror.

El golpe fue monstruoso. Nadie vio el camión, ni oyó el desesperado pitido del claxon. Solo sintieron el dolor, el chasquido de los huesos al romperse, el susurro de la sangre al brotar a borbotones.

Todo daba vueltas. Vueltas y vueltas. Solo había luz y sangre. Y miedo. Y dolor.

Rocky despertó bañada en sudor. Su corazón, asustado y desesperado, latía rápida y dolorosamente. Un torrente de lágrimas caía por sus mejillas, empapándola con su tristeza.

Hacía meses que no soñaba con el accidente. De hecho, creía haberlo enterrado en su memoria, de manera que no volviera a salir, a pesar de los continuos recordatorios de su hermana.

Había aprendido a ser fuerte y a no dejarse acobardar, especialmente cuando supo que Anna, posiblemente, no volviera a ver por el ojo derecho. Desde ese mismo momento, supo que la relación que siempre las había unido se había hecho añicos. ¿Era solo culpa suya? Posiblemente, no. Sí, era ella quien había llevado el coche esa noche, pero... no era la única responsable de aquella pesadilla.

Se secó las lágrimas como pudo y se incorporó. A su alrededor, la oscuridad crecía y empapaba cada rincón. Solo la luz del despertador, que marcaba las cuatro, parecía arrojar algo de claridad a toda la estancia.

Rocky se estremeció y hundió la cabeza entre las manos. A pesar de la gran cantidad de veces que se había reprendido por sentirse un despojo, esa noche volvió a ese estado de miseria, inevitablemente. El accidente no solo había sido culpa suya. Había sido un error conjunto, fruto de la inexperiencia y la temeridad. Les había costado mucho a todos: a ella, el miedo y la impotencia, también los crudos remordimientos. A Fabio y a Nut, la vida. A Anna... la visión de su ojo derecho y muchos meses de su

vida. También su cordura y estabilidad.

Un pinchazo de dolor hizo que volviera a la realidad. Le dolía el vientre de manera intermitente y aguda. Se palpó con suavidad y jadeó cuando notó otro aguijonazo. A ese le acompañó el lento pulsar del dolor de cabeza, especialmente allí donde el pelo había sido arrancado.

Parpadeó, quizá consciente, por primera vez, de lo que había ocurrido horas antes. Era la primera vez que Anna le pegaba. La primera desde que se había instalado en su casa, tras otra relación fallida con algún tío del sur. Y era ahora, un rato después, cuando se había dado cuenta de lo que había pasado.

Las náuseas subieron por su garganta con violencia. Tuvo varias arcadas y sintió el sabor de la bilis en su boca. ¿Qué había pasado? ¿Cómo habían llegado a esos extremos?

Se levantó, movida, quizá, por la inconsciencia y la incredulidad. Descorrió los cerrojos de su cuarto y salió al salón, que aún seguía iluminado por el reflejo de la televisión. Vio a Anna tumbada en el sofá, despierta, con *Nube* entre sus brazos.

—¿Podemos hablar?

Anna levantó la cabeza, miró a su hermana, sorprendida y recogió las piernas para dejarle un hueco junto a ella. Se hizo un silencio incómodo en cuanto Rocky se sentó.

—¿Qué ves?

— Una película de terror. Acaba de empezar, si quieres verla —comentó, suavemente, justo antes de incorporarse. Bastó una mirada para comprobar que Rocky temblaba—. Siento lo de antes. No quería... De verdad, no pensé en hacerte daño. No sé qué me pasó.

Dejó que *Nube* abandonara su regazo de un salto y después, se inclinó hacia su hermana. Vio que su labio inferior temblaba nerviosamente, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Algo en ella se estremeció profundamente, algo que le impulsó a acariciarla la mejilla.

— ¿Me... perdonas? Me enfadé. Se me fue la cabeza —susurró, con la voz tomada por algo muy parecido a la pena—. Sabes que yo nunca te haría daño, ¿verdad? Aunque discutamos yo no... no. Te lo prometo.

— ¿Y por qué hoy sí, Anna? ¿Tan mal te he tratado para que me hagas esto? —Rocky parpadeó furiosamente, mientras dos lágrimas traicioneras bajaban rápidamente por su piel, ya húmeda.

— Hoy ha sido diferente. Han sido muchas cosas, hermanita. Tú no te das cuenta porque lo tienes todo y en vez de ayudarme... me lo pones todavía más difícil. Sabes que yo solo quiero ser feliz. ¿Tan raro es? —Anna le secó las lágrimas con cuidado. Después tiró de ella para abrazarla.

Se quedaron así un momento, una en brazos de la otra, ambas sumidas en una espiral de confusión que no auguraba un buen camino. Cada una de ellas buscaba una razón para convencer a la otra, pero el choque de sus personalidades era tan brusca que la verdad y la razón terminaban por escapar. Por eso, al cabo de unos segundos, Rocky rompió a llorar.

— Yo... Dios mío, lo siento tanto. Si esa noche yo no hubiera... joder, ¡joder! Si no hubiera cogido el coche, nada de esto estaría pasando. —Sollozó, amargamente—. Todo es por mi culpa, por mi puta culpa...

Anna acarició su pelo, con cuidado. Hundió los dedos en su melena morena y la besó en la frente, mientras su hermana seguía sollozando. De pronto, con las lágrimas de Rocky mojando su pijama, todo entraba en una nueva comunión, en una nueva realidad. Era evidente que solo ella había tenido la culpa. De golpe, todos sus actos y malas contestaciones adquirirían un nuevo sentido, uno casi honorable, porque le había hecho ver lo equivocada que estaba.

Sonrió brevemente y tomó aire, mientras Rocky se sacudía con brusquedad. Ahora ya no lamentaba los golpes, porque habían sido dados por una causa justa.

—Te perdono, Alessandra. Todos tenemos derecho a equivocarnos —susurró dulcemente—. Ahora

solo tenemos que redimirnos. Yo por confiar en ti y tú, por jodernos la vida.

Ara parpadeó incrédula cuando escuchó a Enzo. Abrió mucho los ojos, los clavó en los suyos y, acto seguido, rompió a reír. A pesar de que sentía la tensión que predominaba en la habitación y que, parte de ella, le decía que no bromeaba... no pudo evitarlo. Su timidez natural, esa que disfrazaba de coraje y picardía, salió a flote con tanta rapidez que poco faltó para que huyera. ¿Quién le había mandado meterse en una situación así? ¿En qué momento había decidido que era buena idea?

Su rubor se extendió por sus mejillas y se transformó en un calor abrasador que bajó hasta su pecho, como una corriente de lava que arrasaba todo cuando tocaba.

—Bromeas —dijo, en un tono que no admitía ninguna réplica. Sin embargo, cuando vio el ardor y la determinación en el fondo de sus ojos oscuros, fue consciente de que estaba jugando con un experto y que, hiciera lo que hiciera, él se saldría con la suya—. Por Dios, no puedes estar hablando en serio.

—Es lo más justo para los dos. —Enzo se humedeció los labios, consciente de que alguna mirada de Ara caía en ellos, de vez en cuando—. Tú ya lo has hecho, aunque yo no lo recuerde. Te prometo que no te tocaré. Solo quiero... pintarte.

Y era cierto, al menos, de momento. Era impresionante la facilidad que había tenido Ara para desarmarle. Él, que era frío y exigente, él, que a nadie dejaba entrar en su vida... ahora estaba sufriendo, luchando, por vivir un momento que quizá más tarde no recordara. Era de locos y, Aun así, él estaba pletórico en su locura.

— ¿De verdad solo piensas... pintarme? —Ara se levantó, dudosa. Dio un par de pasos hacia él, pero se detuvo y se cruzó de brazos a modo de defensa. El problema principal es que quizá ella no solo quería eso, por mucho que su timidez arrojara pánico a todos sus gestos.

— ¿Acaso quieres algo más?

Ella sonrió, a duras penas. Dejó la pregunta en el aire, colgada de los lienzos vacíos y del olor a pintura. Después se acercó al centro de la habitación, allí donde el ángel guardaba a su mujer con recelo. Tomó aire, apenas un momento y lo dejó escapar con un breve suspiro. Su corazón latió con fuerza, voluptuoso, casi seductor. Ella, a cambio, enrojeció de nuevo, de vergüenza, de placer, de nerviosismo acumulado. ¿Cómo habían llegado a ese punto? ¿Cómo no llamarlo milagro? ¿Era acaso un premio por su paciencia, por su estancada estancia en aquel lugar? No tenía respuestas a ninguna de esas preguntas, solo tenía la certeza de que Enzo estaba allí para ella, aunque solo fuera un momento.

— ¿Desde aquí me ves bien? —preguntó, suavemente. Su voz se quebró hacia el final y cuando vio que eso provocaba en él una lenta sonrisa, apartó la mirada, avergonzada.

—Perfectamente. ¿Podemos empezar?

Ara asintió con un gesto, casi invisible. Dejó pasar unos segundos llenos de duda y, finalmente, algo en ella se puso en marcha. Respiró profundamente, una, dos, tres veces, hasta que sus latidos fueron medianamente tranquilos. A pesar de eso, siguieron golpeando su pecho con fuerza, con tanta, que sentía un ligero pinchazo con cada palpito.

Tenía que hacerlo. Necesitaba conseguirlo. Ansiaba sentir su mirada sobre su cuerpo, aunque todo quedara allí y no avanzaran más. Aunque el deseo desapareciera a los pocos segundos. Sería el instante anterior el que atesoraría, ese que la convertía en mujer.

Empezó por los zapatos, unas playeras viejas que siempre le habían resultado muy cómodas, apenas importaban los maltrechos cordones o algunas pequeñas manchas que era imposibles de quitar. Después, continuó con los calcetines, blancos y pequeños, de esos que solo llegan al tobillo. Se detuvo al llevar sus manos al cierre del pantalón. Sus largos dedos se paralizaron durante un momento y sus ojos, violetas, se alzaron, preocupados. Solo ella sabía lo que había bajo los pantalones. Nadie más conocía la

existencia de las cicatrices, de las horribles marcas que decoraban su piel. Por eso, apartó las manos de los vaqueros y las enredó en los bajos del jersey negro. Bastó un tirón para dejar ver su sujetador azul, ese que hacía que su pecho pareciera ligeramente más grande y provocador.

Se detuvo de nuevo y alzó la mirada. Se encontró de golpe con la intensidad, con el hambre, con el deseo más devastador. Ara quiso gemir, pero no brotó sonido alguno de su garganta. Se limitó a dejar caer el jersey al suelo y a llevar sus manos, temblorosas, al cierre del sujetador.

Casi pudo notar la tensión de su mandíbula, casi sintió el palpitar de la vena de su cuello mientras el sujetador caía junto al jersey.

— Eres preciosa, niña —musitó Enzo, roncamente.

Sus ojos bajaron de los de Ara lentamente para acariciar sus labios entreabiertos, para rozar su clavícula y para perderse en la placentera observación de sus pechos, de pezones del color del coral, tensos y firmes.

Enzo se removió en la silla y tensó los brazos en respuesta. Se obligó a permanecer quieto, a esperar, a observar. A mendigar un poco más, aunque eso supusiera que se volviera completamente loco. ¿O ya lo estaba? Quizá por eso continuaba quieto, arropado por un calor mucho mayor de lo normal y por una excitación tan brutal que sus manos temblaban, incontrolables.

Ella sonrió, para pesar suyo. Sonrió como solo alguien como ella podía hacer: con timidez, con provocación, con paciencia y con atrevimiento. Una sonrisa imposible en otros labios.

—¿Vas a empezar a pintarme ya? —Ara señaló el lienzo con un gesto de su cabeza. Sus manos quedaron junto a sus piernas, relajadas.

— Cuando termines de desnudarte.

— No creo que quieras que termine de hacerlo —rebatió ella, dulcemente—. No soy lo que esperas.

Se levantó y, automáticamente, la sonrisa de Ara desapareció. Se cruzó de brazos, hoscamente y le miró, recelosa. Sin embargo, él apenas se movió. Se limitó a apartar el lienzo y a observarla con más detenimiento.

—Por favor. Estamos hablando de arte ¿verdad?

Ara asintió, confusa.

—Entonces deberías saber que no tengo expectativas en cuanto a nada. Me limito a esperar lo que venga y a disfrutarlo en su justa medida. ¿Me vas negar el placer de hacerlo?

La joven negó, lentamente. A pesar de sus recelos, comprendió lo que él decía porque ella había sentido eso mismo durante muchos años de clase. Se sorprendió al recordar ese sentimiento, esa novedad. Sonrió para sí misma y desabrochó el botón de los vaqueros. Después los bajó con decisión, hasta que sus piernas, pálidas y llenas de grotescas cicatrices, se hicieron visibles. Sus bragas blancas siguieron el mismo camino, dejando que sus rizos morenos brillaran bajo la luz artificial. Entonces, ya libre y expuesta, Ara clavó sus ojos en los de él, desafiante.

— ¿Y bien?

Enzo sonrió con lentitud, aunque eso era lo último que sentía. En él pujaban la locura, la absurda necesidad de demostrarle que era perfecta, que no tenía por qué preocuparse. Se incorporó suavemente y, después, se acercó, cautelosamente, como si Ara fuera una cierva que fuera a escapar en cualquier momento. Sin embargo, ella se quedó allí, quieta, desafiante y única. A la espera de algo más.

— No está mal. —Rió él, cuando llegó hasta ella. Tragó saliva y, tras un momento, acarició su mejilla—. Me gustas más cuando sonrías. ¿Sería mucho pedir?

Ella pareció sorprendida pero, apenas un segundo más tarde, esbozó una tierna y emocionada sonrisa. Alargó la caricia apoyando su propia mano contra la de él. Sintió su temblor, su respiración agitada. ¿Podría notar él sus propios latidos? ¿Sería capaz de notar cómo temblaba?

Su mano subió hasta los labios entreabiertos de la joven. Los acarició lentamente, concentrado en no tomarlos con los suyos, en no lamer y succionar, en no dejarse llevar por la locura que le estaba corroyendo.

—Mucho mejor —susurró él y se apartó un paso. Necesitaba poner tierra de por medio porque lo que empezaba a sentir no era normal, ni siquiera se le acercaba—. Ahora... estate quieta, necesito... concentración —atinó a decir y volvió tras el lienzo.

Ara sonrió, socarronamente. Se sentó en una de las sillas, posó con gracia natural y desvió sus ojos violetas hacia él. Aún era capaz de sentir el cosquilleo de sus labios y la espiral de placer que se había desenroscado en su pecho. También notaba muchas más cosas, íntimas, que creía que ya no podía sentir. Se ruborizó al pensar en ello y, aunque su primer impulso fue bajar la mano hasta su sexo, se contuvo, solo por esperar a que él lo hiciera. Lo más probable es que fuera una locura y, Aun así, tenía la franca esperanza de que fuera él quien diera el primer paso.

Un tenue gemido escapó de sus labios, traicionero. Vio que Enzo se detenía, que su pincel temblaba un poco más. Después llegó el silencio y un momento más tardío, el suave susurro de la pintura sobre el lienzo. Ella sonrió, apoyó la barbilla en la mano y mantuvo la mirada en él.

Enzo sonrió brevemente al apreciar su gesto. Se obligó a apretar los puños y a continuar pintando, aunque el esfuerzo le estaba destrozando. Su cuerpo, tenso, solo quería acercarse al suyo. Se imaginó a sí mismo bajo ella, guiando su cuerpo para aceptar sus embestidas. Cerró los ojos. Apretó la mandíbula. Pintó un trazo. La imagen de ella volvió a aparecer, con más fuerza. Como si estuviera volviéndose loco. Como si quisiera hacerlo.

Un nuevo suspiro le hizo detenerse y mirarla. Sintió como su corazón se estremecía y latía más deprisa. ¿Qué le estaba haciendo aquella mujer? Dos días había tardado en capturarlo en sus redes. ¿Era consciente de lo que hacía? ¿De lo que tenía entre las manos?

— ¿Estás bien? —preguntó, ahogadamente.

— Claro. —Ara afirmó con una sonrisa, mientras se acomodaba en la silla—. ¿Y tú?

— Perfectamente —siseó. Después se secó el sudor con la manga y continuó pintando.

Nunca había sido un gran pintor, pero sí disfrutaba mucho dibujando. Era algo que le relajaba... excepto cuando tenía a una mujer desnuda, a pocos metros de él. Maldijo en voz baja el rumbo que tomaban sus pensamientos y trató de concentrarse. Sin embargo, su erección, inflamada y tensa, le indicaba otra cosa. Dejó el pincel en la paleta y las manos sobre sus muslos.

— ¿Podríamos seguir en otro momento? Hace... calor.

Ella rió lánguidamente, se levantó y se acercó a dónde estaba. Después apoyó un codo sobre su hombro y la cadera contra su costado. Sus ojos estaban pendientes de la pintura y no de la expresión torturada de Enzo. Su gesto, concentrado y lleno de curiosidad, se abrió a uno complacido. Lo que veía dibujado en el lienzo no era una atrocidad, como había temido sino un boceto sencillo, precioso, de una mujer que parecía bonita.

Un parpadeo más tarde y Ara descubrió que no había cicatrices en la pintura. Por el contrario, sobre sus piernas del dibujo había hermosos trazos que parecían tatuajes. Vio mariposas, vio rosas escondidas, vio pétalos.

Se estremeció, profundamente, mientras su corazón latía aún más desacompañado. ¿Cómo podía ver tanta belleza en un lugar donde no lo había? Tragó saliva, suspiró conmovida y se giró hacia él.

— ¿Cómo piensas llamarla?

Él le devolvió la sonrisa. Después cogió su mano y apoyó los labios en sus nudillos, como si eso ya lo hubieran hecho mucho atrás.

— La muñeca tatuada.

Si había algo que odiaba era el ser despertado por alguien que no fuera el despertador. Por eso, cuando el insistente sonido del móvil taladró su cerebro, se levantó entre gruñidos y entre palabras que distaban mucho de sonar bien.

Estaba solo, completamente.

Las sábanas estaban revueltas y aún cálidas, pero no había nadie a quien pudiera hablar. Suspiró profundamente y se pasó la mano por el pelo. Después cogió el teléfono que seguía vibrando.

—Te odio, Luca. En serio, no te imaginas el por culo que das —gruñó ásperamente, mientras giraba sobre sí mismo y buscaba el tabaco. Vio los dibujos de Adriana sobre la cama, así que supuso que sus abuelos la habían llevado al colegio—. ¿Qué coño quieres?

— Llamo para informarte de que llegas tarde. Llevo esperándote cerca de media hora y, francamente...

— ¿Dónde estás? —interrumpió Enzo, rápidamente. Después cogió un par de prendas de la maleta medio abierta y se encerró en el baño con el manos libres.

— Al lado de la comisaría. ¿Piensas tardar mucho? —Luca contempló el reloj de marca de su muñeca y sacudió la cabeza. Llevaba allí mucho más tiempo del que quería admitir y, aunque en su fuero interno sabía que todo era para una buena causa, le molestaba que Enzo tuviera tan poco respeto—. Mira, Enzo...

—Ya, ya. Me dormí ¿ok? Bajo en un momento —contestó y colgó, rápidamente.

Le bastaron diez minutos para estar completamente despejado y vestido. El traje negro, la corbata azul celeste y los zapatos limpios fueron suficiente para hacer de él un hombre elegante y serio.

Llegó prácticamente a los cinco minutos de pisar la calle. La familiaridad de la ciudad, sus calles, callejas y la rutina que había seguido durante tanto tiempo fueron cruciales para vigorizar sus pasos, que se frenaron en cuanto vieron el rostro malhumorado de Luca.

Se sintió culpable de inmediato. Era cierto lo que le había dicho, aunque no le había explicado el verdadero motivo de por qué le hubiera encantado quedarse en la cama. Aún perduraba en su memoria el último sueño que había tenido con su mujer. Había sido... tan real, tan jodidamente nítido, que por un momento pensó en que todo lo sucedido había sido una pesadilla. ¿Cómo algo que ocurría en su interior podía ser tan perfecto? Incluso aunque la Ara de su sueño no pareciera recordarle. ¿Importaba acaso que no tuviera la certeza de que estaban casados? ¿O de que no atesorara momentos de su vida? Definitivamente, todo eso podía quedar atrás si estaba con ella.

— Lo siento, Luca, de verdad. *Mea culpa*. —Se disculpó, en cuanto vio la mirada chispeante y dura de su amigo—. No volverá a pasar.

—¿Qué mierda hacías, tío? —Luca echó a andar a paso rápido, esquivando a las pocas personas que se acercaban a donde estaban. Parecía como si estas fueran conscientes de que ninguno de los dos vivía un buen momento. Parecía algo casi irreal, algo más digno de una película.

Enzo dudó un momento. Después se lanzó al río. Luca había estado ahí cuando lo había necesitado, sin pedir nada a cambio, sin preguntar... incluso cuando no había sido llamado. Era justo que compartiera con él sus delirios, por extraños y confusos que le parecieran.

—Dormir, ya te lo he dicho. Ayer fue una noche muy rara —contestó y miró de reojo a su compañero. Le vio enarcar una ceja, interrogante—. En el hospital conocí a una enfermera —resumió—. Quería ayudarme con lo de Ara, así que quedamos para tomar un café y para hablar de las posibles opciones médicas que teníamos. El caso es que congeniamos bastante.

—¿Te la has tirado? —Luca se detuvo, incrédulo, en mitad de la calle. La gente continuó pasando junto a ellos, indiferente, aunque, de vez en cuando, se oía un gruñido, un insulto susurrado rápidamente.

Aun así, ninguno de los dos se movió.

—¡Por supuesto que no! ¡¿Estás enfermo, Luca?! —estalló Enzo, más confuso aún. ¿Cómo se le ocurría preguntar semejante gilipollez? Si había algo que nunca haría sería, precisamente, ponerle los cuernos a Ara. Tendría que estar muy desesperado para recurrir tan solo a la idea de hacerlo.

La rabia que sintió en ese momento fue intensa, rauda, terriblemente veloz. También sintió asco, hacia sí mismo y hacia lo que le rodeaba, porque era incapaz de creer esa absurda declaración. Y, sin embargo, se sentía mortalmente culpable. A su mente acudieron las imágenes de la Ara del sueño, completamente desnuda, casi expectante. También se vio a sí mismo deseando ese mismo contacto.

¿Qué le estaba pasando? ¿Era posible sentir culpabilidad cuando estabas soñando con esa misma persona? ¿Aunque ella no lo supiera?

Enzo sacudió la cabeza, contrito. Después continuó andando hacia el inmenso edificio que se alzaba al final de esa misma calle. Supo después que Luca le había seguido, porque llegó segundos más tarde a la puerta de la comisaría.

Todo seguía exactamente igual: el ajeteo de los uniformes, el sonido estridente de los teléfonos. Algún que otro grito furibundo. Y allí, al final del pasillo, una mujer les miraba con los ojos cargados de furia.

—Oh, mierda.

Luca sonrió levemente, le dio un amistoso golpe en el hombro y avanzó hacia ella sin ningún tipo de reparo. En cambio, Enzo prefirió quedarse ligeramente rezagado. Ahora recordaba por qué no le gustaba volver a casa. Había demasiados problemas, demasiados momentos que prefería dejar atrás. Romina era uno de esos momentos.

La mujer, ya entrada en la cuarentena, rubia y de aspecto imponente, había sido una de sus mejores amigas, al menos, mientras vivía allí. Su relación había sido tormentosa, como tantas otras, pero siempre habían conseguido mantener ese resquicio de amistad que les unía. Al menos... hasta que Ara se coló en su vida. Cuando lo hizo, desbarató todo en lo que creía y todo lo que le sostenía, incluso algunas de sus amistades más duraderas.

¿Tenía Ara la culpa? Quizá. Siempre había sido demasiado especial como para que el resto del mundo la entendiera. Demasiado suya. Demasiado de él.

—Buenos días —saludó, respetuosamente, cuando Luca se apartó de Romina.

—Creí que no volverías por aquí. ¿Ya no te gusta Milán? —La mujer esbozó una sonrisa ladeada, tan fría y helada como su tono de voz.

—No es el momento, Ro. —Luca la sujetó amistosamente del brazo y apretó con la suficiente fuerza como para que ella se tensara—. Venimos por cuestión de trabajo.

—Algo he oído, sí —contestó secamente. Después se zafó de su agarre y echó a andar por otro pasillo que cruzaba la comisaría—. ¿Cómo está tu mujer, Enzo?

Él apretó las mandíbulas con fuerza. Notó el sabor de la sangre en su garganta y el dolor reflejarse en sus ojos, como un espejo que nada puede ocultar. A veces olvidaba que él no era el centro del mundo. A veces su desgracia no le permitía ver que, detrás de él, seguía habiendo gente. Personas que no sabían lo que había pasado.

— Está en coma, Romina.

La mujer se detuvo de inmediato. Se giró rápidamente, con el gesto demudado por la sorpresa y la desolación. Si bien era cierto que nunca se había llevado bien con Ara, por su manera de ver y vivir la vida, no la deseaba ningún mal. Ni siquiera aunque le hubiera supuesto perder a uno de sus mejores amigos. En momentos como ese, tan duros y crueles, nada de lo anterior tenía tanta importancia.

—Joder, lo siento muchísimo. —Ro se acercó a él y le abrazó, con suavidad, con ternura. Con el

anhelo propio de los que eran amigos. Todos los resquemores quedaron atrás, olvidados, toda la negrura de los malos momentos desapareció, hasta que solo permanecieron ellos, en esencia, acunados el uno por el otro—. ¿Estás bien?

Enzo asintió brevemente. Agradeció interiormente el calor de Ro, porque hacía tiempo que no sentía nada de ella, salvo inquietud e indiferencia. Se le hacía extraño volver a ese estado de complicidad, pero tampoco le desagradaba. Aun así, no era el calor que necesitaba, el que ansiaba con desesperación. El abrazo de Ro no tenía nada que ver con el de Ara, que llenaba de dulzura la intimidad de sus cuerpos. Suspiró, dolorosamente, repentinamente asqueado por ese contacto y se apartó.

— ¿Cómo pasó?

Luca carraspeó suavemente, llamándoles a ambos la atención. Hizo un gesto con la cabeza y les instó a seguir andando.

Finalmente, Romina entró en razón y soltó a Enzo, que dejó caer los brazos.

—Vamos, seguidme. Hablaremos más tranquilos abajo —musitó y abrió una puerta en la que se leía el letrero "solo personal autorizado".

La sala estaba completamente a oscuras, salvo por una luz titilante que brillaba en la entrada y otra que se intuía al final. Desde lo alto de la escalera se podían ver enormes estanterías de metal, con cajas incrustadas en cada balda, como presos en una cárcel minúscula.

—¿Y bien? Todavía no sé para que habéis venido. Me dijeron los del grupo que fue por un coche robado que os encontrasteis, ¿es verdad? —Romina se acomodó contra la barandilla y se cruzó de brazos. Sus ojos azules escudriñaron lo poco que veían de Enzo: ojos apagados, ojeras oscuras, media sonrisa y gesto, aparentemente relajado. Después miró a Luca.

—Todo tiene que ver, Ro —empezó este último, con suavidad—. El coche robado es... el que atropelló a Ara. Hemos venido buscando a la mujer que lo conducía.

— ¿Sabemos a quién pertenece?

— A un tal Bruno Astori. Cuando llamé me dijeron que enviarían a alguien para hablar con él pero, visto lo visto... —Luca sacudió la cabeza y miró significativamente a la mujer.

— Esperad un momento, entonces. Yo misma buscaré si tenemos alguna denuncia a nombre de Bruno Astori. Estoy segura de que si pido un par de favores conseguiré que alguien os acompañe a hablar con él.

Ro sonrió brevemente al ver el gesto aliviado de los dos hombres. Con lo que iba a hacer ahora se iba a meter en un lío pero, a veces, valía la pena. Especialmente por regalos como el que Luca le había hecho: ¡las paces con Enzo! Algo que, durante los largos años en los que no se habían hablado, era imposible siquiera pensarlo.

— No te imaginas el favor que nos haces, Ro. —Enzo descruzó los brazos y sonrió a la mujer, agradecido—. Necesito pillar a esa hija de puta. Sé que es una locura y que, posiblemente, el dueño del coche no tenga ni puta idea de quién es, pero... es lo único que tenemos ahora.

— ¿Me contarás todo lo que ha pasado? ¿Desde el principio?

Él asintió, solemnemente.

— Perfecto. Entonces nos vemos esta tarde en el *Della Pace*. Tráete a Adriana si quieres, puede jugar con mis dos hijos. En cuanto a ti, Luca. —Le señaló con un dedo, amenazantemente—. No quiero que te acerques a mi hermana.

Luca dejó escapar una carcajada, llena de alegría y picardía. Después levantó las manos en actitud conciliadora y negó con la cabeza.

— ¡Nunca se me ocurriría!

Las carcajadas de los tres sonaron como un canon que nadie esperaba. La tensión, el malestar, la

curiosidad insatisfecha, todo, desapareció de un plumazo. Solo cuando alguien llamó a la puerta, insistentemente, se tranquilizaron.

— Menudos estáis hechos. —Enzo sacudió la cabeza, divertido. Después miró el reloj y sonrió—. Mi hija sale al recreo en diez minutos. Creo que voy a ir a darle una sorpresa. Nos vemos esta tarde, chicos.

Y así, sin dar opción a una respuesta, sin dejar que su ánimo se hundiera, salió corriendo de la comisaría. Como alma que lleva el diablo. Como solo un hombre lleno de esperanza puede llegar a correr.

Capítulo VIII

Había cosas banales que importaban. Otras no tanto. Y había detalles que no parecían servir de nada y que, en realidad, lo significaban todo.

Uno de estos últimos fue el que trastocó parte de su mundo y del que les rodeaba. Lo hizo con fuerza, de imprevisto, con arrojo y violencia.

Ocurrió a mediodía, sorprendentemente. Rocky estaba segura de que las desgracias siempre llegaban de noche, con el manto oscuro y frío de la oscuridad. Sin embargo, pronto descubrió que, a veces, el mundo era más impredecible de lo que imaginaba. Más cruel. Más odioso.

Como cada día, estaba en el hospital, desviviéndose por personas a quien, realmente, no importaba. ¿Le molestaba ese detalle? No, por supuesto que no. Estar allí era lo que siempre había querido hacer, desde que tenía pocos años y pocas luces. Quiso cuidar, mimar y curar a los que caían, a los que no se levantaban y a esos que, como su madre, se recuperaban. Después, a media carrera, llegó el accidente. Su vocación se disparó y creció tan bruscamente que, a final de año, era considerada una de las grandes promesas de Milán.

Pero ¿acaso le servía eso para lidiar con el día a día? ¿Con lo que se escondía tras los muros de su casa?

A veces, quizá. En un día como aquel, no había nada que pudiera evitar.

El móvil sonó con fuerza, con intensidad. Rocky parpadeó, regresó de estado de reflexión y lo cogió, sin apenas mirar quién era.

—¿Diga?

—¿¡Dónde mierdas está?!

—¿Qué quieres decir? —contestó ella, entre susurros. Vio que dos pacientes la miraban con curiosidad así que les sonrió y echó a andar por los pasillos, blancos y perfectamente limpios—. ¡Tranquilízate!

Se hizo un silencio y después, se oyó el amargo sonido de un sollozo, apenas contenido.

—¿¡Dónde está?! —repitió, entre desesperados sollozos.

—Anna, Anna... está en Roma. Se me olvidó decírtelo ayer. Se marchó por no sé qué de trabajo. — Se detuvo y parpadeó, confusa—. ¿Cómo sabes que no está en Milán?

El incómodo silencio volvió a asentarse entre ellas. Fue interrumpido solo por el sonido de una cremallera al cerrarse y de algo al ser removido.

—¿Anna? —Rocky salió del hospital a toda prisa, lejos de miradas curiosas. Se dirigió a los bancos que coronaban el parque de la parte delantera y allí, se dejó caer.

La inquietud que sentía iba creciendo rápidamente, porque no entendía qué podía pasar ahora, ni cómo iba a reaccionar su hermana.

—¡¡Tendrías que habérmelo dicho!! —aulló Anna, con la voz repentinamente apagada. Se oyó un crujido, uno leve y confuso, como si apretaran con demasiada fuerza el teléfono. Después, su voz volvió a sonar nítida—. ¡Vuelve a casa, joder! ¡Necesito que vengas!

Rocky cerró los ojos, repentinamente agotada. Los problemas de Anna parecían magnificarse cada día, a cada momento. En ese preciso instante recordó el momento en el que había llegado a su casa, cinco meses atrás: una joven sonriente, capaz, que acababa de salir de una relación por propia voluntad. Se la veía feliz. Llena de vida.

Los problemas habían empezado días después, cuando Rocky le preguntó acerca de su vida. Llevaban mucho sin verse y, aunque de vez en cuando hablaban por teléfono, no sabían mucho la una de la otra. Ella apenas contestó a sus preguntas y, si lo hacía, era de manera muy vaga.

Con el tiempo, se dio cuenta de por dónde iban sus delirios, aunque nunca supo hasta donde llegaban. Lo intuía, eso sí, pero el miedo no le dejaba ver nada más.

— Anna, estoy trabajando. No puedo volver hasta esta noche y lo sabes, tengo muchas cosas que hacer aquí —Rocky habló con suavidad, con calma. Allí se sentía segura, a salvo, al menos mientras su hermana no estuviera cerca.

— O vuelves ahora, zorra, o no se te ocurra hacerlo —siseó Anna, en voz mortalmente baja—. Te juro por lo que más quieras que esto es lo último que haces.

— No creo que esas sean las maneras de ... —Rocky se interrumpió cuando escuchó el inequívoco sonido del corte de comunicación.

Todo su cuerpo pareció acusar el golpe. Sus latidos se dispararon, el sudor amenazó con lamer su piel. Pero, sobre todo ello, estaba el inconfundible olor del miedo, del terror. Ácido y brusco, intenso y horriblemente delatador.

Y ahora... ¿qué? Tenía en sus manos un problema, uno tan gordo como el propio mundo. Imaginó que también tendría la solución cerca, pero no atinaba a encontrarla. De hecho, no parecía siquiera que estuviera cerca. Lo más lógico sería regresar a casa, esconder la cabeza bajo los brazos y aguantar los palos como un perro sumiso y triste. La otra opción era abandonarlo todo y huir. Escapar lejos de su tormento, en un lugar donde solo ella pudiera respirar.

Sin embargo... bajo todo ese arranque de valentía, de fuerza interna, se escondía algo mucho más crudo: los recuerdos, el remordimiento. El malestar que le suponía el pasado.

Rocky recordó haberle hecho una promesa a su hermana. El cuándo y el por qué eran irrelevantes, incluso si esta había sido arrancada entre golpes. Golpes que, por otro lado, eran justos. Ella misma lo había reconocido después.

Suspiró profundamente, con el alma abatida y doblegada. Se levantó con pesadez, como quien carga con los problemas al hombro y apenas es capaz de dar un paso. Después regresó al hospital, donde sus amigos y compañeros la observaron extrañados. A fin de cuentas... nunca habían visto a la tristeza caminar junto a ellos.

Todo olía a lavanda y a hombre. Era un olor fresco y mágico, casi único. Un aroma que relajaba y excitaba, un perfume embriagador y característico. Ella y él. A eso olía todo.

Ara se desprendió con suavidad. Sintió el roce de las sábanas con aire ausente, mientras buscaba con sus dedos el calor de un cuerpo junto al suyo. No lo encontró. De nuevo.

Sin embargo, esta vez no sintió congoja ni desazón. Solo sintió ilusión, la ilusión de una quinceañera. Sabía que Enzo volvería, tarde o temprano. Lo había sentido en cada mirada, en cada sutil y tímida caricia que se habían prodigado.

Sonrió, inevitablemente. Apenas habían sido roces: ahora una mano apoyada en la cintura, después una caricia en la mejilla. Más tarde un guiño de ojos casual y lleno de complicidad.

¿Había algo más hermoso que eso? ¿Existía algo más dulce que lo que estaban viviendo? Incluso allí encerrados, en medio de la nada, todo parecía lento y maravilloso.

Sus recuerdos estaban estancados, era cierto. Y Aun así, contra todo pronóstico, recordaba lo que era sentir algo por alguien, lo increíblemente poderosa que resultaba esa atracción. Durante esas dos noches que habían vivido juntos, aunque cortas, había notado la magia crecer. Si él también lo había sentido... era un misterio. Uno que, de pronto, cobraba más importancia que todos lo demás.

De pronto, Ara se sentía irresponsable. Incluso podía decirse que se notaba más viva, más... intensa. ¿Era eso posible? ¿Se podía crecer solo con un sentimiento? Pudiera ser que sí. O quizá simplemente era ella, que siempre había sido diferente a los demás.

Poco a poco el aroma se desvaneció y desapareció mezclado con el que traía la brisa. La sensación de plenitud también fue apagándose, hasta que solo quedó en ella una profunda impaciencia.

¿Y ahora qué?

Apartó las sábanas de una patada, obvió el latigazo de dolor que la recorrió y se vistió. Fue en ese momento, cuando sus manos ya abrían el pomo de la puerta, cuando fue consciente que *la sombra* no había vuelto.

Se removió, incómoda, mientras escudriñaba cada rincón: las sábanas, el baño, el armario y las cortinas. Todo estaba igual que el primer día... salvo la sensación que perduraba en ella, como el polvo en un sitio cerrado. Ya no se respiraba esa seguridad, esa calidez de amante. Ya no se sentía acompañada.

¿Dónde se habría metido?

Ara suspiró con pesar. No tenía tiempo para perseguirla. O quizá sí y lo que ocurría era que tenía otras cosas en la cabeza. Era muy posible que así fuera, porque siempre, desde el principio, le había tenido mucho cariño.

Pese a ese repentino malestar, abandonó la habitación y echó a andar por el pasillo. Esta vez estaba dispuesta a llegar mucho más lejos antes de que cayera la noche, para después poder buscar a Enzo con tranquilidad. Se dio cuenta de que necesitaba poder hablar de algo con él. Por eso estaba en busca de nuevas respuestas por las habitaciones, porque así, podría tenerle junto a ella, aunque solo fuera un momento más. Un ínfimo segundo más.

Sintió regocijo y una ligera ansiedad. La espiral de su estómago creció un poco más e impulsó sus pasos hasta alargarlos en rápidas zancadas. Sus ojos violetas atraparon todo lo que veía, para luego atesorarlo: la puerta de cristal, la de acero, la de piedra oscura. Las lamparillas que brillaban en las paredes. El polvo que se removía bajo sus pies. El intenso olor a nuevo, a viejo y a pintura.

Siguió andando, rápidamente. Dejó atrás muchas otras entradas, algunas de las cuales no había visto nunca. Descubrió en su paseo lo que podría ser un bar o un restaurante, por las risas y el suave tintineo de botellas y vasos que atravesaban la puerta, también un posible hospital, por el olor que anegó sus fosas nasales... después, más allá, algo que se parecía a un parque, lleno de aire con aroma a césped. Y, después, un cruce. Cuatro caminos que se extendían hacia ella, cuatro lugares inexplorados y, posiblemente, llenos de recuerdos.

Cada uno de ellos le daba una sensación diferente, un sentimiento dispar. Por eso, decidió empezar por la izquierda, por un pasillo turbio y oscuro en el que el aire estaba muy viciado. Decidió seguir, a pesar de la incomodidad que le producía, a pesar del repentino temor que se había asentado en su corazón. Total ¿qué era lo peor que podía pasar?

Algo más animada, continuó caminando por la oscuridad. A su alrededor notó varias enredaderas abrazadas a la pared, aunque algunas parecían mustias y secas, ya que su tacto en la yema de los dedos era áspero y crudo. Las demás parecían vivas y llenaban de humedad el aire.

El suelo estaba lleno de intrincadas raíces y piedras sueltas, así que sus pasos se volvieron mucho más cautos y lentos, especialmente porque apenas era capaz de ver nada. Solo la luz que brillaba tras ella, en el otro pasillo, servía de guía.

Curiosamente, no encontró ninguna puerta. Ni una sola. Excepto por el arco oscuro que se adivinaba al final del camino, mucho más lejos de donde estaba.

Ara apretó el paso un poco, tropezó y sonrió. Aunque todo lo que había a su alrededor pesaba en su corazón, había algo que le instaba a seguir, a continuar. ¿Era curiosidad? ¿Necesidad? Podían ser muchas

cosas o incluso ser una mezcla de todas ellas. Lo único cierto era que avanzaba, con el corazón latiendo apresurado, con los sentimientos a flor de piel y la determinación clavada en sus ojos.

Tardó cerca de diez minutos en llegar al arco que cerraba el pasillo. Cuando llegó, notó el intenso olor a objetos nuevos, a madera y a polvo. Un aroma que le resultaba dolorosamente familiar y que despertaba en ella sentimientos muy contradictorios: amor, pena, dolor, alegría.

Se detuvo en la puerta, cogió aire y trató de tranquilizar ese nuevo arranque de pánico que había aletargado sus piernas. Respiró una, dos, tres veces, hasta que sus pulmones se habituaron a los diferentes aromas.

Solo cuando eso ocurrió, continuó avanzando y traspasó la última barrera.

Al principio fue incapaz de ver nada. Todo estaba sumido en una profunda oscuridad que, poco a poco, fue aclarándose gracias al tenue rayo de luz que entraba por una ventana. Era apenas un susurro en mitad de tanta negrura pero Ara logró vislumbrar varios objetos: un armario, el reflejo de un espejo, una pequeña cuna.

Jadeó, sorprendida y se apresuró a encender el interruptor de la habitación azul. Ella ya había estado allí un par de veces, ya que era el mismo lugar donde días atrás había leído las palabras en la pared. Pero, ¿cómo se había movido la habitación? ¿Y por qué? ¿Sería acaso un recuerdo importante? ¿Uno que no se atrevía a desvelar?

La luz de lámpara iluminó todo de golpe: sus huellas inscritas en el polvo, los elefantitos de la pared, la cuna con la muñeca. Y, al mismo tiempo, esa luz también llegó a otros rincones, aunque mucho más perpetuos e inaccesibles. Llegó a su alma, a sus recuerdos.

Y los hizo brillar. Con fuerza. Con intensidad. Hasta que Ara no pudo más y rompió a llorar.

Las calles pasaban junto a él con rapidez, con tanta, que a veces apenas era capaz de atisbarlas. Las dejaba atrás y las olvidaba, con una sonrisa satisfecha dibujada en sus labios.

Sabía que la gente le miraba, extrañados, pero él seguía corriendo: con su corbata sacudiéndose furiosa, con su traje oscuro perfectamente planchado y con sus zapatos brillantes, que resonaban sobre las calles italianas.

Su respiración agitada le sacudía el pecho y, a la vez, le hacía sentirse mucho más vivo de lo que había estado en un tiempo. Por eso, hizo un último sprint, alargó las zancadas hasta casi volar, hasta que sus pulmones se quejaron entre suaves silbidos y le obligaron a posarse de nuevo en tierra.

Si Ara pudiera verle, se echaría a reír. Si ella estuviera allí en aquellos momentos todo sería verdaderamente hermoso, verdaderamente puro. Porque con su sola presencia transformaba lo que había a su alrededor.

Suspiró profundamente, con un gemido. Nadie se daba cuenta de lo muchísimo que la echaba en falta, de lo necesaria que le era para seguir adelante. Cada día sin su mujer, sin la luz que le guiaba era un infierno, una auténtica pesadilla que continuaba atormentándole. Aun así, sabía que volvería. Y eso era lo único que le mantenía cuerdo... y vivo.

Enzo sonrió, jadeante y observó el edificio de piedra que tenía en frente. Desde donde estaba escuchaba risas, gritos, quejas y multitud de nombres que resonaban dulcemente, entremezclándose con los demás.

Su corazón se saltó un latido mientras avanzaba, casi con violencia, pero le hizo sentir mucho mejor. Allí, en las escaleras, podía adivinar la silueta de una niña cercana a los seis años, morena como su padre, con los ojos violetas de su madre.

¿Había algo más bonito que eso? ¿Más perfecto?

Algo en él despertó, recordándole que solo había una cosa mucho más perfecta, igualmente valiosa.

Pero estaba lejos, tumbada en una cama de hospital. También estaba en sus sueños, en esos que últimamente eran tan... reales. No pudo evitar preguntarse si se estaba volviendo loco. O si todo era fruto de su manifiesta desesperación.

Sacudió la cabeza para despejarse y continuó avanzando hasta cruzar la puerta de la entrada. Buscó con la mirada a una profesora y, cuando lo hizo, se acercó, con una tímida sonrisa.

— Buenos días.

La mujer, entrada en la cincuentena, se giró, sorprendida, pero se apresuró a devolverle la sonrisa.

— Buenos días. ¿Puedo ayudarle en algo?

— Soy el padre de Adriana, Enzo Tabarelli. —Sacó de su cartera el carnet de identidad y se lo ofreció—. He venido a recogerla.

El gesto de la profesora se turbó un poco y se giró hacia la niña, que charlaba animadamente con otros dos niños.

— ¿Le pasa algo? ¿Está mala?

Enzo amplió su sonrisa, gastó diez segundos mirando a su pequeña y negó con la cabeza.

— Acabo de volver de un viaje y quería pasar un rato con ella antes de marcharme otra vez —contestó, con suavidad. Conocía las políticas del colegio y sabía que, posiblemente, echaran para atrás su petición, pero Aun así... contaba con el suficiente aplomo como para convencer a cualquiera... No en vano era abogado—. Llevo dos meses sin verla —aclaró.

La mujer pareció sorprendida y, momentos después, conmovida. Conocía bien a la pequeña y su situación familiar, ya que sus abuelos, íntimos amigos del director les había puesto al corriente de su situación y les había pedido que aceptaran a la pequeña casi al finalizar el curso. No conocía al padre de la niña, pero ahora que le tenía delante, no pudo evitar sentir cierta compasión.

— Deje que hable con el director un momento. Veré qué podemos hacer —contestó y, con el carnet de identidad en la mano, retrocedió hasta entrar por una brillante puerta verde de doble hoja, no sin antes buscar a Adriana y señalarle, desde la distancia, a su padre.

Al principio, la pequeña se quedó quieta, con el gesto más sorprendido y tierno que él había visto en su vida. Sonrió, sin poder evitarlo. Después la saludó con la mano, con timidez, con respeto. Y esperó a que ella llegara corriendo.

—¡¡Papi Enzo!! —gritó, desafinadamente, con ese tono de voz que solo los niños y los pájaros pueden emitir.

Y se estampó contra sus piernas. Como un cromo. Como una pegatina. Como una pequeña y dulce lapa.

— ¡Princesa!

La cogió en brazos y la estrechó contra su cuerpo. Giraron, entre besos resonantes, entre parloteo continuo e incoherente, hasta que Adriana se dio cuenta de que seguía en el colegio. Se apartó de él, dignamente y bajó al suelo.

— Las niñas grandes no hacen eso —susurró, teatralmente.

— Oh, entiendo. —Enzo abrió mucho los ojos, antes de esbozar una amplísima sonrisa y sacudir la cabeza. Sin embargo, se cuadró como ella, seriamente—. ¿Y las niñas grandes tienen guardaespaldas?

Se hizo un silencio. Después Adriana se giró hacia él, con curiosidad.

— ¿Un qué?

— Un guardaespaldas. Un hombre que cuida a otras personas.

— ¿Cómo los caballeros y las princesas?

— Exactamente —concedió, tras un momento—. ¿Tienen tus amigas?

Adriana miró a sus compañeras que seguían corriendo y jugando por todo el patio. No vio a ningún

hombre con ellas y eso la hizo fruncir el ceño, confusa.

— No, papi. No tienen. ¿Yo tengo?

— Por supuesto que sí. —Volvió a cogerla y la besó en la frente—. Me tienes a mí.

— ¿Soy una princesa? —preguntó, emocionada—. ¿Y ellas no lo son?

Enzo volvió a reír y asintió, solemnemente.

—Solo hay una princesa, cariño, y eres tú.

— Mejor. Así jugarán a lo que les diga —afirmó, muy satisfecha consigo misma. Después apoyó la cabeza en el hombro de Enzo y se metió el pulgar en la boca—. ¿Mm-mamá esstá en cassa? —preguntó, aún con el dedo rozando su lengua.

El temido momento había llegado.

Enzo lo sintió en el cosquilleo de su piel, en el repentino dolor que cruzaba su pecho de lado a lado. En el frío que recorrió su cuerpo con fuerza.

— Mamá está en Milán, mi vida. No en casa —dijo, trabajosamente. Rezó para que ella no siguiera preguntando, para que no notara lo mucho que le costaba hablar. Para que la profesora llegara pronto.

—¿Ya no me quiere?

Y ahí estaba. La pregunta que un niño nunca debería hacerse, que no debería siquiera existir en sus tiernos pensamientos.

Sintió la congoja en sus palabras, en su quedo tono de voz. Sabía que no era la primera vez que lo preguntaba, pero sí que lo era para él. Hasta ese momento habían sido sus padres quienes contestaban a eso.

Enzo tragó saliva, ahogadamente, y apretó a la pequeña contra él, hasta que apenas hubo espacio entre sus cuerpos.

—Te quiere con toda su alma, Adriana. Más que a nada en el mundo. Te quiere tanto como yo, princesa. —La obligó a mirarle, para que viera en su desesperada mirada que le decía la verdad—. No pienses nunca, nunca, lo contrario. ¿Me entiendes? Pase lo que pase, te querrá, porque eres nuestra niña. Lo más importante para nosotros —Hablaban con desesperación, con auténtica desazón. Con miedo. Con ternura—. Y volverá, vendrá a verte en cuanto... despierte —susurró, finalmente, con la voz apretada y ahogada, con un susurro tierno y temeroso—. Tienes que estar tranquila y seguir queriéndola, princesa.

— ¿Mamá está dormida? —preguntó ella, desconfiadamente. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vio, con su bonita sonrisa y sus suaves manos. Con su olor a caramelo y a flores.

— Muy dormida. ¿Te acuerdas del cuento de "la bella durmiente"? ¿La de la princesa que se pinchaba un dedo y se dormía? —Esperó a que ella asintiera y cuando lo hizo, notó un intenso abismo de alivio—. A mamá le ha pasado igual. Por eso tengo que quedarme con ella, para cuidarla hasta que despierte.

— A la princesa la despertaron con un beso —rebatío la niña, hoscamente—. ¿Lo has intentando? ¿Has besado a mamá?

Enzo sonrió levemente y negó con la cabeza.

— Se me olvidó hacerlo, mi vida. Pero voy a volver a donde está y entonces, lo haré.

— Y despertará —afirmó ella, con determinación.

— Por supuesto, cariño. Claro que despertará. Ya lo verás —susurró, finalmente, más para sí que para nadie más.

Notó la fuerza de sus palabras, el firme convencimiento que había en cada una de ellas. Sabía que tarde o temprano todo llegaría a su fin y ese final, esa meta, culminaría con los dulces ojos de Ara abiertos frente a los suyos.

Porque ¿había algo más intenso que el deseo de un niño? ¿Más justo? ¿Más real?

No, no había nada. Por eso, tenía que cumplirse. Debía hacerlo. Por él, por ella. Por todos.

La carretera parecía un dibujo que se extendía ante sus ojos velados por el dolor. Todo su cuerpo temblaba y se estremecía, a pesar de que hacía calor dentro del coche. Aun así, el calor de la calefacción y de la primavera no eran suficientes para calentarla.

Rocky ahogó un quejido, que se perdió en las notas que brotaban de la radio encendida y trató de relajar los brazos, tensos y doloridos. Llevaba horas conduciendo. Horas que no tenía, horas que le habían robado.

Pero allí estaba, a fin de cuentas.

Le bastó una mirada para comprobar que Anna, a su lado, seguía plácidamente dormida. Se le revolvió el estómago, inevitablemente. ¿Cómo podía siquiera cerrar los ojos?

Era abominable. Monstruoso. Incluso para ella era demasiado.

Un amargo sollozo se hizo eco en su garganta, abrasándola con su dolor y fiereza. Sin embargo, no brotó, no afloró a la superficie. Se quedó en cada poro de su piel, atascado y asustado.

No debería haber vuelto. No tendría que haber cedido a sus deseos. En el fondo lo sabía y lo tenía muy claro, pero algo en ella le negaba categóricamente todo lo demás. Era una voz, un susurro, que determinaba cada uno de sus pasos y le recordaba, con su silbido, lo culpable que era.

Rocky apretó con fuerza el volante, hasta que sus nudillos se volvieron blancos y sintió dolor en la punta de los dedos.

Aún era incapaz de creer todo lo que estaba pasando. De la noche a la mañana las cosas se habían desencadenado y se habían transformado en un tornado, en una tempestad que arrastraba todo a su alrededor. ¿Cómo no había podido darse cuenta de que su hermana estaba mucho más enferma de lo que creía?

Quizá sus remordimientos y su culpa habían tenido que ver. Quizá su propia ansia de calmar las cosas y de recuperar la relación que tenían antes había hecho que tapara todo lo oscuro que escapaba de ella. Había sido una mala decisión, evidentemente.

—¿Queda mucho?

Rocky se sobresaltó. Agachó la cabeza, hundió los hombros y miró a su hermana: estaba cómodamente recostada en el asiento, fumando algo que parecía un porro.

Palideció de inmediato y giró la cabeza para clavar sus aterrados ojos en la carretera.

—Un rato. —Logró susurrar. Los carteles que indicaban la dirección a Roma aún quedaban lejos, muy lejos. Pero tenían que darse prisa y llegar lo antes posible—. Deja de fumar, Anna. En el coche no, por favor.

La escuchó reír, casi con la misma dulzura con la que la recordaba. Su corazón se encogió dolorosamente, lleno de recuerdos y de momentos que, aunque lo intentaba, no podía olvidar.

—No seas gilipollas, Alessandra. Tú conduce y calla, a ver si vas a hacer lo mismo que la última vez.

Las palabras se hundieron en ella como un hierro al rojo vivo. Su cuerpo se estremeció, con violencia y sus ojos se nublaron por las lágrimas que, transparentes, la obligaron a parpadear.

Pero tenía que ser fuerte. Tenía que luchar. Tenía que conducir.

El dolor de sus brazos y piernas le recordó por qué tenía que hacerlo. La última paliza había sido mucho más intensa que la primera. A pesar de que apenas recordaba los detalles, sí podía sentirlos en su cuerpo. El resto era como una bruma que no se despejaba, llena de gritos desesperados e insultos que se clavaban como espinas. Llena de dolor y de golpes.

Al final, Anna había terminado por convencerla de que no tenía razón al desear marcharse. Que su

trabajo no era tan agradecido como lo era ella. Que nadie la necesitaba salvo su hermana.

Y Rocky claudicó.

Algo en ella giró y se recompuso de una manera extraña, porque de pronto y, a pesar del intenso dolor, vio lógica en sus palabras. ¿A quién podía ayudar, si no era a ella? Por eso, cuando consiguió levantarse del suelo, como un perro apaleado, aceptó ir de viaje con ella.

¿Quería ir a Roma? Pues ella volaría para que llegara a tiempo.

— Por favor. —Volvió a decir, con suavidad—. Si quieres fumar, pararé en el arcén, o buscaré una carretera secundaria donde estemos solas. Pero en mitad de la autopista no.

—¿Quién te crees que eres? —Anna habló también con suavidad, con engañosa dulzura. Incluso así, se entreveía la rabia y el asco teñir sus palabras.

— No es quien crea que soy —musitó y giró hacia la derecha, hacia lo que veía que era una vía de servicio. Si tenía que lidiar con la tormenta, lo haría en un lugar donde pudiera recuperarse—. Es que sé qué tengo que hacer. Y esto no está bien, Anna. Cuando termines de fumar... —Detuvo el coche, aliviada de poder hacerlo y miró a su hermana, que la contemplaba con odio—. Cuando termines, seguiré conduciendo. Un error fue suficiente para condenarme. No quiero imaginar lo que ocurriría si tengo un segundo.

Anna la miró, sorprendida. Después una sonrisa curvó sus labios, durante un largo minuto, hasta que esta se transformó en una mueca, en una carcajada. Y siguió riendo. Y riendo.

Capítulo IX

Ara era incapaz de creer lo que estaba viendo. O quizá sí creía en lo que veía, a pesar de todo. Aun así, ese recuerdo dolía, quemaba y arrasaba con todos los demás. Era como una astilla clavada en su carne más tierna, en su lugar más sensible y dulce.

¿Cómo había podido olvidarlo? ¿Cómo lo había conseguido?

Un sollozo, lleno de amargura y terror la sacudió con violencia, hasta hacer que se doblara sobre sí misma y vomitara. Después, cuando los estertores dejaron de estremecerla, contempló su recuerdo más doloroso, con los ojos velados por las lágrimas que, ahora, corrían por sus mejillas.

Era una auténtica bomba. Una que ponía patas arriba su pequeño mundo de ignorancia, su aparente refugio del mundo.

Ara tomó aire como pudo, mientras avanzaba entre el polvo que se acumulaba sobre el suelo. Ahora todo le parecía dolorosamente familiar. ¿Cómo no?

Acarició las paredes, llenas de dulces elefantes que la observaban con una ligera sonrisa. Observó con lástima, con intensa pena, el cobertor azul de la cuna, sus mantitas ligeras y tiernas, esas que nunca habían sido usadas.

Y volvió a llorar, porque no podía hacer otra cosa.

Sus sollozos llenaron el silencio, como una letanía que no terminaba nunca, como un lamento que crecía desmedido. Lo había perdido. Lo había olvidado.

Con cuidado, con toda la ternura del mundo, cogió la muñeca que permanecía metida en la cuna. La abrazó contra sí, con fiereza, con desesperación. Con el ansia de una madre que había perdido a su hijo.

Y así, como en una película llena de drama, recordó el momento en el que su vida había dado un vuelco, uno doloroso y cruel, uno que se había transformado en un duro revés de la vida.

Estaba en casa, en un pisito pequeño y coqueto, con alguien a quien ella amaba con desesperación. Todo a su alrededor era hermoso y dulce, como un cuento de hadas que se transformaba en vida, en realidad: casada, embarazada por segunda vez y llena de vida. Con un futuro prometedor, lleno de cuadros y caricias al caer la noche. ¿Qué más podía pedir? Tenía todo, y ese todo crecía y se expandía como la más dulce espuma...

Recordó la escalera. Y una voz, dolorosamente familiar, que le suplicaba más cuidado. Ella reía y le quitaba importancia, porque estaba acostumbrada a pintar, sin importar en dónde estuviera subida. Incluso si solo se apoyaba sobre la punta de sus pequeños y delicados pies.

Nada podía pasar.

Una risa. Un, "¡ten cuidado, niña, joder!" Una trompa de elefantito. Una suave y tierna patada en su vientre. Una sonrisa.

Y, de pronto, el vacío bajo sus pies. El miedo, abrumador e intenso. El intenso dolor, que se transformó en una tortura llena de sangre y gritos. Las manos de dos hombres que suplicaban que se levantara. El olor del hospital. El ruido de las máquinas. La desolación más absoluta. El tenebroso vacío de su vientre.

Lo había perdido. ¿Había alguna palabra de consuelo para eso? ¿Había algún motivo para ello? Quizá la despreocupación que la caracterizaba y su escaso miedo a la vida. Quizá, simplemente, mala suerte.

Ara sollozó amargamente y se llevó las manos al vientre, ahora pálido y sin vida.

— Mi pequeño... —susurró, entre lágrimas y su torrente de pena—. Mi niño...

Roma continuaba siendo un lugar hermoso, a pesar de todo. Y más si ahora iba de la mano de su pequeña, que parloteaba intensamente, como solo ella sabía hacer.

Aun así, sus pensamientos estaban muy lejos de la conversación.

Su mente, aletargada y confusa, estaba embarcada en los recuerdos, en esos momentos en los que, a su lado, estaba Ara. Y ella sonreía, mientras besuqueaba a Adriana. Nunca, en su vida, había visto algo tan hermoso como eran ellas dos.

Enzo suspiró, sin poder evitarlo. No era un hombre que rezara, ni que pidiera cosas imposibles a lo que fuera que guiara su vida. Pero, tras dos meses de inquietud y espera, ya no se le ocurría otra cosa. Y rezaba. Suplicaba para que su mujer volviera a sus brazos, a la calidez que solo él podía regalarle. Pero ella... aún no había abierto los ojos, ni dado señales de que fuera hacerlo. Era profundamente desalentador.

Salió de sus pensamientos a trompicones, cuando escuchó a su hija llamarle. Sonrió cariñosamente y aunque no tenía ni idea de lo que estaban hablando, improvisó, hasta enlazar una conversación con otra.

Poco a poco, llegaron a la cafetería. La plaza estaba medio vacía, tan solo atravesada por algún que otro turista que, como siempre, se detenía a hacer fotografías de media calidad. Sobre ellos, enroscadas sobre los viejos edificios, las enredaderas vigilaban el transcurso del día, inamovibles y hermosas. A sus pies, justo al lado de donde nacían sus tímidas raíces, estaban las mesas, redondas y sencillas, coronadas por una carta de plástico.

Resultaba conmovedor y fascinante, sobre todo, porque él era incapaz de ver lo que tenía delante, lo que vivía en esos segundos. Su mirada, cansada, estaba llena de recuerdos, de instantes pasados que ahora se reflejaban en cada mesa, en cada puerta. Como si todo fuera un sueño. Como si él no quisiera despertar. ¿Por qué le estaba pasando todo a él?

Un gritito emocionado le sacó, de nuevo, de sus ensoñaciones. Parpadeó, confuso y apretó con un poco más de fuerza la mano de su pequeña.

—¡Papi! ¿Vamos a comer aquí? ¿Con los abuelos?

— ¿No prefieres comer tú y yo solitos? —Enzo sonrió ampliamente y cogió a la niña en brazos, que dejó escapar una carcajada de felicidad y asintió, varias veces.

—Y luego vendrá una amiga con sus hijos. ¿Vas a jugar con ellos?

Adriana asintió de nuevo, con vehemencia.

—Entonces, vamos.

La comida transcurrió entre risas, caricias y conversaciones distendidas que florecieron rápida y dulcemente.

Enzo escuchó cada anécdota, cada detalle que su hija le contaba sobre el colegio, sobre sus nuevos amigos o sobre lo que ella creía que eran problemas. Resultaba agradable y extraño, aunque tenía un punto de melancolía que él no conseguía hacer desaparecer. La sombra de que Ara no estaba era una losa, una carga pesada que empequeñecía todo lo demás. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer que seguir adelante?

El tiempo pasó y fluyó, arrastrando tras de sí las nubes y las palabras, las risas y las caricias hasta que ambos quedaron satisfechos, bajo el sol que les calentaba con sus rayos.

Ro no tardó en aparecer, de mano de un hombre que no se apartaba de ella, junto a él, dos niños, rubios y prácticamente iguales.

— Ya estamos aquí. ¿Y Luca? —preguntó, al no ver al joven por ningún lado. Sin embargo, en cuanto sus ojos se posaron en la pequeña, su gesto cambió—. ¡Hola, pequeñina! Ven, estos son Mario y Fabio. ¿Quieres jugar con ellos?

Adriana asintió, tímidamente y se acercó a los dos niños que, como ella, sentían el ligero mordisco de la curiosidad. No tardaron en congeniar y en olvidar a sus padres que, mucho más tranquilos, se sentaron cómodamente.

— Este es Arno, mi marido —señaló, justo antes de hacer un gesto al camarero—. ¿Te acuerdas de él?

— Cómo no —contestó Enzo y estrechó la mano del hombretón. En realidad, lo único que recordaba de él era su boda, llena de risas y alcohol. Un buen momento y en un buen lugar... con fantástica compañía.

No pudo evitar una absurda sonrisa. Ninguno de los presentes sabía lo que había ocurrido en los baños del restaurante. Volvió a sonreír, solo para él. Después sacudió la cabeza y se obligó a beber de su cerveza. Había sido un polvo de esos que hacían historia: rápido, intenso, lleno de gemidos ahogados por cuatro paredes que se cerraban en torno a ellos. Prácticamente aún podía sentir la cintura de Ara entre sus manos. Suspiró.

— ¿Cómo estás?

— Bien, supongo —contestó Enzo y se cruzó de brazos—. Todo lo bien que se puede estar en una situación como esta. —Sacó el móvil, tecleó algo y esperó un instante—. Luca viene de camino.

— Bueno... —Ro pareció buscar las palabras durante un momento—. ¿Qué pasó? Lo último que recuerdo de vosotros fue... *eso*. Me llamaste desde el hospital.

Enzo asintió brevemente, aunque su gesto se tornó un poco más sombrío.

— El aborto. —Suspiró, profundamente—. A Ara le destrozó —musitó y cerró los ojos un momento—. ¿Qué quieres saber exactamente, Ro? Ara lo pasó muy mal, yo lo pasé mal, mis padres lo pasaron mal. Fue todo una grandísima mierda.

— ¿Fue entonces cuando os mudasteis?

— En absoluto. —Sonrió socarronamente—. Solo nos dejamos de hablar con mis padres. Tuvieron las pocas luces de decirle a Ara que el aborto había sido culpa suya. ¡¿Cómo mierda se le puede decir eso a una mujer que acaba de perder a su hijo?! ¡Joder, estaba de siete meses! —Su voz se elevó, hasta que fue consciente de que, prácticamente, gritaba. Se obligó a relajarse y dar otro largo trago a la cerveza—. Les pedí a mis padres que no aparecieran por casa. No tenía ganas de verlos. —Otro trago más—. ¿Sabes? Ara les cogió pánico. Mi niña pensaba que era culpa suya. Dios, es que no tiene ningún sentido.

— ¿Adriana lo sabe? —preguntó Ro, mientras observaba de reojo a la niña, que reía con sus hijos.

— No —Negó y sacó un cigarrillo—. Ni quiero que lo sepa. No le aporta nada, así que sería una tontería por nuestra parte.

— Pero... ¿nunca le dijisteis que estaba esperando un hermanito?

— Ara se lo dijo. —Se detuvo, dio una calada, profunda y herida y miró a la niña—. Cuando preguntó por él tuvimos que decirle que el pedido se había retrasado y que la cigüeña no vendría pronto. Se la pasó a los dos días. Era muy pequeña, Ro.

Se hizo el silencio, mientras el camarero traía la bebida que Enzo había pedido.

Tomó aire, dio un trago a la cerveza y una calada al cigarro. Después miró a la mujer, interrogante.

— ¿Llevas dos años sin hablarte con tus padres?

Enzo sonrió brevemente.

— Nos reconciamos hace poco, con lo de Ara.

De nuevo el silencio.

— ¿Por qué os mudasteis entonces?

— Ara tenía una exposición muy importante allí. —Sonrió brevemente—. Le ofrecieron un espacio casi permanente, al menos durante dos años. No pude negarme a ir.

— Me suena —intervino Arno y sonrió a su mujer, de medio lado.

Los tres sonrieron con complicidad. Justo después, un hombre rubio llegó, jadeante.

—¡Ya estoy aquí!

—Ya iba siendo hora, Luca —Ro sacudió la cabeza y miró al joven que, despeinado y claramente acalorado, se sentó en la única silla que quedaba libre.

—¿Has encontrado algo de lo que te pedimos?

— No te andas por las ramas ¿eh? —Enzo sonrió amistosamente y palmeó el hombro de su mejor amigo.

— Es importante —contestó y se encogió de hombros—. Coño, hola, Arno.

—Ey —saludó con un gesto y miró a su mujer, expectante.

Ro asintió brevemente y sacó de su bolso una carpeta llena de papeles. Le llevó un largo minuto ordenarlo todo pero, cuando lo hizo, sonrió satisfecha.

— El tal Bruno Astori no tiene antecedentes, vive aquí, en Roma y... —Sacó una fotografía y una copia de algo que parecía una denuncia—. Denunció la desaparición de su coche y, atentos a esto, a su mujer, una tal... Lucia Fabri por abandono de hogar. ¿Os dice algo eso?

Enzo negó y gruñó algo en voz baja.

—¿Podemos ir a hablar con él? —preguntó, incapaz de no hacerlo. En él bullía la rabia, el malestar, la sensación continua de que había algo que se le escapaba.

— ¿Fuera de investigación? ¿Sin que nadie se entere? —Ro enarcó una ceja, significativamente.

— Por supuesto —aclaró Luca—. Solo somos un par de viejos amigos que queremos hacer una visita.

La mujer sonrió y tras guardar gran parte de los papeles les tendió otro, con una dirección escrita de su puño y letra.

— Hay que cuidar las amistades —contestó, con suavidad.

Después, les guiñó un ojo.

La noche cayó sobre la hermosa Roma. Las estrellas titilaron brevemente, se encendieron y, tras un momento de tensión, se apagaron bajo el brillo de la gran ciudad.

Todo parecía extrañamente tranquilo y calmado. Los ruidos eran leves, casi dulces y poéticos, como si, en el fondo, les dieran la bienvenida.

Rocky sabía que no era así y que esa aparente calma era solo un espejismo. Como todo lo que la rodeaba.

Bostezó sonoramente, detuvo el coche en el parking del hotel y miró a Anna, que sonreía mirando por la ventana.

— Pues hemos llegado.

— Eso parece —contestó Rocky, agotada. Se pasó las manos por la cara, se restregó los ojos y volvió a bostezar.

— Vamos, tenemos que instalarnos —dijo Anna, con alegría, mientras salía del coche con un salto muy infantil, nada propio en ella.

Dejó que cogiera las maletas y que encabezara la entrada al hotel. Estaba cansada, muy cansada y dolorida. Había pasado todo el día recluida en el coche, en un viaje de locos que aún no conseguía explicarse. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Espiar a Enzo? ¿Por qué? ¿Por un sentimiento que hacía años que estaba muerto?

Sacudió la cabeza y trató de hacer desaparecer esos pensamientos. La experiencia le decía que eran peligrosos. Y, Aun así... sentía la necesidad de saber todo lo que se escondía tras ellos. Quería entender,

comprender su propósito. Aunque fuera una locura.

El hotel era pequeño, apenas seis habitaciones por llenar y dos de ellas completamente inútiles. Pero, en aquellos momentos, era algo similar al paraíso, así que sonrió al recepcionista y acompañó a su hermana a la habitación que habían pagado.

Cuando la puerta se cerró y las dejó a ambas sumidas en el silencio, roto solo por el sonido de la televisión, Rocky se acercó a su hermana, con cuidado.

— ¿Puedo hablar contigo?

— Claro que puedes. ¿Qué pasa? ¿No te gusta el hotel? —preguntó, con cierta sorna, mientras se desvestía. Se dejó tan solo las bragas y una camiseta paliducha y desgastada. Después se cepillo el pelo, azul brillante, largo hasta los hombros.

— No, no es eso. —Sacudió la cabeza, incómoda. Clavó la mirada en un punto indeterminado del suelo y tomó aire. De golpe sintió que la boca se le secaba y se convertía en papel de lija—. ¿Qué hacemos aquí?

Anna se giró, enarcó una ceja y se cruzó de brazos, mientras se apoya en el marco de la puerta que daba al baño, minúsculo y blanco.

— Vamos a ver a Enzo y a evitar que haga una locura —contestó, sorprendida—. ¿A qué te creías que veníamos?

— Llámame tonta, pero... ¿por qué? ¿por qué él? ¿y por qué ahora? Todo este tiempo... joder, pensé que habíais discutido y que por eso querías averiguar cosas de él y de su mujer. Para... no sé, buscar una manera de reconciliaros. Pero algo me dice que me he saltado algo.

Hubo un momento de tensión que se transformó, poco a poco, en un silencio incómodo e incrédulo. Pasó un minuto, luego dos. Y tres. Se miraron, contritas, absurdamente perturbadas.

— Alessandra... —Anna se acercó hasta su hermana. La vio encogerse en cuanto llegó a su lado pero, esta vez, no le proporcionó ningún tipo de placer. Se sentó junto a ella, le apartó un mechón de pelo de la cara y la obligó a girarse—. No te has enterado de nada, ¿verdad? Nunca, en todos estos días.

— No entiendo a qué te refieres —susurró ella, confusa.

— A que eres más estúpida de lo que imaginaba. Creí que sabías donde te metías cuando me aceptaste en tu casa. —Se echó a reír, a carcajadas—. Menuda imbécil estás hecha, hermanita. —La miró, con los ojos muy abiertos, casi felices—. Desde el accidente no he vuelto a hablar con Enzo.

— ¿Entonces?

— Shh... calla. No tienes ni idea. —Anna acarició su pelo, casi con ternura—. Enzo siempre ha sido mío, ¿sabes? Desde que nos conocimos en el instituto. Desde que me enamoré de él. —Sonrió dulcemente, perdida en un montón de recuerdos agradables—. ¿Sabes lo bien que estábamos entonces? Yo iba a su casa, él venía... y me besaba. Y no te imaginas cómo lo hacía. Me pongo cachonda solo de pensarlo. —Se humedeció los labios, sensualmente, como si la imagen de Enzo despertara en ella algo salvaje y primitivo—. Y follamos, como animales, durante meses. Incluso me gradué en la universidad por él, para seguir juntos. Lo éramos todo el uno para el otro.

—Pero, Enzo no... —Rocky se apartó de su hermana, asqueada—. No te quería, joder, todos lo sabíamos. Era un picaflor que solo te quería para pasar un buen rato. ¡Todos lo sabíamos!

El golpe no la pilló desprevenida, así que pudo apartarse y sujetar a Anna. Fue apenas un momento, el suficiente como para apartarla de su cuerpo. El segundo impacto, sin embargo, la dejó sin aliento y la dobló en dos.

Intentó apartarse. No lo consiguió.

—¡¡Me quería!! —gritó Anna, con la voz aguda y profundamente chillona—. ¡¡Me quería, zorra!! ¡¡Y tú me quitaste la posibilidad de ser feliz!!

Otro golpe, otra patada. Las náuseas que trepaban por su garganta. Las lágrimas que bañaban su rostro. La desesperación en sus gestos.

— ¡¡Y ahora vas a ayudarme a que vuelva conmigo!! —Anna se arrodilló junto a su hermana, tiró de su pelo y esquivó a duras penas sus uñas—. O te mataré. Te juro por Dios que te mataré —Sintió un estallido de dolor junto a su mandíbula pero, Aun así, no soltó a Rocky, que continuaba sacudiéndose bajo ella—. La puta de su mujer sobrevivió al atropello, pero se quedó medio muerta. Contigo no voy a ser tan descuidada.

Se apartó de ella, la empujó contra la cama y se apresuró a cerrar puertas y ventanas. Escuchó los sollozos de su hermana, las náuseas que la corroían y su respiración trabajosa.

— Aún tienes una oportunidad de hacer las cosas bien. Ahora sabes qué quiero y qué tienes que hacer. —Cogió el bolso de su hermana, lo vació y cogió el teléfono móvil para, segundos después, hacerlo trizas contra el suelo—. Tráeme a Enzo. Dámelo y te dejaré en paz. Si lo haces, Alessandra..., saldré de tu vida. Para siempre.

A pesar del tiempo que había pasado, horas y horas, el dolor no menguaba. La desolación tampoco, ni la angustia. Era imposible creer que antes de ese recuerdo pudiera haberse sentido feliz, o mínimamente plena.

Necesitaba ayuda. Alguien que, como en su recuerdo, la acunara. Anhelaba oír palabras de consuelo. Ansiaba escapar de allí, de aquel lugar que solo le daba dolor y melancolía.

Ni siquiera la certeza de que Enzo aparecería la calmaba porque, cuando lo hiciera, sería demasiado tarde y ella ya habría reaccionado, ya estaría, de nuevo, serena y llena de mordiscos que no cicatrizaban.

Aquello no era existir. Ni vivir. Ni morir. No era nada, nada en absoluto. Solo parecía una tortura, una desazón continua que se desmigajaba en pedazos tan pequeños que no merecían ser recogidos.

Quería terminar con todo eso. Con los recuerdos y las sensaciones, con todo lo que la abrumaba. Estaba cansada de asimilar que nunca saldría de ese bucle al que llamaba "su vida". Y quería hacerlo, porque ya no podía más. Desconocía qué recuerdos guardaban las demás puertas pero ya no quería descubrirlos. Ni siquiera pensar en ellos.

Había perdido un hijo. Lo sabía. Lo sentía. Le ardía por dentro. Y no podía hacer nada.

Ya ni siquiera importaba si el resto de lo que creía haber vivido era real. Algo como lo que ella sentía en esos momentos no podía ser mentira y con esa certeza, el resto se clarificaba dolorosamente: fuera de aquellos muros había otra vida. Una real. Una suya. Una que estaba fuera de su alcance.

En ese momento, llegó incluso a pensar que Enzo no era más que otro de sus recuerdos atrofiados. A pesar de que lo sentía real junto a ella, todo era tan confuso en esos instantes que nada parecía tener sentido.

Ara ahogó un sollozo y apretó la muñeca contra su cuerpo, como si eso sirviera para calmar la ansiedad que crecía en su corazón.

— ¡Menuda puta mierda! —estalló, sin poder evitarlo. Sus lágrimas cayeron con fuerza desde sus ojos, empapándole las piernas cruzadas, la muñeca con el "te quiero" escrito en la frente. Llenando todo con su humedad.

Se levantó, furiosa con el mundo y consigo misma. Estaba permitiendo que todo se descontrolara y eso no era sano. No lo era, de ningún modo. Por eso, salió a trompicones de la habitación, cerró la puerta tras ella y tomó aire, profundamente. El pasillo oscuro seguía allí, con sus raíces aviesas y semienterradas. Con sus malos recuerdos aferrados a sus hojas.

Tenía que salir de allí, fuera como fuera. Necesitaba retomar el control de su vida, de los palpitos

de su corazón. Aunque eso supusiera adentrarse en recuerdos más turbios, si los había. En momentos que, quizá, nadie quisiera recordar. Aun así, Ara continuó andando y salió del pasillo.

La luz llenó sus pupilas y la cegó durante un momento. El cruce se extendió ante ella, peligroso y expectante, extrañamente tentador.

Cerró los ojos. Inhaló lentamente. Exhaló. Se giró hacia la izquierda. Abrió los ojos... y sonrió, tristemente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con un hilo de voz.

—He venido a verte —Enzo sonrió burlonamente y se acercó a ella. Sin embargo, cuando vio sus ojos hinchados y húmedos frunció el ceño—. ¿Qué ha pasado, niña?

— Nada —contestó Ara y sacudió la cabeza para apartarse del dulce roce de sus manos—. Un mal recuerdo.

El ceño de Enzo se frunció con más fuerza. La feroz sensación de protección que le recorrió fue tan intensa que todo su cuerpo se tensó.

— Mírame, Ara —ordenó, con suavidad y la obligó a girar la cabeza—. ¿Qué recuerdo puede haberte dejado así?

— No creo que sirva de nada contártelo. Pero gracias por interesarte, Enzo, eres... muy amable. — Sonrió pesadamente y miró a su alrededor. ¿Cuál debía ser el siguiente paso dar?—. ¿Qué me dices de ti? ¿Has averiguado algo sobre tu vida?

Enzo se cruzó de brazos, confuso. Muy confuso. La actitud distante de Ara le estaba haciendo polvo, porque no era a lo que él esperaba. Él que había ido a verla, a pesar de Luca y de... Se detuvo, sorprendido. ¿Eso era un recuerdo? ¿O el recuerdo era él?

Sacudió la cabeza.

— Yo... Ara, niña, esto es muy raro —susurró él, repentinamente mareado—. Me acuerdo de cosas de ... fuera. Cosas que sé que son reales —aclaró, suavemente—. Pero también te considero real a ti. ¿Qué está pasando?

— Ya te lo expliqué. —Se acercó a él y le ofreció un poco de agua—. Esto es una especie de limbo. Y cada día estoy más segura... —murmuró, para sí misma—. Necesito salir de aquí, retomar la vida que tengo fuera. Como tú. Por lo que dices, también la tienes... aunque no entiendo por qué tú sí puedes volver a ella y yo no.

Se hizo el silencio, profundo y espeso. Se quedaron callados, sumidos en la indiferencia del pensamiento, en el crudo pasar del tiempo.

Fue Enzo quien dio el primer paso. Parpadeó y la miró, desde arriba. Notó el corazón latir al compás del suyo y sintió el profundo anhelo de la mujer, su intensa soledad.

Simplemente, no pudo evitarlo. Algo en él se activó, como el mecanismo de un reloj, fiel y preciso. Sus manos dejaron la botella de agua y se perdieron en su cintura, con toda la ternura que era capaz de acaparar. Después subió una mano hasta la mitad de su espalda, y apretó esta con suavidad para que ella aceptara el abrazo.

Y claro que lo hizo.

Ara se abandonó a su abrazo con fuerza, con desesperación. Se apretó contra él, hundió la cabeza en el hueco de su cuello. Su corazón latió con fuerza, desesperado, complacido, loco de alegría. Loco de pena.

Era agradable sentirle rodeándola. Su olor le llenaba las fosas nasales y provocaba en ella dulces destellos de placer que la transportaban a otros lugares, a otros recuerdos.

Cerró los ojos, con fuerza y le abrazó con más fuerza. Sintió su mano ascender y descender, prodigándole suaves caricias. Y allí, sobre su propio pecho, escuchó el latido del corazón de Enzo,

apresurado y fuerte. Era un pequeño trozo de paraíso en medio de aquella dura tempestad.

— Shh... estoy aquí. Siempre estoy aquí —susurró Enzo, aturdido por la intensidad de lo que sentía. Latidos frenéticos, una caricia en su alma, la imperiosa necesidad de perderse con ella—. Lo arreglaremos, Ara. Sea como sea.

— ¿Y si nos perdemos, Enzo? ¿Y si después de todo no conseguimos encontrarnos?

— Lo conseguiremos, niña. Saldremos de aquí ... y te buscaré. Por todas partes. Aunque me lleve toda la vida —musitó y besó su coronilla, con dulzura. Algo en él le dijo que todo era mucho más fácil de lo que pensaba pero, aunque intentaba analizarlo, no conseguía descifrar lo que quería decirle. El pensamiento se escabullía, perdiéndose en la inmensidad de los demás—. Te juro que recordaré todo lo que tenga que recordar y que te sacaré de aquí. Haré lo que sea necesario —dijo, con fiereza—. ¿Lo entiendes?

Ara levantó la cabeza y clavó su mirada en la profundidad de los ojos oscuros de Enzo. Sintió que su corazón daba un vuelco, intenso y rápido, frenético. Sintió que sus manos se aferraban a él. Y que toda ella respondía a la cadencia sutil de sus cuerpos. Después, escuchó sus palabras, tiernas y leves, que entraron en su alma con suavidad, como si siempre hubieran estado allí.

— Enzo... —Le llamó, con la voz enronquecida, instigada por los recuerdos más primarios y vivos, por los impulsos que le hacían levantarse cada mañana o seguir viviendo—. Déjame recordarte. Déjame ver qué lugar ocupabas en mi vida.

Él sonrió, como sólo él podía hacer. Y después, asintió.

Frente a él, Ara se puso de puntillas. Nerviosa. Expectante. Inquieta. Enamorada.

Y le besó. Lo hizo con la pasión de dos desconocidos, con la dulzura de los amigos, con la confianza de los amantes.

Con la seguridad de dos personas que se pertenecían la una a la otra.

Capítulo X

El reloj marcaba las cinco y media de la mañana. Su luz roja brillaba en el techo descascarillado y viejo del hotel, apenas un reflejo del fulgor que tenía en realidad.

Fuera, en la calle, se oían algunas risotadas acompañadas del indiscutible rumor de las botellas al caer.

Ella sonrió. Echaba de menos esa vida. Añoraba la tranquilidad, la estabilidad... las locuras que eran típicas en la niñez. A veces deseaba retroceder en el tiempo para vivir una y otra vez sus momentos más felices. ¿Quién no deseaba hacerlo, en realidad?

Todos querían cambiar el pasado: ella para evitar un futuro incierto e infeliz, su hermana para deshacerse de los problemas, Enzo para evitar que Ara fuera atropellada.

Sonrió, inevitablemente. Había cosas que era mejor no tocar.

Anna se estremeció de frío y se acurrucó más junto a la ventana del hotel. Le dolían los brazos y los dedos, las articulaciones de las piernas y la cicatriz que atravesaba su rostro. A decir verdad, le dolía todo. Incluso el alma.

Pero era perfectamente soportable. Incluso... podía decirse que el dolor era agradable, porque simbolizaba el trabajo bien hecho. Ahora las cosas estaban claras, nítidas, perfectas. Como deberían haber estado al principio.

Sonrió brevemente y desvió la mirada hacia la oscuridad de la habitación: acertó a ver las mesillas y las dos camas gemelas que llenaban el escaso espacio. En la primera que veía solo distinguía las maletas a medio abrir, la ropa desdoblada y el cepillo del pelo. En la otra, más cercana a la puerta, vio el difuminado perfil de su hermana. Seguía sin moverse.

Apartó la mirada y cerró los ojos.

No estaba preocupada. No era la primera vez que dejaba inconsciente a alguien.

Anna apretó los labios y cambió de postura: cruzó las piernas sobre la mesa y se acomodó en el sofá, mientras encendía un porro de los que aún le quedaban. El aroma de la maría flotó por toda la habitación, llenándola de un humo espeso y agradable, algo mareante.

Como siempre que fumaba, le resultó muy fácil perderse en sí misma. En sus agrios pensamientos.

Retrocedió hasta esa primera vez. Hasta esos primeros golpes. Esos primeros ramalazos de poder y placer.

Llevaban dos años saliendo. Mucho tiempo para alguien que ya no creía en las relaciones, ni en lo que llevaba a ellas.

Sin embargo, el sexo era agradable... y los halagos también. La sensación de sentirse cuidada era conmovedora e, incluso, diferente. Algo bonito, para variar.

Estaban en el cine, en la última fila, donde los adolescentes se entretenían rebuscando en la bragueta del que tenían al lado. Ella se alejaba ya mucho de ser una de ellas pero le hacía gracia ver las miradas de soslayo que les lanzaban los demás. Ni siquiera las burlas sobre su cicatriz conseguían que se alejara de allí. No. No. Si podía joder con su presencia... lo hacía, porque estaba en su naturaleza.

Antoine, el chico francés con el que salía y al que ya llamaba "novio", sonrió y le cogió de la mano, con su suavidad característica. Después besó sus nudillos.

Ella sonrió, a cambio. Se acomodó más en el asiento y esperó a que Antoine continuara con sus

avances. Incluso empezó a notar las suaves palpitaciones de su sexo, lentas y constantes. Volvió a sonreír, hambrienta.

— Antoine... —susurró, mientras las luces de la sala se apagaban con brusquedad y con un chasquido—. ¿Sabes que no llevo bragas?

— ¿No? Vaya... —Él sacudió la cabeza, falsamente contrito y se inclinó sobre ella. Su mano, grande y fuerte, se coló bajo la falda de gasa, en busca de la calidez más absoluta, mientras devoraba sus labios con fuerza.

Anna gimió brevemente y separó las piernas. Una oleada de humedad acarició sus pliegues, con una lentitud demoledora y, a la vez, muy excitante.

No tardó en sentir sus dedos acariciarla, tantearla con rapidez. Sus movimientos eran secos, circulares, precisos. Justo como a ella le gustaba. Justo como debía ser.

Gimió, en el oído de él. Le sintió estremecerse a su lado y jadear momentos después. También supo, momentos después, que él hacía lo mismo con su pene. Arriba y abajo, en vez de movimientos circulares. Sonrió y alargó la mano para ayudarlo.

Y, en ese momento, en mitad de la nube de placer en la que ambos estaban inmersos, todo cambió. Se resquebrajó. Se rompió.

El teléfono de Antoine empezó a sonar, con estridencia. Él se apartó, rápidamente y se colocó la ropa con la habilidad de quien lo hace a diario. Después, entre susurros, contestó.

La conversación duró diez largos minutos. Minutos en los que Anna se apagó y en los que su predisposición se transformó en rabia. ¿Cómo se le ocurría dejarla así?

— Tengo que irme, Anna —susurró y la dio un beso en los labios. Uno que resultó tremendamente frío—. Me llaman del curro.

— ¿Y piensas dejarme así? ¿En serio? —masculló ella, incrédula.

Antoine se encogió de hombros a modo de respuesta.

Y ella no se contuvo. Su mano derecha se estrelló contra su mejilla, con fuerza, con necesidad, con ansia. Vio la sorpresa en sus gestos y, después, el color rojo que brillaba en su piel.

Se sintió fuerte. Poderosa. Firme.

Incluso cuando él, asqueado, se apartó de ella y se marchó.

No volvió a verle... pero tampoco le importó.

Volvió, poco a poco a la realidad. Los asientos del cine se desdibujaron hasta desaparecer, hasta que todo volvió a estar en su sitio: las camas, las maletas, el brillo rojo del reloj, su hermana inconsciente.

Anna suspiró y se frotó los ojos. Estaba cansada pero aún no se atrevía a irse a dormir. Su hermana podía despertar en cualquier momento y marcharse. Podía poner en peligro todo por lo que había luchado.

Inquieta, se levantó, con el porro entre los labios y se acercó a la puerta. Comprobó que estaba cerrada y que la llave la tenía ella. Después volvió a la ventana y miró hacia abajo. Cinco metros de caída. Su hermana nunca se atrevería a tanto.

Por fin, su respiración, trabajosa y errática, se calmó. Sus latidos quejumbrosos y enturbiados, también. El porro se apagó.

Y ella, se dejó caer en la cama. Por fin.

No había nada más dulce que ella. Que el sabor de sus labios. Que la sensación que acunaba sus cuerpos, el uno en brazos del otro. Era un trozo de paraíso oculto en la oscuridad del infierno.

Sus labios se movieron sobre los de ella con ternura, a pesar de la pasión que estremecía los de

Ara. Quería ir despacio. Hacerlo bien.

Notó una caricia en la base de su espalda. Un sutil roce que estremeció todos sus sentidos con fuerza. Se escuchó gruñir contra ella, avisándole de su escasa paciencia.

Ara rió, sin poder evitarlo. Después subió más las manos, dibujando suaves espirales sobre su piel.

— Me estás volviendo loco —susurró Enzo, roncamente. Sus manos bajaron lentamente, hasta que llegaron a la redondez de sus nalgas. Apretó. Gimió.

— Es justo lo que quiero —contestó ella, a su vez, con la voz tomada por el brusco e imponente deseo.

Sentir sus manos sobre ella era una locura, un deseo concedido, un estallido de puro placer.

Se puso de puntillas, aún entre sus brazos y besó la comisura derecha de sus labios. Sintió que él se estremecía y que su mandíbula se endurecía por la tensión, al igual que su miembro pulsaba contra su estómago, lentamente. Quiso apresurar las cosas, pero algo en ella, mucho más inteligente, la obligó a seguir ese ritmo cadente y enloquecedor. Incluso si eso significaba que ella temblara de expectación y deseo.

Subió sus labios a lo largo de la mejilla, hasta llegar al lóbulo de su oreja. Lo succionó con lentitud, mientras escuchaba los apagados y sutiles jadeos de Enzo. Sabía que le estaba costando un triunfo mantenerse quieto. Y no solo porque era capaz de notar la tensión en cada uno de sus gestos, sino porque había algo en ella que se lo susurraba suavemente. Como le susurraba que su punto débil era el cuello.

Ara sonrió para sí y aceptó la sugerencia de su mente. Mordisqueó su lóbulo un poco más, dejó escapar un gemido y bajó hasta su cuello, lamiendo lentamente.

— Por Dios, *ragazza*... —susurró Enzo, atormentado por la necesidad de tomarla que tenía. Vio que ella reía entre dientes y eso fue más de lo que pudo soportar.

Bastó un solo movimiento para que la espalda de ella se apretara contra la pared. Él, de inmediato, se colocó entre sus piernas, con fuerza, con potencia, con un ansia visceral.

Sus rostros quedaron separados por escasos centímetros que pronto se vieron mermados.

Enzo gimió contra sus labios, mientras se apoderaba de sus besos con auténtica hambre. Sus manos bajaron hasta sus muslos y los obligaron a acomodarse alrededor de su cintura. El calor que desprendía la joven impactó de lleno en su polla, que se hinchó aún más y se tensó contra la entrepierna de ella.

— Si quieres que pare dilo ahora —gruñó él, mientras aspiraba con fuerza el aroma de su cuello—. Si no... voy a follarte como nadie más lo ha hecho.

Ella gimió y alzó las caderas a modo de respuesta. Todos sus gestos le eran familiares, como lo era el olor de su sudor o los dedos que luchaban por acariciar todo su cuerpo. ¿Cómo podía negarse a algo que ella ansiaba con tanta desesperación? Por eso, se apretó más contra él, cerró las piernas en torno a su cintura y se rozó contra su dureza hasta sentir su sexo temblar con fuerza.

— Ara... joder. —Enzo tomó aire, bruscamente y se apartó lo suficiente como para quitarse la camiseta.

La luz impactó sobre él, iluminando su piel perlada por el sudor y la fuerza con la que contraía los músculos. Jadeó, completamente excitado y, bajo la violeta y sensual mirada de Ara, se deshizo de la ropa de ella.

El sujetador siguió el mismo camino que la camiseta y el pantalón. De golpe, se encontró semidesnuda, sometida a la lengua de Enzo que la atormentaba, la excitaba hasta la locura.

Una oleada de humedad la hizo estremecerse con fuerza. Clavó las uñas en su espalda, arqueó la suya, gimió violentamente.

Enzo sonrió, entre lametón y lametón. A pesar de que todo él pugnaba por seguir adelante, por penetrarla y hacerla gritar, algo diferente guiaba sus movimientos. Algo que le decía lo mucho que a Ara

le gustaba esperar hasta el límite. Algo que se parecía mucho a la conexión que sentía con ella cuando estaban juntos.

Un gemido ahogado le obligó a apartarse de sus pezones, erectos y firmes. Su lengua ascendió de nuevo, hasta sus labios, mientras sus manos, desesperadas, se hundieron bajo sus bragas.

— ¡Enzo! —gimió ella, mientras sacudía las caderas contra su mano, rozándose como si le fuera la vida en ello.

Fue más de lo que ambos pudieron soportar. Bastó una mirada, un beso profundo y húmedo para dejar las cosas claras. Ninguno de los dos podía más. No querían alargar más esa dulce tortura.

Él sonrió, apoyó la frente contra la de ella. Después apartó su propia ropa, con rapidez, con mucha rapidez hasta que su sexo se rozó contra la humedad que empapaba las bragas de ella. Solo necesitó un gesto para dejarla completamente desnuda. Y uno más para hundirse profundamente en su cuerpo.

El placer que ambos sintieron fue como la explosión de un volcán: intenso, devastador, único. Arrollador. Increíble y poderoso.

— Joder —siseó Enzo y empujó, con más fuerza, hasta que el gemido de ella le hizo temblar de puro éxtasis.

Su sexo le comprimía ansioso, con hambre. Le llenaba de ella, le humedecía y lo calentaba.

Volvió a penetrarla solo para escucharla gemir. Y cuando lo hizo, con su nombre entre los labios, supo que ya no había marcha atrás.

Enzo sujetó a Ara con determinación, mientras sus caderas chocaban una y otra vez con las de ella. El sonido, húmedo y acuoso era terriblemente agradable, al igual que el dolor de las uñas de Ara enterradas en su espalda.

— No te imaginas las ganas que tengo de que te corras —susurró ella, mientras bajaba su mano hasta el centro de su sexo.

El estallido de placer llegó casi de inmediato. Fue una descarga eléctrica, un beso del fuego que les consumía, una oleada de éxtasis llamada orgasmo. Dejó caer la cabeza hacia atrás, mientras el placer seguía creciendo con cada embestida de Enzo, que jadeaba, entre estremecimientos y sudor.

— No te imaginas las que tengo yo —contestó él, entre besos, profundos y dulces.

Cuando él sintió que Ara se retorció en torno a él, supo que ya no aguantaría más. Esa mujer le volvía loco con solo mirarle, con solo estar cerca. Y ahora que la tenía entre sus brazos, ahora que estaba hundido en ella... era mucho más de lo que podía soportar.

Gimió profundamente, se estremeció y empujó una vez más. Otro ronco jadeo, otro susurro y una embestida mucho más profunda.

El orgasmo le pilló de sopetón con su fuerza y su potencia. Sintió que su sexo se hinchaba aún más y después notó las oleadas de esperma vaciarse en ella. Cerró los ojos, besó sus labios entreabiertos y la abrazó, con las escasas fuerzas que le quedaban.

Se despertó bruscamente, entre sacudidas frías y tensas. El aturdimiento que embotaba sus sentidos era tan inmenso que no consiguió averiguar dónde estaba, ni cómo había llegado allí. Ni siquiera por qué le dolía todo el cuerpo.

Rocky ladeó la cabeza y escudriñó todo lo que había a su alrededor. Poco a poco las brumas de la noche anterior se resquebrajaron y llenaron de luz los escasos recuerdos que aún permanecían en ella.

Quiso vomitar, pero no lo hizo. Se limitó a levantarse de la cama y, a trompicones ir al baño. Y allí, sola y a salvo, se sentó.

Todo le daba vueltas: los pensamientos, el dolor, la debilidad. Su propio nerviosismo. Las crudas palabras de Anna.

Tenía que salir de allí, fuera como fuera. A pesar de su severo sentido de la culpabilidad, sentía que tenía que hacer algo para ayudar a Enzo y a su mujer. No iba a permitir que la locura de su hermana se extendiera más allá de donde ella pudiera controlarla.

Pero tenía que ir con cuidado. Con mucha cautela y lentitud.

—¡¡Alessandra, sal del baño!!

Rocky suspiró profundamente y se levantó, pesadamente. Se lavó la cara con agua fría y se contempló en el pequeño espejo que tenía frente a ella. Lo que vio fue desolador: sus ojos estaban hundidos, carente casi de brillo. Bajo el derecho, la sombra de un moratón. Además tenía el pelo sucio y despeinado. Estaba hecha un desastre.

Pero no tenía tiempo ni manera de arreglar eso, así que se peinó con los dedos, se recogió el pelo y se lavó todo lo que pudo. Después salió del baño.

— ¿Dónde vamos? —preguntó, al ver que Anna se vestía y guardaba las demás prendas en la maleta.

— A hacer una visita —contestó desganadamente y la miró, con ojo crítico. Después chasqueó la lengua y rebuscó en su bolso—. Píntate un poco, que pareces una yonqui.

El comentario la escoció ligeramente, pero mantuvo la serenidad en sus gestos. Aceptó el estuche de maquillaje y volvió al baño, donde estuvo quince largos minutos. Cuando salió, no parecía ella. Ni siquiera se notaba todo lo que había vivido.

— Mucho mejor —aceptó Anna que, como siempre, estaba espléndida. Su pelo azul y su rostro de ángel, incluso con la cicatriz, brillaban y atraían a partes iguales. Su cuerpo, enfundado en vaqueros y blusa, también lo hacía—. Y ahora, vamos. Tenemos que ir a ver a Bruno.

—¿Quién es Bruno?

— Oh. Mi marido —Anna sonrió burlonamente y sacó las llaves de la habitación, junto con las del coche de Rocky. Sin embargo, no abrió directamente. Se detuvo junto a la puerta, esperó un instante y miró a su hermana—. Imagino que no vas a hacer ninguna tontería ¿verdad?

Rocky sacudió la cabeza, contrita. Sin embargo, su corazón latió con más fuerza, esperanzado. Quizá fuera cierto que aún quedaban posibilidades y luz en su mundo de oscuridad.

— No, Anna. No haré nada —contestó, sumisamente.

— Buena chica.

La puerta se abrió con un sonoro chirrido. El pasillo estaba vacío, tal y como Anna esperaba. Lo atravesó a grandes zancadas y, por fin, salió del hotel.

El día estaba despejado y era cálido, casi perfecto. Nada lo enturbiaba, salvo el hecho de que aún tenía cosas que hacer. ¿Podría descansar en algún momento?

Anna suspiró, contrariada y se subió en el asiento del copiloto. A su lado, su hermana arrancó el motor y la miró, interrogante.

— Tú tira, yo te indico. No tardaremos mucho —susurró y se humedeció los labios.

Su corazón latía desacompañadamente y solo ella sabía por qué. Solo su mente sabía qué podía pasar y qué iba a dejar atrás. Pero sabía que tenía que hacer las cosas bien, por una vez en su vida. Quizá así pudiera empezar casi de cero.

El coche empezó a coger velocidad a medida que acariciaba el asfalto, conforme el pie de su dueña apretaba el acelerador. Las calles se difuminaron con suavidad a medida que se alejaban del hotel y se internaban en el centro de la ciudad.

A pesar del tiempo que había pasado desde que dejara atrás a Bruno, aún recordaba con nitidez todo lo que había vivido con él. Su relación no tenía nada de sano, ciertamente. Pero ambos habían disfrutado por esa lucha de la supremacía. Al final, había ganado ella... ya que el último golpe se lo había llevado

él.

Sonrió al recordar y señaló otra calle. Después otra más. Y más tarde la autopista. Tardaron cerca de una hora en llegar a una pequeña casa solariega, a las afueras. El jardín seguía tal y como ella lo recordaba: hermoso, amarillo, con resquicios de flores azules y violetas.

Aparcaron en la entrada, donde empezaba el pequeño muro de piedra.

— Hemos llegado —susurró Anna, con un nudo en el estómago.

— ¿Qué hacemos aquí? —preguntó, a su vez, Rocky.

— Arreglar las cosas.

Y salió del coche. Decidida. Temerosa. Con una sola idea en mente.

Enzo estaba confuso. Y nervioso. Y profundamente desolado.

Había despertado de un sueño maravilloso y ahora se encontraba, de nuevo, en la soledad de su habitación. Sin ella.

Gimió levemente al notar la humedad de sus calzoncillos y la erección que aún levantaba la tela de sus sábanas.

Se había corrido como un adolescente, como un niño excitado por la novedad. Y solo con un sueño... con un jodido y visceral sueño.

Frunció el ceño y se levantó a toda prisa. Vio que en su reloj se reflejaban las ocho y media de la mañana. Después comprobó el móvil y sonrió, muy levemente. No había ninguna llamada, ni nada que se le pareciera. Y aún podía dormir un poco más.

Necesitaba volver con Ara, fuera como fuera.

Fue al baño, se limpió con un tenue gemido y suspiró, profunda y hondamente. Sentía que la cabeza le iba a estallar, al igual que su corazón, tenso y necesitado. Había sido un sueño tan jodidamente vívido... que casi esperaba que Ara estuviera en la cama, junto a él, con su sonrisa satisfecha y sus dulces manos enredadas en su cuerpo.

Las lágrimas inundaron sus ojos con brutalidad, hasta anegarlos por completo.

Tenía que volver, quedarse allí. Abrazar a Ara hasta consolarla. Hacerla el amor de nuevo. Sentir sus brazos alrededor de él, como una prisión de la que no quería escapar.

Era lo único que necesitaba, lo único que, en realidad, deseaba. El tiempo transcurría demasiado lentamente y ya no encontraba otra manera de verla. Si al menos pudiera quedarse allí...

Enzo sacudió la cabeza, intentando deshacerse de ese sentimiento de tortura que le recorría. No lo consiguió, así que abrió el armario del baño, donde su madre guardaba las medicinas y cogió un ibuprofeno... y, tras un momento de duda, un bote donde estaban los somníferos que su madre usaba cuando era incapaz de dormir.

No lo pensó, porque, en realidad, no necesitaba más excusas. Cogió dos y junto al ibuprofeno, se las tragó.

Después regresó a la cama, donde se acurrucó a la espera de un milagro.

Capítulo XI

¿Era calor lo que sentía junto a ella? ¿Era... él?

No era posible. Simplemente, escapaba a toda rutina, a toda verdad. Enzo nunca se quedaba a su lado. Eso era así, inamovible. Y, sin embargo... sentía su cuerpo rodearla. Sus brazos en torno a ella. Su aliento acariciando su hombro.

Ara suspiró de placer, profundamente.

No recordaba en qué momento habían ido a la habitación de hotel, pero... allí estaban, entrelazados como si solo fueran uno.

Sonrió al pensar que no le importaría despertar cada mañana así, abrazada a él. Aunque, curiosamente, la sensación le era tremendamente familiar, como si, efectivamente, hubiera formado parte de su día a día. Las leves caricias de la yema de sus dedos, la postura, la perfecta sincronía... todo despertaba en ella retazos de recuerdos.

Sentía cosas, dulces momentos que retornaban desde un rincón oscuro de su mente. Notaba caricias y besos, suspiros en la oscuridad de una habitación, palabras que la acariciaban con la misma ternura que Enzo.

Le quería.

Era innegable. Como lo era el hecho de que, fuera de aquel lugar, también lo hacía. ¿Él también sentiría eso? ¿Sabría que sus vidas se habían unido en algún momento? Quizá, solo quizá... por eso Enzo estaba allí. Por lo que una vez habían sentido. Por lo que habían tenido.

— Buenos días...

Ara se giró, suavemente. Sus rostros quedaron a escasos centímetros, a apenas un suspiro de distancia. Sintió nacer un dulce cosquilleo en el corazón que, rápidamente, se extendió a cada fibra de su ser, a cada terminación nerviosa. Se ruborizó y sonrió.

— Buenos son, sí —contestó ella, en apenas un susurro. Después dejó que su mano subiera hasta su mejilla, cubierta por la sombra de una barba de tres días, y le acarició.

cómo el sonreía, aún con los ojos cerrados y cómo gruñía de placer, le hizo sentirse francamente bien, como hacía mucho que no se sentía.

— Me gusta que hagas eso —susurró Enzo, mientras apresaba la mano de Ara y se la llevaba a los labios.

— Lo sé —Ara sonrió con más amplitud, con más felicidad, sin poder evitarlo. Después apretó su cuerpo contra el suyo, hasta que solo hubo piel contra piel.

La sensación de familiaridad, de asombrosa realidad, se hizo más potente, más palpable.

Se miraron el uno al otro, esbozando palabras y preguntas que aún no tenían fuerza para salir. A cambio, dejaron escapar la bondad, la amistad floreciente y dulce que les juntaba, el amor sosegado y pacífico que les unía.

Enzo besó a Ara hasta que sus latidos se tornaron erráticos y frenéticos, hasta que sus pulmones lucharon contra la necesidad de respirar. Incluso así, entre jadeo y jadeo, la retuvo en sus brazos.

Volvió a cerrar los ojos. Volvió a sentir la paz, el cariño, la tranquilidad más absoluta. El idílico paraíso que tanto echaba de menos.

¿Qué echaba de menos?

Enzo abrió los ojos cuando el torrente de recuerdos le sacudió. No llegaron todos, ni siquiera la

gran mayoría, pero sí los suficientes como para recordar quiénes eran ambos y qué había pasado.

Se estremeció profundamente, miró a Ara y la sostuvo por las mejillas, mientras temblaba como un niño.

— Creí que te había perdido —susurró, frenéticamente—. Ara, mi vida... Dios, dime que eres real. Dime que no me estoy volviendo loco.

Ara parpadeó, confundida.

— ¿De qué estás hablando, Enzo?

— Te recuerdo —gimió ahogadamente y tiró de ella para besarla, con una necesidad que rayaba la locura—. Me recuerdo. Dios, Dios...

— ¡Enzo, cálmate! —Ara se incorporó, se puso a horcajadas sobre él y lo inmovilizó, a duras penas—. ¡¿Quieres explicarme qué pasa?!

Y, de golpe, le escuchó reír, a carcajadas, desesperadamente.

— Estás aquí —susurró, entre risotadas dignas de un demente—. Por eso no estás conmigo. ¡¡Por eso no estás conmigo!!

— ¿Qué? ¿Dónde? Enzo, me estás asustando —contestó ella y se apartó, rápidamente.

No se vistió, ni se tapó. Simplemente se le quedó mirando, hasta que fue consciente de las lágrimas que caían por sus mejillas. Enzo estaba llorando. Como un niño. Como un hombre desesperado.

— ¿De veras no recuerdas nada? ¿No sabes quién soy? —Enzo se incorporó, se secó las lágrimas con un gesto leve y contuvo un ahogado sollozo.

— Eres Enzo —atinó a decir ella, con suavidad—. Alguien a quien... aprecio. Alguien en quien confío —continuó y se acercó a él, lentamente, para estrecharle contra sí y calmarle.

— ¿Piensas que nos conocíamos de antes?

Ella asintió y Enzo, a su vez, la imitó.

— Éramos mucho más que simples conocidos, Ara. —Sonrió y hundió la cabeza en su cuello, mientras sus manos dibujaban espirales en la espalda de su mujer—. Estábamos casados, *ragazza*. Unidos para siempre.

— ¿Casados?

Ara se apartó un tanto de él al notar que su corazón, malherido y aún tímido, latía bruscamente.

Quería creer que era real. Necesitaba saber que las palabras que ahora tanto la ilusionaban eran ciertas, porque eso aliviaría tanta penuria y tristeza. Si lo que Enzo decía era cierto, si era real... podría explicar tantas cosas y desvanecer tantos miedos que toda su existencia allí cambiaría. Quizá incluso, si no conseguía encontrar la salida... quizá pudiera ser feliz. Aun sin él a su lado, solo con la certeza de que todo, en cierta manera, había encontrado su lugar.

Se sentó al borde de la cama, aturdida. Los sucesos que había vivido allí dentro cobraban una nueva perspectiva, una nueva realidad. ¿Era a él quien la había levantado del suelo? ¿Era él quien, con todo el cuidado del mundo, la había sacado de la negrura de la depresión?

Ahora entendía por qué todo le era tan intenso con él. Por qué a su lado se sentía bien. viva. Porque no podía ser de otro modo. No había otra manera de proceder, ni de sentir. Eran el uno para el otro, dentro y fuera de aquel limbo.

— No parece que la idea te apasione —murmuró Enzo, dolido. Tan herido que se incorporó para levantarse—. Quizá me haya equivocado al suponer que querías estar conmigo.

Ara parpadeó, aún con atisbos de confusión. ¿Cómo podía creer eso, realmente? Y más teniendo en cuenta los momentos que habían pasado juntos o la manera, desesperada, de hacer el amor.

— Es... lo único que quiero —contestó ella y se apresuró a cogerle de la mano. Le sintió temblar bajo la yema de sus dedos y eso pulsó en ella algo muy profundo, algo que le instaba a abrazarle y

cuidarle—. Desde que te vi en el pasillo. No puedo decirte todo lo que siento... porque no tengo palabras. —Tiró de él, hasta que lo tuvo de nuevo junto a su cuerpo. Solo así, dejó que apoyara la mano en su corazón, que se estremecía de puro júbilo—. Lo único que tengo es lo que siento, lo que puedes ver ahora. No recuerdo cómo era antes y... si te hice feliz, pero te juro que ahora es lo único que quiero, lo último que puedo darte.

Enzo sacudió la cabeza y la abrazó, con fuerza. Los recuerdos seguían ahí, su vida real, el origen de sus problemas, de sus desvelos y, a la vez, fuente de tantas alegrías. ¿Cuánto tenía que contarle? ¿Cuál era la medida justa?

— Hay muchas cosas que aún puedes darme, Ara —susurró, dulcemente, junto a su oído. Sabía que lo que iba a pedirle era una locura, pero estaba más que dispuesto a rezar, a suplicar y a creer en ello. Era su última esperanza, el último resquicio de cordura—. Solo necesito que despiertes.

Ara cerró los ojos y apoyó la mejilla en su hombro. Inhaló su aroma. Se estremeció. Después volvió a mirarle.

— ¿Qué despierte? ¿De qué, Enzo?

Esta vez, le tocó a él suspirar y hacer de sus nervios un nudo, uno que apenas le dejaba respirar y que amenazaba con que su corazón se escapara por la boca. Aun así, tenía que decirlo. Por ella y por lo que significaba para todos tenerla cerca.

— Tienes que despertar, *ragazza* —repitió, mientras se perdía en el dulce pozo de sus ojos violetas—. Tienes que salir del coma, Ara. Porque yo... ya no puedo vivir sin ti.

El silencio era incómodo incluso para ellos.

A pesar de que se conocían y de que habían compartido tres largos años de su vida, ahora se contemplaban como desconocidos, como dos personas ajenas que apenas compartían nada. Pero, Aun así, ninguno quería darle la espalda al otro.

Anna sonrió levemente cuando vio a Bruno aparecer en la puerta de su casa. Su gesto sorprendido había dicho mucho de lo que pensaba, mucho de lo que se le pasaba por la cabeza y mucho sobre lo que no quería decir.

Era evidente que no esperaba que volviera. Y eso la alegró porque, a fin de cuentas, era lo que ella pretendía cuando se marchó: dejar todo atrás, olvidar el pasado y centrarse en momentos más bonitos de su vida. En realidad... nunca pensó que necesitaría volver a aquel lugar. Pero entonces... aparecieron Enzo y Ara. Y todo su mundo se trastocó hasta los cimientos.

Ahora estaba allí, dispuesta a no dejar cabos sueltos que pudieran hacerla perder todo.

— *Buon giorno*, Bruno. ¿Me echabas de menos? —preguntó, con una amplia sonrisa, mientras se inclinaba para rozar sus labios con los de él.

Bruno trastabilló hacia atrás en su afán por separarse. Sus ojos, cálidos y claros, no tenían nada que ver con su piel y pelo oscuro, pero sí con su gesto adusto y peligroso. Incluso su altura, mucho más alta de la normal, parecía estar en consonancia.

— Te llevaste mi coche, Lucía.

— ¿Lucía? —Rocky, que hasta ese momento había permanecido en el más absoluto silencio, intervino, impulsada por el mordisco de la incredulidad.

— Es una larga historia —atajó Anna, rápidamente y le dio un empujón para que entrara en la casa. No tenía ganas, ni intención de contar que, cada vez que dejaba una relación... empezaba de cero, en todos los sentidos, aunque eso supusiera mentir, robar y echarlo todo por la borda—. No tengo mucho tiempo, Bruno, y tenemos que hablar.

— Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar, zorra, a no ser que quieras devolverme el coche —

siseó Bruno y sujetó a Anna del brazo, con fuerza.

La reacción fue inmediata. Una risa ahogada, un estremecimiento de placer y el rápido movimiento de la joven. Después, el sonido de un golpe y el gruñido sordo de Bruno.

— Veo que también te acuerdas de esto —Anna se zafó del hombre, que se llevó una mano a la mejilla enrojecida. Sus ojos brillaban, incrédulos—. Cierra la puerta y ven a la cocina.

Curiosamente, él obedeció, no sin antes sonreír brevemente y sacudir la cabeza.

Rocky no podía entender nada de lo que veía. No tenía ningún sentido ni atisbo alguno de lógica. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Era ese hombre el marido de su hermana? ¿Su cuñado?

Nada tenía sentido, por mucho que tratara de encontrarlo. Se giró hacia ellos, aturdida y como tal, les siguió. Esa era la única manera de entender, de comprender qué se cocía en la mente de dos enfermos como ellos.

La cocina era inmensa y estaba perfectamente ordenada. No había nada fuera de su lugar, ni una mancha que ensuciara aquel paraíso de la decoración. Todo estaba como en una revista de diseño de interiores: nuevo y sin señales de uso. Incluso podría decirse que era hogareño, a pesar de las personas que habitaban en aquella casa.

— ¿Quién es esta?

Rocky se giró hacia Bruno. Durante un breve segundo sus miradas se encontraron: curiosidad y miedo, tranquilidad y pavor. Finalmente, fue ella quien desvió la mirada, incómoda.

— Mi hermana. Aunque no tiene ninguna importancia, si te soy sincera.

— ¿Por qué te marchaste? —preguntó él, casi con lo que parecía ternura.

— ¿De veras tengo que contestarte a eso?

Él se encogió de hombros. Anna, en cambio, sacudió la cabeza y se negó a contestar.

Bruno nunca sabría el verdadero motivo por el que Anna decidió marcharse, como tampoco sabría por qué durante aquel tiempo, vivió con él.

¿Cómo iba a decirle que para ella solo había sido un juguete? ¿Qué en realidad nunca nada les había unido? ¿Qué solo escapaba de otras relaciones que, como él, no la llenaban?

Sabía que él, a pesar de todo, tampoco quería dejarla escapar. Por mucho que dijera, por muchos golpes que ambos recibieran... la soledad no era agradable. Y ella sí llenaba ese espacio. Por eso había huido. Por eso... y porque, en uno de sus paseos, había encontrado a alguien que sí removía en ella verdaderos sentimientos.

Pero Bruno nunca lo iba a saber.

— Nuestra relación nunca fue... fácil, pero...

— No, Bruno. Para. —Anna dio un golpe sobre la encimera y le miró, furibunda—. No es a esto a lo que vengo. Tenemos que hablar de algo mucho más importante.

Bruno pareció contrito, pero tras sacar una cerveza de la nevera, limpiar la lata con un trapo y guardar el trapo, asintió.

— Entonces, tú dirás.

— ¿Ha venido la policía a verte?

— ¿La policía? —preguntó, extrañado—. ¿Por qué tendrían que venir a verme, Lucía?

Ella sonrió, aliviada. Sin embargo, su corazón, mucho más sabio, le susurró que no cantara victoria tan rápido.

— ¿Y te han llamado? ¿O te han mandado un mensaje, o algo? —Continuó, rápidamente. Las preguntas se acumulaban.

— Bueno, sí... hace un par de días me llamaron para decirme que habían encontrado el coche. —La señaló—. El que me robaste. Me preguntaron si me lo habían robado y yo les contesté, evidentemente.

¿Por eso estás aquí? ¿Porque te han obligado a volver a casa?

— No volvería contigo ni a punta de pistola —Anna sonrió socarronamente y se giró hacia su hermana, a la que miró significativamente. Cuando vio que Rocky estaba tan aterrorizada que apenas podía moverse, sintió los primeros latidos de emoción en su casi muerto corazón.

Era hora de dejar las cosas claras. Era tiempo de ponerlas en su lugar. De coger al toro por los cuernos.

Tomó aire. Lo soltó. Clavó la mirada en el suelo. Escondió las manos bajo la sudadera azul que se había puesto esa mañana.

— ¿Y dijeron que vendrían?

— Puede ser, sí. No lo recuerdo bien, la verdad. ¿Por qué te interesa tanto?

Ella no contestó inmediatamente. Primero miró a su hermana, que seguía sumida en el silencio de los miedosos. Después clavó la mirada en el suelo, perfectamente limpio. Increíblemente puro.

— Hice algo, Bruno. Algo de lo que me siento orgullosa. Algo que hice por mí misma ¿sabes?

— ¿Algo... ilegal?

Anna asintió. Y su corazón se estremeció de júbilo y de nerviosismo. Todo se precipitaba y llegaba al final, a su destino único. Tenía que hacerlo. Para empezar de cero y arreglar las cosas.

— ¿Y qué tiene que ver conmigo, Lucía? —preguntó, confuso. Era incapaz de entender qué se traía entre manos, aunque tampoco era de extrañar, ya que ni siquiera se había dado cuenta de lo lejanos que eran los dos... aunque compartieran algo más que la cama y los golpes.

— No quiero que me relacionen con todo esto. Y tú... estás en medio.

El alivio la inundó en fuertes oleadas.

Lo había dicho. Por fin lo había hecho. Se había liberado de la última frontera que capturaba su humanidad.

Todo sucedió en un momento, en apenas un suspiro de realidad. Como en una película que dibujaba el pasado, los segundos se tornaron eternos y lentos, oscuros y llenos de ácaros de miedo.

Anna vio su expresión sorprendida mientras alzaba el brazo, completamente cubierto por la sudadera azul, que brillaba en medio de tanta perfección. Sintió en cada uno de sus gestos el terror, la incredulidad, la ignorancia que hacía mella en lo poco que quedaba de él.

Después llegó el sonido, aterrador e intenso, fuerte como el trueno de una tormenta. Y, segundos más tarde, los gritos soterrados de Rocky y la sangre tiñendo el suelo con su corrupción metálica.

Por último, el golpe de un cuerpo al caer, inerte.

Y su propio corazón, retumbando con fuerza por encima de todo.

— ¡¡Lo has matado!! ¡¡Lo has matado!!

Anna lo sabía. Lo sentía en cada uno de sus latidos, en cada nervio que se estremecía y que sacudía la pistola que aún sostenía en las manos. Lo veía en la profundidad de los ojos opacos de Bruno.

Lo había hecho.

Pero aún no había terminado, ni mucho menos. Al menos... él no hablaría. Pero su hermana... sabía que, tarde o temprano, lo haría. El miedo era fuerte, intenso y visceral, pero no perpetuo. Solo había una cosa que podía hacer. Una sola opción que las liberara a ambas, aunque no de la manera que a ella le gustaría.

— ¡¡Cállate, Alessandra!! —gritó, sobre los sollozos aterrados de su hermana.

Después se acercó a ella, la sujetó los brazos y la obligó a clavar sus ojos en los suyos.

Vio pánico, terror, asco. Desesperación.

— Aunque no te lo creas, hermanita... te quiero —susurró Anna, entre lágrimas de alivio y felicidad. Secó las de Rocky con la yema de los pulgares y, justo después, la golpeó con el dorso de la mano—. Y

esto lo hago por las dos. Para que tengamos la vida que merecemos.

Rocky cayó al suelo, sobre el charco de sangre cálida que se extendía por las baldosas blancas. Trató de escapar, arrastrándose sobre ella, huyendo hacia la puerta. Pero no lo consiguió a tiempo. Otro golpe, mucho más intenso, hizo que cerrara los ojos. Después llegó otro, y otro más. El dolor era inevitable y odioso, su propia debilidad lo era.

Lloró, como nunca antes, lloró como lo haría una niña, como lo haría alguien que sabe que está a punto de morir.

Y, de golpe, todo se oscureció. El dolor desapareció. Las lágrimas, también. Y su consciencia, su atormentada y frágil consciencia, se apagó.

Capítulo XII

Tic-tac.

Tic-tac.

Así sonaba el rumbo del tiempo. O, al menos eso es lo que todos querían creer. A veces, el tiempo venía de la mano de una caricia, de un beso, de un gemido ahogado. Y, simplemente, pasaba sin hacer ruido hasta perderse en su propio reloj.

Eso era lo que les ocurría a ellos.

Ara dejó escapar un suspiro, lleno de ternura y desolación, llena de paciencia y poco tiempo.

— ¿Un coma?

Él asintió, mientras luchaba por no dejarse llevar por los temblores que, interiormente, le sacudían. Era algo difícil, porque llevaba tanto tiempo peleando que sus fuerzas estaban dolorosamente mermadas.

— Necesito que despiertes, Ara. Hay tantas cosas que has dejado atrás... —Sacudió la cabeza, agotado. Sintió las manos de su mujer acariciarle y pensó que, al menos, allí estaría tranquilo.

Ara asintió, completamente segura. A pesar de que apenas recordaba nada y de que su memoria estaba llena de bruma, sabía que era así. No podía ser de otro modo. Al menos... Enzo estaba con ella.

— Me gustaría poder hacerlo. Créeme... es lo que más ansío, pero no es nada fácil. —Sacudió la cabeza, contrita, desolada—. Aún no entiendo cómo funciona este mundo. Me paso el día vagando de un lado a otro, descubriendo recuerdos que solo... me joden. Porque no puedo volver a ellos.

— Esos recuerdos no importan, Ara. —Enzo se incorporó y besó su hombro desnudo—. Podemos crear nuevos. Aún...Dios, aún tenemos toda la vida por delante.

— ¿De verdad? ¿Incluso ahora me esperas?

Enzo asintió y subió los labios hasta su cuello. Cada gesto era tranquilo, pero irradiaba una honda desesperación. Necesitaba que volviera. Fuera como fuera.

— ¿Cómo no iba a hacerlo, eh? —Sonrió cariñosamente y tiró de ella hasta que sus cuerpos volvieron a estar piel con piel—. Lo eres todo para mí.

Se hizo el silencio, uno que solo compartían ellos dos y que estaba pleno de sentimientos encontrados: amor, pasión, la dulce esperanza de quienes no tenían nada en qué creer. Y, Aun así, era un silencio de espera, de comprensión.

— ¿Éramos felices, Enzo?

Él asintió y se recostó en las almohadas. Después cerró los ojos.

— ¿Quieres que te lo cuente, *ragazza*?

— ¿Sería mucho pedir?

Una risotada, dulce y cariñosa. Una que Ara había echado de menos durante mucho, mucho tiempo. Una que apenas recordaba y que, ahora, le era tan vital como respirar.

— Nos conocimos en clase de Arte, en la universidad —susurró, mientras sus manos deambulaban por la tierna piel de la cadera de Ara—. Mis padres se enfadaron conmigo porque... últimamente estaba gastando más de lo que debía, creo. Me cortaron el grifo y me vi con una mano delante y una detrás. Así que busqué algún curro fácil y en el que pagaran bien. Luca, ¿te acuerdas de él? fue quien lo recomendó.

— Luca... —susurró ella, pacientemente. Sus recuerdos sobre él estaban muy distorsionados pero, la sola mención de su nombre era una llamada llena de luz que los iluminaba. Como un faro en un día de niebla—. Creo que... le recuerdo —dijo, mucho más animada—. ¿Luca fue el testigo en...?

— Nuestra boda, sí. —Enzo sonrió mucho más ampliamente. Su corazón, su maltrecho corazón, se

alzó latiendo presuroso y con fuerza—. Y el padrino en el bautizo de Adriana.

— ¿Adriana?

— Ahora te hablaré de ella —contestó, con una breve y dolida sonrisa—. Mejor ir poco a poco. — Enzo tomó aire y se acomodó, de nuevo—. El día que me estrené como modelo de arte, tú llegaste tarde. De todas las personas que había allí y que me miraban... tú eras la única real, la única que realmente importaba. —Sonrió, sin poder evitarlo—. Fue el momento más incómodo y dulce de mi vida. Quería que me miraras y, a la vez, lo único que quería era que dejaras de mirarme. Suena estúpido, ¿verdad?

Ella rió, dulcemente.

— Creo que ese momento también fue incómodo para mí —confesó, tras un largo momento de reflexión, en el que, los recuerdos anteriormente atorados, florecían, casi con brusquedad—. Nunca había visto a un hombre desnudo.

— Y tuve que ser yo —musitó él, burlonamente—. A eso se le llama destino, ¿sabes?

— ¿Tú eras mi destino? ¿O yo era el tuyo? —Ara enarcó una ceja, sonriente.

— Ah, menuda pregunta. ¿Cómo quieres que te conteste? ¿Con la verdad o con la mentira?

Ara no contestó. Se limitó a cruzarse de brazos en un gesto inconsciente que, a la vez, le era tan natural y familiar como respirar.

A cambio, Enzo rió de nuevo. Después, con la sonrisa aún jugando en sus labios, le apartó un mechón de pelo.

— Sinceramente, *ragazza*... creo que ambos éramos parte del mismo cuento. —Sonrió cariñosamente—. Como ahora, vamos.

— ¿Qué pasó después? —susurró ella, atosigada por las continuas preguntas que le hacía su inconsciente. Aún había muchas cosas que escuchar, muchas que comprender. Y, en aquellos momentos, solo Enzo tenía las respuestas, aunque su mente despertaba de un intenso letargo. Empezaba a recordar pequeños fragmentos, que crecían a medida que él hablaba.

— ¿Después de que me pintaras? Pues... la clase terminó, y yo, como un criajo de quince años, me acerqué a pedirte el teléfono.

— ¿Te lo di? ¿Así por las buenas? —Ara parpadeó, incrédula. A pesar de que eso lo recordaba un poco, no era algo que se pareciera a lo que ella hacía normalmente. Ella no era Ara "la valiente", sino Ara "la tímida".

— ¿Tú qué crees?

Ara pareció meditarlo un momento. Las brumas que rodeaban sus recuerdos se apartaron un tanto. Y se vio allí, frente a él, con su falda de colores chillones y con sus pendientes de plumas. Con su chal verde brillante y sus intensos ojos perfectamente maquillados. Y sí, a pesar de todos sus celos y de su honda timidez, se encontró con una chica que, de golpe, había encontrado en sus gestos la sensualidad que creía perdida. En su mano, blanca y llena de anillos, brillaba un papelito con un número de teléfono.

— ¡Te di el teléfono de mi casa! —exclamó, incrédula.

— ¿Tan malo te parece? —Rió él, sin poder evitarlo.

— Y después... —Se detuvo un momento y saltó, casi al lado de él—. ¡Apareciste en mi casa! ¡¿Cómo se te ocurrió?! —Ara estalló en carcajadas llenas de buenos momentos y después, se acercó a él, para besarle en los labios.

— Necesitaba verte y decirte lo mucho que me habías gustado —susurró Enzo, entre beso y beso. Entre caricia y caricia. Sintió que todo se descontrolaba, poco a poco. Pero no le importó. No ahora que estaba con ella.

Esta vez, fue ella quien tomó las riendas. Quien doblegó la voluntad de ambos.

Sus besos, tiernos y dulces, abandonaron sus labios para ahogar su cuello con el leve rastro de su

saliva. Sus manos tantearon, se unieron a las de él en un abrazo que, a la vez, era un juego de seducción. Uno que solo ellos entendían.

Ara sintió que Enzo se tensaba bajo ella. Lo notó estremecerse, alzar las caderas, rozar su erección contra su cuerpo. Y sonrió, porque era demasiado pronto.

Dejó un reguero de fuego que fue bajando, poco a poco, hasta su pecho desnudo. Su lengua trazó espirales a lo largo de las líneas de su tatuaje, hasta que llegó a la muñeca. Sonrió levemente, mordisqueó la cara interna de esta y, después, lamió la palma de su mano.

Enzo gimió, ahogadamente. Su miembro se alzó con más fuerza y él, incómodo, desesperado, se removió bajo ella. No sirvió de nada, porque Ara, tras un guiño de ojos, continuó sin moverse. Al contrario... pareció que todos sus gestos se volvían deliberadamente lentos. Incluso su lengua lamiendo el dedo central de su mano. Cerró los ojos, frustrado, pero eso no ayudó a su imaginación que, de inmediato se desbordó.

— Dios, Ara... no me hagas esto —susurró, roncamente.

— ¿Prefieres que pare? —susurró ella, mientras dejaba que sus labios succionaran su dedo, lentamente.

— Prefiero que lo hagas en otro sitio —gruñó y se incorporó.

Sus cuerpos se pegaron, sus labios se encontraron de nuevo, con pasión y dulzura. Las caricias se tornaron suaves y erráticas, apenas acompasadas, apenas pensadas.

— Te quiero —susurró Enzo y besó su cuello, su hombro, la curva de sus pechos—. No... no te imaginas cuánto.

Ella se detuvo, le sujetó de las mejillas y hundió su mirada en la de él, antes de contestar.

— Yo también te quiero, Enzo.

Y le besó, como solo ella podría hacerlo, como él verdaderamente necesitaba. Sus movimientos se acoplaron a la perfección, como sus cuerpos, el uno sobre el otro.

Ara gimió cuando notó las manos de Enzo sobre sus senos. Sintió el escalofrío de placer que la recorrió con fuerza y más aún cuando notó la suave humedad que resbalaba por el centro de su sexo.

Se mordió el labio inferior, jadeó levemente y dejó que su humedad cayera por toda la longitud del miembro de Enzo. Ambos gimieron al unísono, incapaz de dejar dentro toda la pasión que les embargaba.

De pronto, lo notó: suave, intenso, lleno de placer. El dedo de Enzo en su interior, ahogándose en cada embestida hacia el centro de su cuerpo.

Tembló, sin poder evitarlo y gruñó algo roncamente. Después movió las caderas al compás de sus embates, cada vez más rápido, mientras él jadeaba y trataba, con todas sus fuerzas, de no sucumbir al profundo deseo de perderse en ella.

El placer estalló con una fuerza desmedida. El aire, lleno de gemidos ahogados, acarició los hinchados labios de Ara, mientras estos se abrían en un suave grito que destilaba su éxtasis. Su humedad llenó los dedos de Enzo que ahora, acariciaban con más frenesí, buscando ese placer que sabía que aún podía llegar. Por eso, cuando Ara clavó las uñas en su antebrazo y los dientes en su cuello... todo se desató, se desbordó.

Bastó un solo movimiento para sentir la calidez y la humedad de Ara en torno a su sexo.

Enzo siseó, embriagado y, rápidamente, sujetó a su mujer por las caderas. Después jadeó, con fuerza y empujó hacia arriba. Ara sonrió, a su vez, y dejó que las caderas bajaran a su encuentro. Una, dos, tres veces. Un gemido, un beso lleno de humedad, de deseo, una caricia cargada de pasión desenterrada.

Incluso el sonido de sus cuerpos al chocar era agradable. Era tierno y, a la vez, erótico y sensual: gemidos, golpes de cadera, gruñidos. El suave chirriar de la cama. El leve e intenso rumor de los besos.

— Dios, no puedo más —musitó Enzo, junto al oído de Ara, antes de sujetarla y girarla.

Ara gimió ahogadamente, pero sonrió y se acomodó sobre las rodillas y las manos. Sentirle detrás, penetrándola con fuerza, fue algo tan intenso que el orgasmo la alcanzó de pleno una vez más. Hundió las manos en la frialdad de las sábanas, cerró los ojos y dejó que las embestidas de Enzo chocaran una y otra vez contra su trasero. Sus movimientos eran fuertes, aunque descoordinados.

Y, de pronto, todo terminó. Un gemido más alto que los demás, el dulce y leve dolor de la última penetración y, después, la calidez que se escurría en su interior.

Ambos sonrieron, agotados.

Se acurrucaron el uno contra el otro, en completo silencio, en íntegra sintonía. Sus corazones, aún erráticos, se compaginaron, como si llevaran toda la vida haciéndolo.

Y allí, en el suave balanceo del silencio, cerraron los ojos.

Tic-Tac.

Tic-Tac.

Así sonaba el rumbo del tiempo. Era desagradable, lleno de maldad, lleno de ira intempestiva. Pero era su sonido y por mucho que le pesara, no podía cambiarlo.

Estaba muy nerviosa. Realmente aterrada, como cuando era niña y su madre la castigaba encerrándola en la habitación.

Era horrible, porque hacía mucho que no se sentía tan desamparada.

Y, aun así, seguía sintiendo el burbujeante placer del poder absoluto. ¿Era posible que tantos sentimientos dispares entraran en ella? ¿Le dolería si entraba alguno más? ¿Habría sitio acaso?

Anna se arrancó, con los dientes, la uña del pulgar. Una gota de sangre se escurrió hasta sus pantalones vaqueros, pero ella ignoró esa pequeña mancha. En su mente había una mucho más grande y siniestra. Una que, a la vez, era mucho más hermosa.

Sacudió la cabeza para despejarse. Lo consiguió cuando el aire frío la acarició, con cierta delicadeza. Se había alejado mucho de casa de Bruno. La había dejado atrás, como la primera vez, aunque las circunstancias fueran diferentes.

Ahora era libre.

Libre.

Sonrió de manera sincera, por primera vez en mucho tiempo. Detuvo el coche, ese que, técnicamente, no podía conducir y suspiró, profundamente. Después cogió el móvil y marcó un número. El primer tono disparó su corazón hasta que este retumbó sobre todo sonido. El segundo, hizo que gotas de sudor calentaran su piel. Al tercero, cerró los ojos y tembló.

— *Polizia*, ¿en qué puedo ayudarle? —Una voz, serena y fría, contestó al teléfono, aunque parecía hastiada de hacerlo.

— Ha habido un asesinato —susurró, demoledoramente. Su tono de voz tenía el suficiente terror como para convencer al hombre y suficiente ternura como para no imaginar que había sido ella—. Mi hermana ha matado a un hombre.

— ¿¿Está usted bien??

— Estoy... asustada. Pero estoy a salvo. —Anna sacudió la cabeza, mientras sus latidos se desmigajaban en otros muchos más rápidos e intensos. En cualquier momento estallarían y no podía ser—. Ella sigue allí —dijo y, antes de colgar, susurró la dirección que acababa de abandonar.

El silencio se impuso dentro del coche, de nuevo.

El sol brillaba con fuerza a través de los cristales. El aire frío entraba por la ventana. Ella jadeaba, inquieta.

Lo había hecho. Había dado el siguiente paso, quizá, el más fácil de cuantos tenía que dar. Aún quedaba mucho, era cierto, pero parecía que el camino se allanaba a cada intento de avanzar.

Anna sonrió, muy brevemente.

El miedo fue diluyéndose poco a poco en el humo de su porro, en las imágenes que la droga hacía aparecer en su cabeza. En ellas había rostros, caras vacías que no la decían nada. Sonrisas vacuas que le recordaban mejores momentos.

El humo trepó sobre ella formando suaves espirales. Cerró los ojos. Sonrió.

Hacía mucho que no sentía tan bien. Tan realizada... y tan viva. ¿Cuándo fue la última vez que sintió algo así? ¿Con Antoine? ¿Con Cesar? ¿Con Bruno?

Cesar... quizá fuera con él, sí. Era muy posible que así fuera, porque no había otro en el mundo con el que hubiera disfrutado tanto del poder.

El poder absoluto...

Era pequeño e imberbe. Sutil y delicado. Tan nenaza. Tan... suyo.

Le había conocido en el bar donde ambos trabajaban. Ella era quien se llevaba las propinas y él, el que se llevaba los disgustos y las broncas. ¿Qué se podía esperar de alguien como él?

Cesar no levantaba la voz, ni la cabeza, ni siquiera la mirada. Era un despojo, un aterrador error. Y, sin embargo... tenía algo que llamaba poderosamente la atención. No era algo reseñable, ni característico... de hecho, no se veía a primera vista. Su don estaba oculto bajo capas y capas de fachada, bajo capas de ropa y de miradas furtivas.

Pero estaba ahí, en algún lugar entre su corazón y el resto del tiempo.

Anna no tardó en sentirse atraída por él. Su pelo oscuro y su piel blanca eran una rareza, como lo eran sus delicados ojos azules. Era una hermosura, una codiciado tesoro.

Él se enamoró de ella con verdadera pasión. Se desvivió por sus miradas, por sus caricias, por las tenues sonrisas que, a veces, le dedicaba. Incluso cuando ella descubrió el tímido secreto que albergaba bajo todo lo demás: su sumisión completa y absoluta.

Y, de golpe, lo que parecía haber sido amor se tornó en miseria. El mero hecho de poder tenerle, en todos los aspectos, la enardecía, la llenaba de placer y poderío. Hacía que se sintiera dueña de su destino.

El que empezara a pegarle solo era cuestión de tiempo. Ella lo veía bien, porque Cesar no sabía complacerla. Él... lo consentía, porque era frágil y débil. Porque no concebía la vida sin ella. Quizá, porque no tenía ni idea de qué estaban haciendo.

Con él descubrió el placer de los golpes. El lujurioso sonido de los sollozos ahogados y la suave caricia de la carne temblorosa.

El sabor de la dominación.

Cesar fue el primero al que dejó inconsciente. Después lo abandonó, porque ya no había nada en él que le atrajera: ni sumisión, porque no podía doblegarle más, ni rebelión, porque nunca se había atrevido a ello.

Se marchó cuando descubrió que, de otra forma, terminaría con ella cavando una tumba.

Anna salió de su ensimismamiento cuando notó la amarga lengua del fuego acariciar su piel. Apagó el porro con un gesto, se estiró dentro del coche y giró la cabeza para mirar por la ventanilla: fuera todo seguía igual, lamentablemente.

Fijó su mirada en la puerta de la comisaría y suspiró. Sabía que tarde o temprano Enzo aparecería. Y ella estaría allí para recibirle.

Despertaron el uno junto al otro: las manos entrelazadas, los cuerpos, juntos. La misma sonrisa en

ambos labios.

Parecían un cuadro pintado por alguien que amaba la vida. Cada gesto parecía estudiado, cada respiración se tornaba perfecta. Incluso los colores, brillantes y atentos, se escurrían sobre ellos, como tenues pinceladas de tinta.

Allí, en el limbo, no parecía que el tiempo se escapara. Todo permanecía igual o, si cambiaba, parecía que era la propia mente quien hostigaba al tiempo a aparecer.

Enzo suspiró, profundamente. El resquicio de los sueños aún rondaba por allí, sobre su cabeza, intentando, sin éxito, devolverle al sueño. Sin embargo, había algo que le atraía mucho más.

Se giró, siguiendo la costumbre que había cogido durante años de matrimonio, durante incansables noches junto a ella, y la abrazó, cariñosamente. La satisfacción le recorrió con fuerza, como una corriente eléctrica que solo cobraba intensidad cuando estaban juntos. Era tan diferente a otras mañanas en las que Ara no estaba... esa sensación de plenitud que ahora le recorría desaparecía y se difuminaba, hasta que le dejaba vacío y desamparado.

Pero ahora estaban juntos.

— *¿Ragazza?* —susurró, suavemente, mientras la sacudía con cuidado. La hora de marcharse se acercaba y él lo sabía. Lo sentía en su cuerpo, en su mente, en el nerviosismo que le sacudía.

— Mmm.

Él sonrió y la abrazó con más fuerza.

— ¿Quieres saber qué pasó después? —preguntó, solo para despertar su curiosidad, solo para que se girara hacia él.

Pero Ara, curiosa por naturaleza, abrió los ojos y se giró, de inmediato, con una sonrisa llena de preguntas.

— Sí, sí quiero —contestó, con efusividad.

Enzo se estremeció al escuchar esa sencilla frase. Sus recuerdos revivieron otro instante de su vida en el que Ara dijo eso mismo. Sonrió ampliamente.

— Eso mismo dijiste en nuestra boda —apuntó él, dulcemente.

— No como tú. —Se burló Ara y enarcó una ceja, mientras se frotaba el ojo izquierdo con fuerza—. Creí que me dejarías tirada.

— El hecho de que llegara tarde no significa que no quisiera casarme contigo.

— ¡Llegaste quince minutos más tarde que yo! —Ara le empujó, entre risas, aunque su gesto era tan suave que era imposible pensar que estuviera molesta.

— Fue una boda... poco convencional. ¿La recuerdas?

Ara asintió.

Parecía imposible que uno de los momentos más felices de su vida se hubiera volatilizado de su memoria. Y, sin embargo, ahora estaba allí, fresco y maravilloso, como aquel día.

Recordó la calidez del sol, el murmullo de la gente a la entrada de la iglesia, el olor de las cientos de flores que llenaban los bancos. Recordó la música, rockera, que la acompañó hasta el altar, el cariño que desprendían las miradas de sus padres y suegros.

El pánico al ver que Enzo no aparecía... y el bofetón que le dio quince minutos después, cuando llegó a su lado, jadeante y sonriente. Después, escuchó las risotadas de sus invitados y los aplausos de algunas de sus mejores amigas. Incluso Luca, que también llegó tarde.

— Sí, claro que la recuerdo. —Ara sonrió, felizmente, mientras se apoyaba en el pecho de él. Clavó la mirada en el techo de la habitación y fue, en ese preciso instante, cuando fue consciente de dónde estaban. La felicidad más absoluta, más absurda y más real la estremeció por completo—. ¿No reconoces la habitación?

Enzo abrió los ojos y se giró para observarla. Una sonrisa, complaciente y sincera, se dibujó en su rostro. Su corazón también se estremeció al darse cuenta de dónde estaba.

Era evidente que aquella habitación había marcado un antes y un después en sus vidas, porque, por fin, habían podido dormir como marido y mujer.

— Aquí... aquí celebramos nuestra noche de bodas —musitó, maravillado—. Dios, hace tanto tiempo...

Ella sonrió, satisfecha. Ahora entendía por qué aquel lugar era tan importante para ambos, incluso para sus propios recuerdos. Realmente, su vida de casados había empezado allí, entre aquellas sábanas desgastadas y suaves, bajo los rayos de luna que entraban por la ventana. Mientras la música de un saxofón resonaba en la calle.

— Me gustaría volver a casarme —susurró ella—. Contigo. En el mismo sitio.

Enzo asintió, conforme. En el fondo, él también lo deseaba con desesperación. Empezar de nuevo los tres juntos. Olvidar todos los malos momentos. Ser felices, simplemente.

— Despierta, mi vida... despierta y haremos lo que quieras. Te prometo que, si lo haces... te entregaré el mundo. Te daré todo lo que tengo.

Capítulo XIII

Le despertó el odioso e irritante sonido del móvil. A su alrededor, todo cambió, con brusquedad: la habitación pasó de ser cálida y suave a una estancia desangelada y oscura.

Tardó un momento en reconocer dónde estaba. Incluso así, tras comprobar que estaba en su habitación, en casa de sus padres, tuvo que tocar todo lo que tenía a su alcance.

Desgraciadamente, todo parecía real.

¿Y ella? ¿Lo había sido?

Enzo suspiró y se apresuró a coger el teléfono que, a pesar de todo, seguía sonando.

— Dime, Luca. —Miró a su alrededor, buscando algún rastro de su familia. Comprobó que su madre le había dejado un café, ya frío, en la mesilla y que Adriana se había pasado por allí para darle un beso y un dibujo. Sonrió.

— Malas noticias, tío. —Luca sacudió la cabeza, inquieto. ¿Cómo iba a decirle aquello a su mejor amigo? ¿Cómo era capaz de seguir hablando? Lo que tenía allí, enquistado en la punta de su lengua, era un jarro de agua fría para las esperanzas que tenían de seguir adelante—. Eh... No podemos ponernos en contacto con Bruno Astori.

Aquellas palabras aliviaron, en parte, la tensión de su cuerpo. Por un momento, por un instante pequeño y abrumador, pensó que Ara no había salido del coma. Que todo se había esfumado dolorosamente. Que no volvería a verla.

En comparación, el hecho de no ver al tal Bruno, no le parecía tan horrible. Aun así, su humor desmejoró mucho. ¿Por qué todo tenía que salirles tan mal?

Incómodo y, físicamente agotado, se sentó, en la cama.

— ¿Por qué?

— Enzo... mira, no quiero que te alarmes. Pero esto empieza a ser raro.

— ¿Raro? ¿De qué coño hablas, Luca?

— Nunca te lo he preguntado, pero... ¿tenía Ara alguien que quisiera hacerla daño?

Enzo se envaró, de inmediato. Su corazón se volvió loco y comenzó a latir frenéticamente, lleno de pavor. Conocía esas palabras. Las conocía demasiado bien, porque solía escucharlas en cada juicio, y bien sabía que no significaban nada bueno.

Su mente giró en torno a mil y un pensamientos. ¿Quién podría querer hacerle daño a Ara? ¿Quién? ¿Y por qué?

Sintió cómo su garganta se secaba, cómo cada vez que intenta tragar el dolor se hacía con él.

— ¡No! —siseó, furiosamente—. Ara era una mujer normal y corriente, joder. Nadie quería hacerla daño. ¡¿Qué mierda pasa, Luca?!

— Le han... asesinado. —Suspiró profundamente, abatido—. Han llamado esta mañana denunciando su muerte. Ro ha sido la encargada de ir y de levantar el cadáver.

— ¿Qué...?

— Le han pegado un tiro, Enzo. Pero hemos detenido a una persona, una mujer, joven, morena. Estaba allí, tumbada junto al tío este... con la pistola en la mano. No sé, hay algo raro con ella. Por eso quería preguntarte lo de Ara.

— ¿Algo raro? Luca, joder, me estás poniendo muy, muy nervioso...

— Dice que se llama Alessandra. Es lo único lógico que ha dicho desde que la metimos en la

comisaría. Eso y...bueno... —Se detuvo, sin saber bien cómo continuar—. Te llama, Enzo. A todas horas y a gritos. Como... si te conociera.

Enzo sintió que todo le daba vueltas. A su alrededor, cada objeto pareció difuminarse y sacudirse, hasta que comprendió que era él quien se estaba moviendo: lo hacía de manera automática, guiado por los profundos anhelos de su consciencia.

Era Rocky.

Rocky había matado a la única persona que podía decirle quién era la puta que había atropellado a su mujer. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Por qué ella?

Sintió ganas de vomitar.

— Voy para allá —contestó, con una frialdad que hacía años que no sentía. Con una rabia que le consumía por dentro.

Salió de casa como una exhalación. Dejó atrás el desayuno, la calidez de la cama, su buen humor al despertar. Lo dejó todo.

Hizo el camino hacia la comisaría a toda prisa, tropezando con la gente con la que se topaba, recibiendo contestaciones malsonantes que, en ese momento, no le afectaban. Solo tenía un pensamiento en mente: llegar a la comisaría.

Tal y como esperaba, había un gran revuelo: policías que iban y venían, que gritaban y ordenaban. Incluso había prensa en la puerta. No vio a Luca por ningún lado, así que apartó a todo el mundo de malas maneras y entró, rápidamente.

— ¡¡Enzo!!

Se giró cuando escuchó la voz de Ro.

— ¿Dónde está? —preguntó, atropelladamente—. ¿Dónde la habéis metido?

— Ey, ey... calma, no puedes entrar así. —Se mordió el labio inferior con nerviosismo. Después buscó a Luca con la mirada, pero no lo encontró—. De hecho, no puedes entrar.

— ¿De qué mierdas hablas, Ro? No me jodas. Tengo que verla, es importante que lo haga.

— Lo sé, pero esto te afecta directamente y no tenemos permitido que entres. Es un asunto policial ¿entiendes?

— ¿Dónde está Luca? —preguntó, mientras intentaba apartar a Ro, que le sujetó con más fuerza. Sintió un aguijonazo de dolor allí donde sus manos le apretaban, pero lo ignoró—. Ro, por favor...

Vio que Ro iba a decir algo, pero, de pronto, todo se transformó. Dejó de verla, de sentirla, de escucharla. Frente a él, una puerta se abrió, con la lentitud de una película de terror. Y entonces, la vio: estaba llena de sangre, con la cabeza gacha y sujeta por dos hombres que tiraban de ella con malos modos.

No había duda. Era Rocky. Era la mujer en la que había confiado.

Sintió como la rabia y la desesperación corrían por sus venas. Las ganas de terminar con todo, de quitarle la vida con sus propias manos fue tan intensa que apartó a Ro de un empujón y empezó a avanzar, lentamente. Ya no oía nada, ni los gritos de Ro, ni el sonido del teléfono sonando. Solo escuchaba su propia respiración, agitada, errática, confusa. El latido de su corazón. La voz de Ara en sus recuerdos.

Rocky levantó la cabeza. Le miró. Sonrió tristemente e intentó acercarse. Los policías que la acompañaban tiraron de ella con más fuerza. Ella gritó su nombre. Él... siguió avanzando.

Y, de pronto, lo sintió: la fuerza de alguien que le sujetaba con mano de hierro. Quiso seguir avanzando, pero se descubrió incapaz de dar un paso. Confuso, giró la cabeza y vio a Ro y a Luca sujetándole. Intentó zafarse de ellos y seguir andando, pero no lo consiguió. Furioso, clavó la mirada en Rocky, que seguía gritando su nombre mientras la arrastraban a una habitación.

Rocky desapareció en su interior y, con ella, toda la desazón de Enzo.

— ¡¡Cálmate!! —Luca se puso en su campo de visión y le sujetó con fuerza de los hombros—. No puedes entrar, tío, no formas parte de la investigación. Intentaré mover algunos hilos, pero tienes que relajarte.

Enzo asintió, aún sin ser capaz de decir nada. Simplemente se detuvo y dejó que le empujaran hasta una silla de la sala de espera.

— ¿Puedo confiar en ti? —preguntó, jadeante y sin quitarle el ojo de encima.

Volvió a asentir. Después hundió la cabeza entre las manos.

— Luca, si quieres... me quedo con él —susurró Ro, con suavidad—. Por si acaso.

— No voy a hacer nada —contestó Enzo, con la voz ronca y pastosa—. Pero me voy a quedar aquí un rato. Por si las moscas.

Ambos asintieron y, tras un cruce de miradas, le dejaron allí.

A su alrededor todo parecía irreal. No había nada nítido, ni siquiera él. Aun así, se quedó allí, a la espera de que la realidad le acariciara.

No supo cuanto tiempo pasó, porque, en realidad, no era importante. Sus pensamientos divagaron una y otra vez, y acariciaron diferentes momentos de su vida. Se vio pensando en su pequeña, en su hija que, a pesar de ser fin de semana, seguía con sus abuelos.

Sintió una punzada de culpabilidad. Ella tampoco merecía eso, por mucho que su mundo se desmoronara a su alrededor. Adriana necesitaba un mundo sólido y, aunque actualmente él no podía dárselo, tenía que intentarlo.

Suspiró profundamente, cogió el móvil y marcó el número de su padre.

— ¿Papá? ¿Estáis con la niña?

— Buenos días a ti también. —Se escuchó un revuelo en el que, claramente, se oía a Adriana chillar un "¿Con quién hablas, *abu*?" —. Sí, estamos con ella. ¿Pasa algo?

— No, no pasa nada —musitó él, intentando que el cansancio no se notara en su voz—. ¿Puedes pasármela?

Se oyó el ahogado sonido de una risa infantil y, después, los entrecortados sonidos típicos del manoseo del teléfono.

— ¿Papi?

— Hola, bicho —saludó Enzo, con suavidad—. He oído por ahí que te gustan las princesas... y fíjate tú, creo que en el cine ponen una peli de esas. ¿Quieres que vayamos esta tarde?

Un chillido de felicidad, absoluto y lleno de abandono infantil taladró sus oídos.

Enzo sonrió, sin poder evitarlo. Incluso llegó a sentir algo de placer y felicidad lo que, últimamente, era extraño. ¿Por qué las cosas se complicaban tanto en una vida que era simple y sencilla?

— Volveré pronto a casa, te lo prometo. —Continuó con ternura, mientras daba vueltas al anillo de casado que reposaba tranquilamente en su dedo. Sintió una honda melancolía, pero sonrió al pensar que, quizá, esa noche pudiera volver a ver a Ara—. ¿Vas a esperarme?

— ¡Pero no llegues tarde! —gritó la pequeña, antes de devolverle el teléfono a su abuelo que, siguiendo la costumbre, dio a varios botones más antes de colocárselo en la oreja.

— ¿Te esperamos a comer?

— No creo. Hay mucho lío aquí —contestó Enzo, con suavidad. Por nada del mundo quería que se supiera toda la mierda que tenían encima, y mucho menos lo que podía significar para sus vidas: miedo, mudanzas, muchas preguntas que no se podían contestar. Y si, tal y como temía, ¿alguien iba detrás de ellos?—. Pero iré más tarde a por Adriana.

— Me parece bien —Su tono de voz era suave, comedido, casi cariñoso—. No te estreses mucho, Enzo. Las cosas ocurren como tienen que ocurrir, nosotros no podemos hacer nada —dijo, en voz baja—.

Pero todo saldrá bien, porque no os merecéis otra cosa. Ara saldrá de esta, hijo. Solo es cuestión de paciencia.

— Y de milagros, papá —susurró él, a cambio—. Es una lástima que no crea en ellos.

— Puede que tengas que empezar a tener un poco de fe. No es gran cosa, pero ayuda mucho a calmar la espera.

— ¿Y si la espera se alarga más? ¿Qué hago?

Se hizo un tenso silencio que duró varios segundos. Después se oyó un hondo suspiro.

— Pues... Enzo, tendrás que aprender a vivir solo.

— No quiero vivir solo —musitó, aterrado—. No quiero vivir sin ella.

— Ninguno queremos, hijo.

Tras el teléfono, se escuchó otro revuelo que apartó la atención del anciano e hizo suspirar a Enzo.

— Ve con ella, papá. Hablaremos más tarde.

— No te desanimes, Enzo. —Se despidió y, momentos después, cuando estuvo seguro de que su hijo no iba a decir nada más, colgó.

Enzo dejó que el aire que contenía brotara con una brusca exhalación. Sin embargo, curiosamente, se sentía mucho más reconfortado tras haber ordenado un poco las cosas. A fin de cuentas... eso era lo que tenía que hacer: colocar las cosas donde tenían que ir, arreglar los desperfectos de su vida, cuidar de que no volvieran a estropearse. Eso era lo que hacía un buen padre, o un buen marido o, simplemente, un buen hombre. Y él quería serlo. Desesperadamente.

Un suave golpe en su hombro le hizo levantar la cabeza, extrañado. Se vio, de golpe, inmerso en unos ojos oscuros, cálidos y que, sorprendentemente, le hacían sonreír.

Parpadeó un par de veces, incrédulo y se levantó.

Ella, a cambio, sonrió, divertida.

— ¿Sabes quién soy? —preguntó la joven, sin borrar de su rostro la sonrisa que había dibujado.

— Anna... —musitó él, sorprendido de ver a alguien de su pasado más lejano. Sin embargo, su gesto se apagó cuando vio la cicatriz que empañaba su rostro—. ¿Qué...?

— Es una larga historia —Sonrió ampliamente y se giró—. Mira, yo me marchaba ya. Me robaron el bolso hace un rato y he venido a denunciarlo. Pero, si quieres... podemos ir a tomar algo. —Se detuvo, contrita y miró a su alrededor—. A no ser que tengas que hacer algo aquí, que no te he preguntando...

Enzo sacudió la cabeza y esbozó una ligera sonrisa. Hacía años que no veía a aquella muchacha y eso que, después de todo, podrían denominarse viejos amantes. Había tenido una relación con ella hasta la universidad... donde se enamoró de Ara y donde su mundo, inevitablemente, había cambiado.

Sin embargo, no lograba entender qué podría haber pasado para que Anna hubiera desaparecido de su vida. Simplemente... un día se marchó y no volvió a verla, ni a saber de sus andanzas. En su día lo lamentó con amargura, porque era su única amiga en aquel mundo de locos.

— Tengo que... —Sacudió la cabeza para ordenar sus pensamientos y suspiró, amargamente. No quería hablar del tema, ni con ella... ni con nadie. De hecho, ni siquiera tenía ganas de salir—. Tengo que cuidar de mi hija. Lo siento, niña.

— Será solo un rato, Enzo... por los viejos tiempos. No voy a estar mucho en Roma y me apetece hablar con alguien conocido —insistió, con suavidad. Su tono era calmado, suave, dulce. Sin embargo, el reflejo de sus ojos brillaba de impaciencia.

— Ya... lo entiendo. —Sonrió levemente, pero sacudió la cabeza—. No estoy pasando por un buen momento y necesito descansar. Quizá... ¿otro día?

— ¡Vamos, Enzo! Solo un ratito pequeño. Así nos contamos qué tal nos ha ido la vida y, si hay malas noticias, nos consolamos mutuamente. Solo una copa ¿ok? —preguntó, más rápidamente, con mucho más

nerviosismo que afloraba a cada segundo. Incluso su lenguaje corporal se tornó agresivo e intimidante.

Enzo dudó notablemente. Por un lado, deseaba ansiosamente regresar a casa para hundirse en la ensoñación de las pastillas para dormir. Y, por otro... estaba cansado. Agotado de luchar contra la vida, contra todas las trabas y obstáculos que le ponía en el camino. Le dolía el alma, el corazón, cada vez que respiraba. Necesitaba un momento, un instante para tomar aire y seguir adelante. Quizá Anna fuera ese consuelo que necesitaba para no volverse completamente loco. Quizá hablar con ella le hiciera ver que el mundo no era tan sombrío como él creía.

— Esta noche, mejor —cedió, finalmente, y sacó un papel del bolsillo en el que apuntó su número de teléfono—. ¿Te viene bien?

Ella sonrió ampliamente, cogió el papelito y lo guardó amorosamente. Después le dedicó su tímida sonrisa y asintió. De nuevo, había conseguido lo que quería. Se relajó, notablemente.

— Esta noche me viene genial —contestó y se apartó un mechón de pelo azul con ensayada sensualidad—. ¿Donde siempre?

Enzo asintió, sorprendido. A pesar de los años que habían pasado... ella recordaba con nitidez detalles que, de ser otra persona, lo habría olvidado. No sabía cómo sentirse ante algo así. Se limitó a sonreír, brevemente.

— ¿A las diez?

Ella volvió a mover la cabeza en señal de asentimiento. Después sonrió, hizo un gesto de despedida y salió del local.

Sorprendentemente, se sentía bien.

¿Cómo no iba a estarlo, después de todo lo que sabía y de lo que había averiguado?

Enzo había sido su luz en la oscuridad, su maravilla por descubrir. Incluso ahora, sola en mitad de la negrura del limbo, era feliz. ¿Cómo no iba a serlo? Él la quería y, a pesar de todo, seguía allí, junto a ella. Enamorado aún.

Ara se ruborizó con suavidad y acarició, inconscientemente, la marca que Enzo le había dejado en el cuello. Se estremeció de placer y se levantó, para seguir con su rutina.

Él se había marchado pero, ahora, entendía que tenía una vida que cumplir fuera de allí. Lo único que deseaba, que anhelaba con verdadera fuerza era, sin lugar a dudas, volver con su familia y seguir viviendo. Tenía que luchar por ello. Con todas sus fuerzas.

Por eso mismo, se levantó, se dio un rápido baño y, tras coger las cosas, salió al pasillo. Ahora entendía que no importaba donde fuera, porque Enzo la encontraría. Su vínculo era inmenso, enorme, poderoso. Lo suficientemente real como para que ambos fueran conscientes de ello. Y ella iba a usarlo para seguir adelante. Porque esa convicción, esa certeza, le daba alas y voluntad.

El pasillo seguía frío y desangelado. ¿Cómo iba a estar, de todos modos? La única calidez era la que desprendía ella misma, la que irradiaba de sus nuevas decisiones: iba a despertar, fuera como fuera. Haría que su marido se sintiera orgulloso de ella.

Las puertas la llamaban, como cada día. Esta vez, no se lo pensó y abrió la primera que susurraba un canto, una dulce melodía. El calor sofocante y el olor agrio de un hospital la dieron la bienvenida.

Su corazón dio un salto y, después, empezó a latir apresuradamente, emocionado. Reconocía esa habitación, ese desagradable olor. Sin embargo, no le traía malos recuerdos, ni instantes que supusieran un peso en su alma. Al contrario... estar allí, rodeada de aparatos que pitaban, que resonaban por encima de ella, era...agradable.

Ara sonrió levemente y entró en la habitación. Su mirada violeta recayó sobre una cuna que se alzaba, inmóvil, junto a la cama. Sintió cómo todo le daba vueltas, cómo todo se unía a ella, a sus

sentimientos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas pero, estas, distaban mucho de su tristeza habitual. Parecía que, por fin, las cosas se iban solucionando.

— Adriana... —susurró dulcemente, mientras acariciaba las mantitas rosas que llenaban la cuna, ahora vacía.

La recordaba. Claro que la recordaba. Después de todo lo que había vivido, de lo que les había tocado sufrir... recordaba a su pequeña, a su primera hija. A la luz que guiaba sus pasos. La alegría de la casa. La muñeca que acariciaba su cara cada mañana, siguiendo los pasos de su padre.

Sintió un hondo mordisco en su corazón, lleno de melancolía. Su hija, su marido... su vida. Los motivos se acumulaban, los impulsos la acariciaban con su fuerza. Si solo supiera cómo salir de allí...

Ara suspiró, profundamente inquieta. Sus recuerdos danzaban bruscamente, unos con otros, sin orden aparente: la boda, el nacimiento de Adriana, el aborto, el miedo terrorífico a que todo fuera culpa suya. La depresión. El intento de suicidio.

El intento de... Se detuvo, perpleja.

Ella ya había estado allí, cuando intentó quitarse la vida al darse cuenta de que, por su cruel inconsciencia, había perdido a su pequeño.

Se levantó, corriendo y salió de la habitación. Recorrió el pasillo rápidamente, hasta llegar al cruce, donde las enredaderas crecían por todas partes. Siguió el camino, tropezando y cayendo, hasta llegar a la habitación de los elefantitos. Allí, ignoró el dolor de su corazón y se arrodilló junto a las palabras.

"A veces, ni siquiera yo sé quién soy, ni qué me trajo aquí. El tiempo pasa a mi alrededor como un velo de lluvia llevado por el viento, como un susurro gritado a la nada. Pero estoy aquí, guardando un secreto que nadie quiere conocer, que a nadie le interesa. Estoy sola, completamente aislada en la negrura y, sin embargo... continuo esperando. ¿Qué espero? No lo sé. ¿A quién? Tampoco. Solo tengo la certeza de que, al final, tras los días que escapan por mi ventana llegará algo, y ese algo, cambiará mi vida"

Recordaba esas palabras. Las había escrito ella, momentos antes de despertar de la inconsciencia de la pérdida de sangre, movida por una profunda melancolía. Ni siquiera sabía si esas frases tenían sentido como tal, o eran, simplemente, un retazo de sus pesadillas.

Aun así... lo había conseguido, al menos, una vez.

¡¡Sabía cómo salir de allí!!

Conocía el secreto que escondían aquellas crudas paredes. Pero no lo recordaba. No conseguía acordarse de lo que tenía que hacer. Solo se atrevía a rememorar un pasillo, largo y profundo, teñido de blanco. Y el susurro del aire agitándola con suavidad.

Frustrada, golpeó la pared que tenía junto a ella. ¿Por qué todo parecía complicarse? ¿Por qué era incapaz de encontrar la salida?

Capítulo XIV

Alegría.

Felicidad.

Tranquilidad.

Tres palabras que resumían su tarde y, en general, el cúmulo de sentimientos que lo embargaban.

Había sido una sorpresa, porque, tras las agonía de haber estado horas esperando por algo que no había llegado, no imaginaba tanta calidez y bienestar.

Enzo sonrió, suavemente. Después empujó el columpio en el que se balanceaba su hija entre carcajadas de abandono infantil. Habían pasado la tarde juntos, como hacían cada domingo por la tarde, cuando Ara llegaba de pintar en el parque. La rutina había sido la misma: helado, paseo de la mano, dar de comer a las palomas de la plaza... y, por último, la visita a los columpios. No importaba que el parque estuviera deslustrado y vacío, no tenía importancia que la madera hubiera brillado más en otro tiempo. En realidad, lo verdaderamente importante eran esos pequeños momentos, esa complicidad que nacía de la costumbre y de los recuerdos, que se mantenía fiel a sus principios.

La felicidad residía en ellos. En ese trío que ahora, estaba roto... y que ansiaba volver a estar unido.

Aun así, Adriana parecía feliz y ajena todo. Era lógico, por otro lado, porque no era más que una niña, una flor que no tenía más remedio que crecer, sin que le importara las circunstancias que la rodeaban.

Se preguntó, sin poder evitarlo, si algún día todo ese descontrol le pasaría factura.

— ¿Nos vamos ya? —preguntó, mientras volvía a empujar el columpio.

— ¡¡No!! —chilló ella, entre risas—. ¡Un poco más, papi!

— Pero, niña, que son las ocho... —Enzo sacudió la cabeza, volvió a empujar el columpio y se acomodó en un lateral, mientras encendía un cigarro.

— ¡¡Un poquito más!!

Enzo cedió, sin poder evitarlo. Para un momento que tenía con su hija, no iba a estropearlo con las prisas. Incluso si tenía otros compromisos.

Suspiró profundamente al recordar sus momentos en la comisaría. Había pasado allí horas, momentos vacíos que no le habían aportado nada, salvo malestar y decepción: ni Ro ni Luca habían aparecido, ni siquiera le habían llamado para contarles las novedades. Como si él no existiera. Como si no importara en absoluto.

Contuvo la rabia a duras penas y se consoló pensando que, al menos, faltaba poco para irse a dormir. ¿Vería a Ara de nuevo? ¿O todo sería un cruel sueño que le daba alas a su desbocada desazón?

No quería pensar en esa última opción. Su desolación ya era suficientemente intensa como para añadirle más drama a su vida. Solo quería un poco de paz, de pausada tranquilidad, un respiro entre tanto ahogo. Un momento para sonreír.

Quizá fuera el que estaba viviendo en esos momentos. ¿Por qué no? A su alrededor solo había tranquilidad, una tarde limpia y fresca y la caricia casi veraniega del aire. Todo invitaba a relajarse, a olvidar las preocupaciones.

— ¡¡Más alto!! —Adriana chilló alegremente y rió cuando cogió altura.

El sol empezó a caer y a llenar de sombras el parque. Los árboles se sacudieron ante la llamada de la noche y el frío, que hasta ese momento era solo un suave eco, llegó de mano de un brusco soplo.

Era hora de volver, indudablemente.

Pero no quería hacerlo. No tenía ganas de fingir que estaba bien y feliz. No quería pensar en por qué sus amigos no le llamaban. Y, sin embargo, su cuerpo ansiaba otra cosa porque, contra todo pronóstico, se movió con soltura hacia el camino que regresaba a casa.

— ¡Me voy a casa! —dijo, mucho más alto que de costumbre, para que la niña le escuchara.

— ¡¡No, papi!!

Ignoró su súplica con elegancia y siguió andando, aunque mantuvo un ojo alerta a todo lo que pasaba tras él. No tardó en sentir cómo algo pequeño y dulce le seguía rápidamente. La cogió de la mano y, pasito a pasito, regresaron a casa.

— ¿Cuál es su nombre?

— Alessandra Sabatani.

— ¿Fecha de nacimiento?

— Dieciocho de marzo. De mil novecientos ochenta y uno.

— ¿Qué hacía en el lugar del suceso esta mañana a las once menos veinte?

— No he sido yo —susurró, cansinamente—. Ha sido ella. Anna Sabatani. Mi hermana.

Se hizo un atronador silencio.

— Enzo está en peligro. —Se removió, inquieta y miró al joven rubio que le observaba desde la puerta de la oscura habitación—. ¡¡Está en peligro, joder!!

Ro suspiró profundamente y sacudió la cabeza.

— ¿Qué hacía allí, Alessandra?

— Ya se lo he dicho. Mi hermana me obligó a ir. —Tragó saliva, desesperada, mientras miraba a todos lados: la luz, incómoda, sobre ella, las largas sombras que apenas se veían en las paredes oscuras, la mesa con olor a vejez y a agobio—. Por favor, tienen que creerme. ¡No se imaginan lo peligrosa que es!

— Siga mintiendo y le caerá más pena. No tenemos prisa ¿sabe? —Luca intervino, con un brusco ademán. No se movió de donde estaba, pero su mirada, azul y fría fue suficiente amenaza.

—¡¡Yo no maté a ese hombre!! Fue Anna la que lo hizo. ¡Le pegó un tiro a quemarropa!

¡De verdad! —Rocky clavó sus ojos en los de la mujer, buscando una ayuda que no llegaba.

El miedo la acarició con su gélida piel y la hizo temblar en aquella incómoda silla. Las náuseas se aferraron a su garganta, la necesidad de huir se hizo patente en su cuerpo. Pero no podía salir de allí. Anna se había encargado de ello.

¿Cómo habían llegado a esos extremos? ¿Cómo su mundo se había puesto patas arribas? ¿Por qué lo había permitido?

Rompió a llorar, sin poder evitarlo.

Intentó secarse las lágrimas con las manos, pero las esposas que sujetaban sus muñecas, se lo impidieron.

Le dolía la ignorancia del mundo, el miedo que la tenían, la incapacidad de su ser. Le dolían los golpes que aún latían en su cuerpo.

— Ayúdenle, por favor... Anna irá a por Enzo. —Tragó saliva para contener las náuseas que la estremecían—. Intentará volver con él. ¡Está loca! Si no lo consigue lo matará... como ha hecho con Bruno... como ha hecho conmigo. ¡¡Por favor!!

Luca se removió, incómodo y lanzó una larga mirada a Romina. Todo era demasiado extraño, demasiado confuso. Tan irreal que tenía que ser cierto... o, al menos, eso era lo que le gritaba su corazón. Algo en él, tierno y lento, se había despertado al ver a aquella mujer. A pesar del odio visceral que le recorría por momentos. A pesar de las ganas que tenía de matarla con sus propias manos por lo que,

aparentemente, les había hecho. Aun así, se veía recorrido por una extraña ternura que le impulsaba a querer calmarla.

Sacudió la cabeza, suspiró profundamente y se acercó, hasta reducir la distancia considerablemente.

— ¿Qué sabes tú de Enzo? —susurró, lentamente.

Rocky levantó la cabeza y clavó sus ojos atormentados en él.

— Lo suficiente como para saber que no va a acostarse con mi hermana. Y si no lo hace, irá a por Ara. Y después, a por él. No va a sentirse bien hasta que no termine con todo esto.

— ¿Dónde le conociste?

— En el hospital donde trabajo. Donde está Ara, su mujer. Yo soy una de las enfermeras que trabaja allí. ¡Fue ella quien la atropelló!

Dio un respingo al escucharla. ¿Cómo sabía tantas cosas de Ara y Enzo?

La teoría del asesinato aislado se difuminó como una cortina de humo llevada por una ráfaga de aire. Quizá y solo quizá aquella muchacha desamparada tuviera razón. ¿Y qué debían hacer si era cierto? No podían dejarla ir, no, al menos, sin pruebas más concluyentes. Y, sin embargo, ese sentimiento contradictorio que le hacía ver a la mujer con otros ojos le suplicaba que buscara una manera de ayudarla. Una manera de curar sus golpes. De devolverle la sonrisa a un rostro magullado por la violencia y el miedo.

Sacudió la cabeza, dio un golpe a la pared que tenía junto a él y suspiró, profundamente.

— ¿Qué hacemos, Ro?

Ambas levantaron la cabeza, pero solo miró a la policía, que se mordía el labio nerviosamente.

— Deberíamos hablarlo con Enzo. Él sabe de qué va toda esta mierda. No puedo meterle aquí dentro para que hable con ella —susurró, junto a él, solo para sus oídos—. Pero sí podemos hacer que la vea desde fuera. No sé, Luca, estas cosas escapan a mis competencias. No tengo ni idea de qué podemos hacer.

— Voy a llamarle, a ver qué me dice. —Sonrió a duras penas y cogió el teléfono. Sin embargo, antes de salir, volvió a mirar a la joven que, agotada, se estremecía de hambre y frío en la silla. Llevaba horas expuesta. Horas en las que solo había dicho lo que habían oído. No había titubeado, ni había intentando que cambiaran de idea. Simplemente, había repetido, una y otra vez, que había sido otra persona y que Enzo estaba en peligro. Se estremeció y marcó el número de memoria. Esperó un momento. Y dos. Pero el teléfono no dio señales. Tragó saliva, se giró y miró a Ro, realmente preocupado—. Está apagado.

Las cosas habían cambiado mucho, pero no tanto como imaginaba. En realidad, eran las circunstancias las que se habían transformado... y no ellos. De hecho, parecía que solo el tiempo hubiera cambiado a su alrededor, porque, ellos, seguían exactamente igual. Quizá con más problemas. Quizá con más experiencia a cuestas. Pero, en esencia... seguían siendo dos niños que se acababan de encontrar. Incluso si uno de ellos tenía la cabeza en otra parte, en un mundo mucho más lejano del que sentía bajo los pies.

Enzo sonrió al ver a Anna llegar. Iba vestida con pantalones vaqueros, una camisa con un profundo escote y con su pelo azul recogido en una coleta. Estaba guapa. Como siempre.

Cuando llegó hasta él, la recibió con un suave abrazo. La sintió temblar junto a su cuerpo, como hacía años atrás, cuando eran una pareja confusa y rara: la niña extraña y el chico al que no le importaba experimentar con el mundo. Sentirla así no fue agradable, porque le daba la sensación de que el tiempo no había pasado... cuando era evidente que ambos habían dejado muy atrás esa época.

— Anna, niña... estás condenadamente guapa —dijo, con una suave sonrisa.

No mentía, por supuesto, pero su sentido de caballerosidad le obligaba a decir más de lo que, en

realidad, pensaba. Lo cierto es que no le llamaba excesivamente la atención. Ni siquiera conseguía ver en ella la chispa de belleza que Ara tenía. Ni su vitalidad. De hecho, solo veía cansancio, nerviosismo y el ajado efecto del paso del tiempo.

— Tú estás como siempre —bromeó ella y se apretó contra él con un estremecimiento de puro placer. Se humedeció los labios al compás de sus frenéticos latidos que, ahora, rebasaban su límite. Era difícil escuchar algo por encima de ellos—. El tiempo no pasa por ti ¿eh?

Él sonrió, agotado. Después hizo un gesto, para animarla a andar.

— ¿Dónde quieres ir?

— ¿Te parece bien que cenemos algo? —preguntó, dulcemente—. Hoy no tengo planes. Mi hermana ha ido a ver a su novio —continuó, con una sonrisa.

— ¿Tú hermana? —Enzo enarcó una ceja, con curiosidad—. Ignoraba que tuvieras una.

— Ah. Bueno, cuando nos conocimos ella estaba viviendo en casa de mi padre y yo no era muy comunicativa. —Se encogió de hombros—. Nada importante.

— Ohm. Vaya. De lo que se entera uno. —Sonrió brevemente y señaló un restaurante que brillaba en una esquina—. ¿Ahí mismo? ¿O prefieres ir a la cafetería de la universidad?

Anna rió suavemente y sacudió la cabeza. El nerviosismo la recorrió en una dulce oleada, en un suave estremecimiento de placer que convertía todo su cuerpo en el centro de un huracán. Incluso podía notar la excitación en todo su ser. En todas partes.

— Ahí me vale. Contigo me vale en cualquier sitio —contestó, con picardía y entró en el restaurante que, curiosamente, estaba atestado de parejas y de familias que iban a cenar.

Pasaron entre ellas como una exhalación, hasta que encontraron una mesa para ellos. Allí, al final del gentío y en una esquina oscura. Como una pareja que se esconde de las miradas inquisitivas de los demás.

— Bueno... cuéntame. ¿Qué fue de ti? Me abandonaste en el mundo universitario.

Anna sonrió brevemente. Se pasó la lengua por los labios y se encogió de hombros, antes de cortar un cachito de pan y llevárselo a la boca.

— Te vi en mejor compañía —contestó, con cierta frialdad.

— Oh, vamos. No irás a decirme que te cambiaste de universidad solo porque te incordiaba con lo de Ara...

— No, tonto. —Hizo un gesto para quitarle importancia al asunto pero, en el fondo, el duro recuerdo de las palabras de Enzo era un cristal que se hundía en su pecho. ¿Cómo no se había dado cuenta de que esa zorra había cambiado todo su mundo?—. Ara era un encanto de chica. ¿Dónde está, por cierto? —preguntó, fingiendo a la perfección una curiosidad que no sentía.

— Está en Milán.

— ¿Y qué haces tú aquí? —Se detuvo, mudó su gesto a uno compungido y le cogió de la mano, tiernamente—. ¿Lo dejasteis?

Enzo sacudió la cabeza, aceptó la caricia con reticencia y, después, apartó la mano. Por último sonrió, brevemente.

— Estás muy desinformada, enana. —Se echó hacia atrás en el asiento, se pasó la mano por la barba de tres días y suspiró—. Nos casamos y tuvimos una niña. Yo estoy aquí por cuestiones de trabajo —murmuró, amargamente.

— ¿Y cómo es que no te acompaña?

— Suficiente tiene ella allí —contestó, sin querer añadir nada más. A fin de cuentas sus problemas eran solo suyos y ya los había compartido con demasiadas personas—. Pero cuéntame de ti. ¿Qué... te pasó?

El gesto de Anna se transformó por completo. La bondad que había cubierto su rostro, la dulzura implícita en sus movimientos... todo, todo cambió. Se tornó en verdad, en ira, en rabia acumulada. En odio profundo.

— Tuve un accidente —siseó, sin poder contenerse—. Mi hermana estrelló el coche contra un camión. Y, como ves, me jodió la vida.

— Ey, ey... —Enzo se levantó de donde estaba sentado, solo para agacharse junto a ella. La contempló durante un momento y sacudió la cabeza—. No te ha jodido la vida, niña. No puedes pensar eso. La vida es... maravillosa y tenemos que aprender a disfrutarla. A veces ocurren errores, fallos del sistema, ya sabes. Pero tenemos que seguir adelante, continuar luchando por lo que queremos. Solo hay que tener paciencia, Anna. Las cosas terminan por llegar.

Ella asintió, más por complacerle que porque realmente sintiera que llevaba razón. De hecho, sabía que no la tenía. A la vida había que someterla y guiarla. Golpearla y moldearla hasta que se arrastrara a sus pies. No había otro modo de actuar. Nunca lo había habido. Y nunca cambiaría. No para ella, al menos.

— La vida es mucho más difícil de lo que te piensas —susurró, mientras dejaba que su mano, ansiosa y hambrienta, acariciara su mejilla, como había hecho tantas veces antes. Sin embargo, no dejó que esta durara. Sabía lo importante que era la paciencia. Conocía los devastadores efectos de la prisa. Mejor poco a poco.

— Sé que a veces cuesta, pero tenemos que ser fuertes. —Enzo sonrió, dio un par de golpecitos cariñosos en su rodilla y regresó a su asiento, para atender al camarero que acababa de llegar. Tal y como esperaba, no se sentía bien, ni siquiera más contento o vivo. En realidad, anhelaba con verdadera desesperación regresar a su cama, con Ara como única compañía—. ¿Cerveza, Anna? ¿Cómo en los viejos tiempos?

— ¡Por los viejos tiempos! —accedió, tras dedicarle una suave y tentadora sonrisa que recordaba otros momentos, instantes leves y suaves de sexo y pasión.

La cena transcurrió como otra cualquiera. Se llenó de recuerdos, de largas conversaciones repletas de instantes, de frases y palabras de viejos amigos. La cerveza corrió por sus gargantas como agua para un sediento, llenando sus mentes de ahogo y alcohol. De mareo dulce y soporífero.

Pronto se encontraron caminando sin rumbo aparente. Anna reía a carcajadas de anécdotas que habían tenido lugar años atrás, en otro momento muy lejano de sus vidas, Enzo, en cambio... se limitaba a seguir andando, preguntándose qué estaba haciendo allí y por qué no volvía a casa. Después, con la luna sobre ellos, compartieron detalles de sus vidas y pensamientos que llevaban mucho tiempo escondidos, cosas que, de ser dos desconocidos, nunca hubieran aparecido.

Y llegaron a la puerta de un hotel resquebrajado y tranquilo, viejo y cómodo. Como dos amantes a punto de consumir su pasión: una, dispuesta, otro, confuso y tímido.

— ¿La última? —susurró Anna, suavemente.

Enzo rió en voz baja, amargamente y se encogió de hombros. Todo le dolía. Le hastiaba recordar cosas que no servían de nada, que no le aportaban ninguna felicidad. Los momentos que había vivido con Anna no eran importantes. En realidad, de poco servía pensar en ellos. Pero era incapaz de marcharse y dejarla allí, sola y perdida. Estaba cansado de resistirse a todo, incluso a las cosas que no tenían sentido, como aquella extraña cita. Estaba tan cansado de la mierda de su vida que las cosas dejaban de importar. Incluso sus circunstancias y él. Y Anna... era tan insistente y parecía triste, muy triste... como él, tanto que le daba lástima. Una pena lacerante y cruda.

— La última —concedió, tras un largo minuto de reflexión, y avanzó pesadamente tras ella, como si apenas fuera consciente de a dónde le llevaban los pies. Solo necesitaba un momento más de realidad, un

segundo antes de ser consciente del miedo y del paso del tiempo.

Siguió a Anna por los pasillos desamparados y abandonados. No había ruido, ni gente, ni susurros que le indicaran que allí había alguien más que el viejo recepcionista.

Aun así, siguió andando, hasta llegar a una habitación solitaria, en el último piso. Entró tambaleante, lleno de inseguridad y falta de fe. Incluso así, sonrió. Solo por ser amable. O por fingir serlo.

— ¿Y el minibar? —preguntó, antes de escuchar cómo la puerta se cerraba tras él. No le dio más importancia y, siguiendo sus escasos sentidos, se agachó junto al armarito que había bajo la vieja televisión. No encontró nada de interés, así que se levantó pesadamente y se giró hacia ella—. ¿Dónde...?

No pudo continuar.

Sintió a Anna sobre él, cálida y fragante, dulce y tierna. Sus labios sobre los de él, sus manos ancladas en la cintura. Su aliento entremezclado con el suyo.

Y no, no notó placer. Ni siquiera un placer distante e incómodo. El sentimiento que lo embargó lo destrozaba interiormente y le impedía pensar con claridad. Ni siquiera respondió al beso. Apretó los dientes con fuerza, asqueado y trató de apartarse.

— Dime que me quieres —susurró ella, contra sus labios.

Enzo sacudió la cabeza. Trató de retroceder.

Aquellos labios no eran los que amaba, los que ansiaba por encima de todo. Y aquella muchacha que se pegaba a él, que suplicaba favores que no podía darle, no era su *ragazza*. No era su niña. No era su vida.

— No... Anna, por Dios. ¿Qué haces? —contestó, mientras la cabeza le daba vueltas. Algo no iba bien. Definitivamente, había algo que estaba mal, muy mal en él—. ¿Qué me has hecho?

La escuchó reír contra él, mientras sentía caricias en su espalda. Estaba en todas partes, en cada recodo de su piel. Y era desagradable. Asqueroso. Profundamente humillante.

— Te he facilitado mucho las cosas —dijo, mientras lamía su cuello lascivamente. Su respiración estaba agitada, movida por la excitación de lo prohibido, de lo irreal—. Ahora, hagamos lo que teníamos que haber hecho hace años.

— Para... ¡¡Para!! —Retrocedió de nuevo y sacudió la cabeza—. Joder, ¡¡Anna!! ¡¿Qué coño haces?! Estoy casado, mierda. ¡Casado, hostias! ¿Qué no entiendes de eso?

— ¡Tu mujer está en coma, imbécil! —estalló, sin poder evitarlo—. ¡No va a despertar! Así que deja de hacerte ilusiones o te juro por Dios que terminaré lo que empecé —siseó Anna, furiosamente, embargada por el dolor más profundo e infinito que existe: la desolación absoluta y el rechazo más sentido.

Enzo palideció. Y sintió que las náuseas se hacían mucho más obscenas. Sacudió la cabeza, incrédulo, tratando desesperadamente de despejarse. Pero su cuerpo no respondía como debería: sus movimientos eran lentos, pesados, obtusos. Impedidos por la droga que, ahora, corría con más fuerza por sus venas.

— ¿Qué...?

— Yo atropellé a la puta de tu mujer —dijo, mientras se acercaba a él, amenazante, como una serpiente a punto de atacar—. ¡Te apartó de mi lado, Enzo! ¡Te alejó de mí!

— Estás...loca —susurró, mientras se dejaba caer de rodillas. No podía con su cuerpo, ni con el peso añadido de la verdad. El dolor era lacerante, angustioso, tremendamente corrosivo y solo invitaba a dejarse morir, a terminar con todo—. ¿Por... qué?

Ella llegó hasta él. Le sujetó del pelo. Le besó vorazmente, con violencia.

— Porque yo siempre te he querido, cariño. Porque va siendo hora de que tú también lo hagas.

— Anna... éramos amigos —suplicó, a media voz, aunque esta sonaba discordante y siniestra. La

sensación de malestar creció, fruto del alcohol y de lo que fuera que ella le había metido en la bebida—. Éramos amigos... no me hagas esto. Por favor. Éramos...

— Amigos, sí. Desgraciadamente solo eso. —Anna sacudió la cabeza y suspiró, dramáticamente. En sus ojos, la locura brillaba tenaz y fuerte. Intensamente—. ¿Has oído alguna vez el dicho de "muerto el perro, se acaba la rabia"?

La droga iba demasiado deprisa. Las luces que se asomaban en sus ojos parpadearon intensamente, luego se apagaron y volvieron a encenderse. La bruma apareció de improviso, de golpe, frente a él. Después desapareció. Y, segundos después, volvió a nacer.

— Ara... —susurró, con las pocas fuerzas que le quedaban. Apoyó una mano en el suelo, se tambaleó, luchó por quedarse un segundo más consciente—. Por favor, *ragazza*...

— Hay cosas que llegan demasiado tarde, Enzo —susurró Anna, repentinamente dolida al escuchar el apodo cariñoso que solo dedicaba a la zorra de su mujer—. Y esto, rebasa el límite de mi paciencia. Despídete de ella, si puedes. El juego, termina aquí.

Levantó la mano. Tragó saliva. Y apretó el gatillo.

Capítulo XV

— No me lo coge —repitió Luca, nervioso. Giró sobre sí mismo, miró a Ro con desesperación y, después, a la joven que seguía sentada, agotada y aturdida, frente a él—. Joder, ni siquiera da señal.

— ¡Llama a su familia, Luca!

Él asintió, buscó en la agenda del móvil y maldijo entre dientes al ver que se había pasado de número. Tomó aire pesadamente y volvió a empezar. Segundos después, unos insondables y angustiosos segundos, consiguió que el teléfono diera tono. Al cuarto, una voz de mujer, dulce y ajada, respondió.

— ¿Paola? ¿Es usted?

— Sí, dígame. ¿Ocurre algo?

Luca dejó escapar un suspiro de alivio.

— ¿Está Enzo con usted? Soy Luca, un amigo del curro.

— ¿Luca? ¡Ah! Hola, hermoso. ¿Cómo estás? Enzo no está, ha salido con una amiga.

Palideció en cuanto escuchó esas palabras. Miró de manera nerviosa a Ro, que detectó de inmediato que había algo que no estaba bien. Que no terminaba de encajar.

— ¿Sabe cómo se llama esa amiga? Necesito localizarle urgentemente.

— Anna, cariño. Es una chiquita que conocía del colegio y con la que se ha encontrado esta tarde. Han quedado para tomar algo, por lo que tengo entendido.

Luca se giró hacia Rocky, tapó el altavoz del teléfono móvil y la miró, con los ojos inyectados en terror y nerviosismo.

— ¿Cómo...? ¿Cómo dices que se llama tu hermana?

Rocky tardó un momento en contestar. Sus ojos se calmaron, sus gestos, se volvieron más suaves. El alivio inundó su rostro.

— Anna. Anna Sabatani.

— ¡¡Joder!! — Luca se apoyó en la pared, jadeante de puro nerviosismo—. ¿Dónde está, Alessandra? ¡¿Dónde coño pueden estar?!

Realmente, ella no podía saberlo. Su relación con Anna estaba tan rota, tan resquebrajada y tan nula, que era casi imposible que ella lo supiera. Sin embargo, quería ayudar. Necesitaba redimir el dolor que había causado, el miedo que, por su culpa, había hecho sentir a Enzo.

Cerró los ojos, un momento apenas, y exprimió su mente en busca de algo que pudiera servirles de algo. Después los abrió, con la fiereza dibujada en el fondo de sus cálidos ojos.

— Irá a por Ara. Tarde o temprano querrá terminar lo que empezó —susurró, aturdida—. Es lo único que tiene en mente.

Ro y Luca se miraron, intensamente. Ambos sabían que lo que pretendían era una locura, pero también sabían que, si no lo hacían y Ara moría... perderían completamente a Enzo.

Fue ella quien dio el primer paso. Se levantó, cogió las llaves de las esposas y soltó a Rocky que, parpadeó intensamente y rompió a llorar de alivio.

— Luca, a la puerta. Distráeles.

Luca asintió, miró largamente a las dos mujeres y salió de la habitación. Diez minutos después, les hizo una señal para que salieran. La comisaría estaba completamente vacía. No había nadie, ni un solo ruido que pudiera importunarles. ¿Dónde estaban todos? ¿Dónde se habían metido?

Realmente, no importaba. Tenían vía libre. Podían salir de allí.

La calle, oscura y levemente iluminada por las farolas, también parecía desierta. Salvo algún viandante despistado, no se veía un alma en las calles. Solo ellos tres, encogidos por el miedo y tiritando de pavor, se movían sigilosos.

— Hay que ir al aeropuerto. Necesitamos un avión para ya —susurró Luca, mientras abría su coche y hacía que las dos mujeres entraran en la parte de atrás.

— Tenemos que darnos prisa —musitó Rocky, ebria de nerviosismo—. Anna no debería coger el coche, pero estoy segura de que lo ha hecho. Y con su locura no creo que tarde mucho más de cuatro horas en llegar.

— Joder —siseó Luca, que dio un golpe al volante y arrancó, frenético—. Tenemos que llegar antes. Sea como sea.

Ambas asintieron, en completo silencio. El tiempo, con su tenebroso tic-tac, corría en su contra. Y nada podía pararlo.

— Tengo miedo.

— No deberías tenerlo —susurró ella, dulcemente.

— Pero Aun así... lo tengo. Miedo a que desaparezcas. Miedo a no volver a verte. Miedo a la vida.

Ara sonrió cariñosamente y le besó en los labios, con la ternura que solo ella podía prodigar. Con la paciencia que solo la muerte y el paso del tiempo obligaban a tener.

— Creí que no vendrías a verme.

Enzo rió amargamente y sacudió la cabeza. Después se dejó acunar, como un niño perdido y solo.

— Mi única meta es estar contigo, *ragazza*. Si tú no estás... el resto deja de importar.

— ¿Por qué has tardado tanto?

Él pareció reflexionar. Su rostro se contrajo dolorosamente, sus músculos se tensaron bajo la ropa. Se estremeció, como si el frío se hubiera colado bajo esta y no consiguiera apartarlo.

— Porque me equivoqué —susurró, lentamente—. Porque creí que me estaba volviendo loco. ¿Sabes cuándo puedo venir a verte, *ragazza*? Solo cuando duermo. Y últimamente me paso el día dormido, buscándote. —Se detuvo, invadido por más frialdad. Tembló, con fuerza y se hizo un ovillo—. Mi mundo se desmorona, niña. Y solo encuentro felicidad aquí, contigo.

Ara sacudió la cabeza, confusa.

— ¿En qué te equivocaste, Enzo?

— En intentar buscar mi realidad —contestó, tristemente—. Creí que algo de verdad y solidez me ayudaría a seguir entero. No fue así, Ara. Tú estás en todas partes, quieras, o no. Me aturdes, me hieres... me sanas. —Se incorporó y la sujetó de las mejillas, mientras sus manos temblaban—. No puedo seguir allí sin ti. Y quizá mi error solucione eso. Dios, estoy deseando que pase, ¿sabes? Todo terminaría y yo me quedaría aquí, preso, contigo... no imagino mejor destino.

Su tono de voz era alarmante: extremadamente suave, mortalmente débil. Demasiado tierno y dulce. Horriblemente desesperado.

— ¿¿Qué ha pasado, Enzo?!

Ahora ella también tenía miedo. Los latidos de su corazón se hicieron más bruscos y tensos, más nítidos y dolorosos. Sentía que algo iba mal, porque se lo decía cada susurro que la rodeaba, cada instante que se acercaba a ella. Su tono de voz, el temblor de sus manos, el brillo que se apagaba en sus ojos.

— Anna... ¿la recuerdas?

Tragó saliva, asintió. Recordaba a esa chiquilla como una amiga, como una compañía dulce y cariñosa que les ayudaba a seguir adelante. ¿Cuántas veces habían quedado los tres? ¿Cuántas le había

confesado sus inquietudes? ¿Cuántas había llorado en su hombro?

— Me mintió —susurró ahogadamente y se tensó cuando una nueva oleada de dolor le recorrió. Gimió y apartó la mirada—. Nos mintió, *ragazza*. Fue ella quien destrozó nuestro mundo.

— ¿Qué...?

— Nunca fue quien creíamos que era —musitó, lentamente, entre jadeos entrecortados—. Primero fue a por ti, niña... y ahora ha ido a por mí. Nos quería separar y por Dios, está a punto de conseguirlo. No te imaginas... lo mucho que lo siento. Nunca fui bueno para ti, pequeña...

Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Ara sollozó, incapaz de no hacerlo. A pesar de que no entendía prácticamente nada, asumía que todo estaba cerca del fin. De su última meta.

— Enzo, por favor... no me hagas esto —susurró ella, temblando como una niña asustada—. Sea lo que sea... tiene solución, mi amor... por favor, por favor. No me dejes ahora.

Sabía que estaba a punto de morir. Por eso estaba con ella, por eso sentía que todo se desmoronaba. Por eso todo la dolía.

— Ara... sé que no me queda mucho —contestó él, a media voz—. Me ha disparado. Y sé que esto no tiene solución. Júrame que saldrás de aquí. Prométeme que seguirás adelante, con nuestra vida. —Una lágrima, tenue y pura, resbaló por su mejilla—. Dime que no me olvidarás... porque yo no lo he hecho. Nunca. Ni siquiera cuando creí que no tenía nada.

En ese momento, Ara supo que nada tendría sentido sin él. Nada. Ni su hija, ni su vida, ni siquiera la lucha que le supondría seguir adelante.

Ahogó un sollozo. Tanteó su cuerpo, buscando la herida. Sus manos, empapadas en sangre la hicieron doblarse sobre sí misma, en un llanto cruel e intenso.

— ¡¡Enzo!!

— Despierta, Ara —susurró, dulcemente—. Nadie sabe dónde está el hotel ni qué ha pasado. Pero si las cosas salen bien, tú estarás cuidada. Serás feliz. Te lo prometo.

No pudo contenerse. Se inclinó sobre él, le besó con intensidad, con pasión y desesperación, hasta que, su corazón, herido, sangró.

— Volveré a por ti —dijo ella, contra sus labios—. No se te ocurra... dejarme. Porque eso no te lo perdonaré.

Él sonrió, a duras penas.

Después observó, impotente, cómo ella se marchaba de la habitación del hotel. Sin embargo, sonrió. Y cerró los ojos.

Sonrió ampliamente. Después, soltó una carcajada. Dio una calada al cigarro que llevaba entre los dedos. Levantó la cabeza.

Había llegado y, aunque su cuerpo temblaba de cansancio acumulado y sus ojos lagrimeaban por la falta de sueño, lo había conseguido. Estaba allí, donde, prácticamente había empezado todo.

Eran las seis y media de la mañana. Y no había nadie. Nadie en absoluto.

Era hora de terminar lo que había empezado. Después se marcharía de allí, desaparecería del mundo una temporada y, quién sabe, quizá... pudiera empezar de cero. En otro lugar. Con otro nombre.

Anna sacudió la cabeza y sonrió, solo para sí misma. Cerró los ojos un instante, para sentir la caricia del sol que, tras ella, nacía tímidamente. Frente a ella, por el contrario, brillaba la luz artificial del hospital. Y como una polilla, atraída por la blanca luminosidad, avanzó.

Los pasillos, vigilados por celadores solitarios que no repararon en ella, estaban limpios y llenos de olor a enfermedad. Las habitaciones, cerradas y oscuras, repletas de gemidos de dolor y ronquidos. Pero a ella, nada de eso le importaba. Hacía tiempo que sabía donde se escondía Ara. Había pasado

horas enteras de su vida buscando una manera de terminar con ella. Pero, en medio, siempre habían estado Enzo y su hermana.

Ahora, por fin, se los había quitado de encima. Su plan, urdido desde hacía meses, había funcionado.

Volvió a sonreír. El ser humano era tan, tan predecible.

Abrió la habitación, lentamente. Y la vio: tumbada, inmóvil, hermosa. Paciente. Lista para morir.

Anna sintió como su corazón se aceleraba con brusquedad. Sus latidos, frenéticos y oscuros, como una tonada de funeral, eran lo único que se oía. Ni siquiera la respiración artificial de Ara, ni la trabajosa, suya. Solo el repiqueteo asustado y excitado de sus propios movimientos.

Un paso. Después otro. Y uno más.

Sintió las sábanas rozar sus muslos. Y la barra que sujetaba la cama. Notó la calidez de su piel. Y la suave textura de la almohada. El roce del plástico de su mascarilla de oxígeno.

Ya no había marcha atrás, ni remordimientos que la agujonearan.

Sonrió cuando notó una intensa oleada de placer, justo en el mismo instante en que apoyaba la almohada sobre la cabeza de Ara. Y apretó, apretó con fuerza.

Con tanta, que sus nudillos se tornaron blancos y su respiración, en erráticos jadeos.

El pasillo se alargaba hasta el infinito. Desde donde estaba y, aunque deseaba fervientemente encontrar el camino, no veía nada. Solo un sendero, recto, firme y largo. Excesivamente largo.

Aun así, tenía que correr, porque no le quedaba otro remedio. Era como una presa huyendo de su cazador o, también, al revés. Era incapaz de discernir cuál era su papel en todo aquello. Ni siquiera sabía si funcionaría lo que la llevaba a moverse, a entregarse a la ilusión y a las razones desesperadas. Pero tenía que hacerlo y mantener la fe hasta que esta se extinguiera en sus narices.

Ara jadeó, agotada, pero siguió corriendo. Sus pies, descalzos, golpeaban rítmicamente el suelo, haciendo que el silencio no fuera tan horrible y pesado. Aun así, sentía el miedo rondarla, acariciarla y susurrarle que no todo iba a ser tan fácil.

Pero no iba a dejarse llevar. Esta vez... no.

Se detuvo un instante para coger aire y llenar sus pulmones de un poco de vida. Se estremeció profundamente cuando notó la cálida sensación de alivio que la recorrió y casi, solo casi, sonrió. Después miró a ambos lados, contrita. La pared seguía ahí, infinita y peligrosa. ¿Y la salida? ¿Dónde estaba la salida? ¿Por qué no conseguía encontrarla?

Sintió la quemazón de las lágrimas en sus ojos, la impotencia en sus venas, el frenesí en sus piernas que, ahora, latían, dolorosamente. Pero tenía que seguir. Por Enzo, por su vida, por ella misma.

Y siguió corriendo, atravesando el silencio con rapidez y necesidad. Con la única verdad por delante, con la certeza de que lo conseguiría... porque tenía que hacerlo, porque no había más salida. Enzo debía sobrevivir y, para ello, tenía que despertar. El resto de cosas que podrían importarle ya no tenían esa prioridad. Ni lo que sentía, ni lo que había sentido antes, ni siquiera los recuerdos que tan dulcemente habían compartido.

Ahora, solo estaba la vida. A un paso de ambos, tan lejos y, a la vez, tan cerca que resultaba increíblemente frustrante y doloroso. Por un momento pensó en detenerse, en volver sobre sus pasos y en quedarse junto a él.

¿Qué haría si Enzo moría? Ni siquiera allí, en su limbo particular, rodeada de los miles de recuerdos que durante su vida había acumulado, sería feliz. No lo conseguiría, porque todo se resquebrajaría bajo un dolor mucho más infinito que su existencia. Tenía que salvarlo. Volver con él. Mecerlo en la negrura de sus caricias y susurrarle que todo iría bien.

Ara sollozó, solo para ella, casi en silencio. Temía no llegar a tiempo. Tenía miedo de abandonarle a su suerte, muriendo en un rincón, sin ayuda, sin cariño, sin aliento. Sin tantas cosas qué decirle.

Y, de pronto, lo sintió.

El dolor, cruel y despiadado, llenándola en oleadas.

Cayó de rodillas y se llevó las manos al pecho. La presión creció y, el pánico, también. Abrió mucho los ojos, desesperada, sin ser capaz de creer la crueldad del destino. Se estaba ahogando, poco a poco, irremediablemente. Y no podía hacer nada, salvo luchar por tomar un poco más de aire, un soplo más de vida. Se arrastró sobre sus piernas, heridas y magulladas, avanzando un poco más. Unos centímetros que parecieron transformarse en largos metros.

Sus ojos se velaron por las lágrimas, hasta que, prácticamente no vio nada, salvo el suave blanco de las paredes, el leve resplandor de la luz, sus manos aferradas al pecho. El ligero velo de gasa que se movía, impulsado por el viento...

Ara sollozó, amargamente, con uno de sus últimos suspiros. Aquella era la salida. El velo que separaba la consciencia de la inconsciencia. La vida de la muerte.

Y no iba a llegar. No lo iba a conseguir.

Se movió, gastando cada gota de aire, cada breve respiración que se consumía en su cuerpo. Gimió, luchó, trató de respirar. Avanzó otro paso, guiada ya por la voluntad y no por la vida, porque de esa, apenas le quedaba.

Llegó. Lo acarició. Sonrió. Y susurró un quedo "lo siento".

El tiempo corría irrefrenable y rápido, semejante a un tren sin aparente control. Lo que normalmente carecía de importancia, ahora se revelaba como algo vital, increíble y necesario. Parecía mentira que el tiempo, ese que normalmente malgastaba, fuera ahora tan increíblemente escaso.

Rocky suspiró profundamente, aterrada. A su lado, la mujer que la había soltado, Romina, trató de tranquilizarla con un gesto. No lo consiguió, por supuesto, porque era absolutamente imposible calmar sus alocados nervios. ¿Cómo podía siquiera intentarlo?

Su hermana estaba allí, a escasos metros, haciendo algo de lo que, seguro, acabaría arrepintiéndose.

Tenía miedo. Sentía un pavor absolutamente intenso. ¿Y si Anna ya había terminado? ¿Y si se encontraban con Ara y sus ojos vacíos y apagados? ¿Cómo podría vivir con esa carga encima?

Contuvo un sollozo apretando las manos con fuerza, mientras seguía a Luca y a Romina hacia la habitación de Ara. Iban deprisa, ignorando las llamadas de algunas enfermeras y celadores, que retrocedían ante la placa de Ro. El tiempo apremiaba y solo ellos sabían lo importante que era y lo mucho que lo necesitaban.

Gimió para sí misma, sin entender cómo los demás no se daban cuenta de su agonía. Eran unos ignorantes, unos patanes que no sabían el verdadero valor de la vida. Por eso y, por primera vez en mucho tiempo, hizo una locura: empujó a Ro y a Luca y, después ante su atónita mirada, salió corriendo. A pesar del dolor, del cansancio, y de los múltiples golpes de su cuerpo, Rocky voló, llevada por la valentía que le daba el último golpe, el último sentimiento de libertad cautiva.

No iba a permitir que todo terminara en oscuridad. No iba a consentir que su hermana, su odiada y querida hermana, se saliera con la suya. Con ella lo había conseguido... hasta que se sobrepuso al terror, impulsada por la necesidad de ayudar y por los ánimos que, mermados con el tiempo, brotaban con cada lágrima.

Rocky dejó de pensar en cuanto vio la puerta cerrada que custodiaba el sueño de Ara. No quiso imaginar lo que podría haber detrás, así que, simplemente, intentó abrirla. Tal y como esperaba, no lo consiguió.

— ¡¡Abre la puta puerta, Anna!! —Chilló, desesperadamente, mientras pegaba fuertes y dolorosos golpes a la madera.

No hubo contestación, ni siquiera un susurro leve y suave. Pero ella sabía que estaba allí. Podía notarlo en el angustioso correr de la sangre en sus venas, en el aire, en todo lo que la rodeaba. Tenía que hacer algo. Y pronto.

Esta vez, dejó que su cuerpo actuara por inercia. Retrocedió, tomó aire y, después, se abalanzó sobre la puerta. Esta cedió y se abrió con un brusco sonido, justo antes de estamparse contra la pared de al lado.

Y la vio, inclinada sobre Ara, con una almohada, blanca y pura, sobre su cabeza.

No pudo contenerse, ni siquiera pensó en hacerlo. Toda la rabia y el miedo que había acumulado durante esos meses salió a flote, con una intensidad tan violenta que todo lo demás quedó reducido a escombros, a nada, a polvo.

—¡¡Anna!! —gritó y, rápidamente, se acercó a ella. Sus manos se aferraron al pelo azul, sucio y encrespado, de su hermana, para tirar de esta y apartarla de Ara.

La escuchó gritar roncamente y notó, en sus propios movimientos, la desesperación de Anna. Su locura. Su ansia por destruir las cosas que no eran suyas y que, ya, jamás tendría.

— ¡¡Suéltame, puta!! —Chilló, anonadada, incrédula. Dolida en lo más profundo de su oscura alma. No había terminado. Ella seguía viva, seguía aferrándose a ese hilo de existencia que la mantenía en ese mundo—. ¡Todo fue culpa suya!

Su fuerza era inmensa y estaba descontrolada, como un huracán que se despliega en la ciudad, como un torrente de energía con demasiado poder.

Anna se giró, con los ojos desmesuradamente abiertos. Sabía que había perdido, que, por fin, alguien iba a derrotarla. Pero ella no era una persona que se marchara sin luchar. No era una cobarde. No era su hermana.

Consiguió, casi con facilidad, zafarse de ella. La cogió del cuello y la empujó contra la pared. Allí la golpeó, con saña, mientras Rocky se defendía cómo podía, con uñas y dientes, con rabia y desazón.

— Voy a llevarte conmigo, Alessandra. Vas a tener lo que verdaderamente mereces —susurró esta, desquiciada, con la voz tomada por la rabia y el dolor más intenso.

Rocky se limitó a sonreír: con dulzura, con cariño, con suavidad.

— Nunca has estado bien, ¿verdad?

No hubo contestación. Solo un cruce de miradas llenas de reproches, de momentos que destrozaron una familia, de instantes que nadie debería haber vivido.

Escuchó el ruido que hacía al sacar la pistola. Y esperó, porque ya solo podía hacer eso. Ni siquiera quería suplicarle por su vida. Hacerlo sería no respetarse a sí misma y, lamentablemente, su orgullo herido era lo único que le quedaba.

Volvió a sonreír, miró a los lados durante un segundo y sintió que, al menos, todo su sacrificio serviría para algo. Frente a ella, en la cama, Ara se sacudió, como recorrida por una corriente eléctrica.

Sus ojos se empañaron, llenos de lágrimas confusas y raras, llenas de felicidad y tristeza, de compasión y amargura.

Y entonces, ocurrió. Fue demasiado rápido. Demasiado irreal y volátil: un giro de cabeza, una mirada concentrada, un sentimiento tan asombroso y lleno de amor por la vida que no pudo decirle que no.

Anna apoyó la pistola en su estómago. Rocky, a cambio, dejó que su cabeza se estrellara contra la de ella. Sintió el dolor del disparo caer en su cadera, ardiente y crudo, intenso y desolador, pero no se detuvo. Giró sobre sí misma, sujetó a su hermana por las manos y, cuando sintió el chasquido de su

muñeca, cogió el arma. Después fue solo cuestión de mirarla, de lamentar lo que iba a hacer y de descargar la pistola.

Un tiro. Dos. Tres. El cuarto llegó tarde, cuando Romina y Luca llegaron hasta ella.

No ofreció resistencia, porque no pensaba hacerlo. Se limitó a dejarse abrazar por Luca, que susurraba cosas sin sentido en su oído. Cosas dulces, como que la sacaría de allí y que, algún día, se verían fuera, sin problemas, sin mentiras y sin miedo.

Rocky se limitó a sonreír. Había hecho lo que tenía que hacer. Por fin.

Miró el cuerpo caído de su hermana: hundido, roto, lleno de tristeza y de orgullo. Aún se movía, todavía intentaba decir su última palabra, aún dejaba que la sangre la ahogara lentamente.

Pero ninguno se movió, ni dijo nada. Porque ya no importaba. Porque ya, ni siquiera existía.

— ¿Enzo?

Todos se giraron, incrédulos.

Epílogo

Sus pasos apenas hacían eco en el pasillo aunque el susurro del carrito que empujaba era mucho más estridente.

Sin embargo, nadie la miraba, ni reparaba en ella. Era invisible y dulce, como un soplo de viento primaveral. Pero no le importaba, ni siquiera le parecía mínimamente importante. Ahora, veía las cosas de un modo muy diferente.

Parecía mentira que hubieran pasado solo dos meses.

Si bien era cierto que habían sido duros y llenos de heridas abiertas, la verdad... era que habían pasado mucho más rápido de lo que ninguno pudiera haber pensado. Eso también había sido agradable.

Rocky sonrió, se apartó un mechón de pelo de la cara y siguió empujando el carrito donde llevaba las medicinas. A medio camino, se detuvo, se agachó y se colocó bien la tobillera con el sensor que, Luca, tras muchos juicios y peticiones, había conseguido que le colocaran.

Luca...

Sin él, su mundo se habría trastocado aún más. Aquel hombre desconocido que le había tendido la mano, había resultado ser su más ferviente apoyo. Su amigo. Su amante.

Se estremeció, sin poder evitarlo. Al final, sí iba a ser cierto que el roce hacía el cariño. Desde que Luca se convirtió en su abogado, las horas pasaban mucho más rápido, incluso durante el tiempo que estuvo en prisión. Fue gracias a él que consiguió la libertad vigilada, y su alegación de defensa propia. El juez había estado de acuerdo, así que, con el tiempo, había conseguido recuperar su antiguo empleo.

Y ahora, le tenía a él. Aún estaban empezando, tanteándose el uno al otro, temerosos de encontrar un rechazo que ninguno quería para sus vidas. Iban despacio. Y era perfecto.

Siguió empujando el carrito. Llegó a una habitación y abrió la puerta.

— Aquí traigo los antibióticos. ¿Necesitáis algo más?

— ¡Una jodida cerveza!

Rocky sonrió y sacudió la cabeza. Después se giró hacia la mujer que, lentamente, se movía por la habitación, con pasos pequeños, suaves y tiernos.

— ¿Tú qué opinas, Ara? —preguntó, con una sonrisa llena de picardía—. ¿Le traemos una cerveza?

Ara le devolvió la sonrisa. Después y, tambaleante, se acercó a la camilla, donde se dejó caer, agotada.

En realidad, Enzo había salido del hospital hacía semanas. Su herida de bala no era tan grave como habían imaginado, pero sí muy dolorosa. Aun así y contra todo pronóstico, seguía volviendo al hospital día tras día, junto a Ara... saltándose todas las prohibiciones que ella, muy suavemente, le había ordenado: ni ir todos los días, ni beber para coger el coche.

— Por mucho que yo le diga que no, va a hacer lo que quiera —susurró, dulcemente.

Aún le costaba hablar.

En realidad, le costaba hacer cualquier cosa pero, se esforzaba cada día en dar otro paso, en vocalizar un poco más. En sonreír como tenía que hacerlo. Como ella deseaba.

Habían pasado dos meses desde que consiguió abrir los ojos. Fue impactante saber que, después de todo lo que había vivido en el limbo, aún le quedaba tiempo para más.

Pero ella sabía que por eso había despertado: para tender la mano a Enzo, para evitar que se quedara allí, con ella.

Ninguno merecía ese destino.

Sonrió al recordar el velo de gasa que había rozado su mejilla, como una caricia cariñosa que la instaba a dar otro paso. Al final, todo había resultado ser fácil. Increíblemente fácil.

— Una cerveza no va a hacerme daño, *ragazza*. —Enzo gruñó algo incomprensible, se acercó a donde estaba su mujer y la besó en la frente, con cariño y anhelo. Con la posesividad que le daba el miedo a perderla.

Estaba deseando llegar a casa y salir de allí. Odiaba el hospital, odiaba el tiempo perdido y se odiaba a sí mismo por no poder hacer más. Necesitaba tomar el aire con ella y con su hija, que solo era capaz de preguntar sobre cuándo podría ver a su madre.

Pero, curiosamente, era feliz. Irremediablemente feliz. Estúpidamente feliz. Como nunca antes.

Sonrió, cogió de la mano a Ara y la estrechó con cuidado. Después se sentó, aunque aún notó un agujonazo de dolor en el muslo. La cicatriz le acompañaría toda la vida, así como los recuerdos.

¿Quería olvidarlos? Todo el mundo creía que sí. Pero, en realidad, no era lo que deseaba. Gracias a aquel infierno había descubierto el verdadero sentido de la vida. Del amor. De la familia. Del tiempo.

Aún no era capaz de creer todo lo que había pasado. Cuando, tras despertar del sueño de la droga, vio la herida, sangrante y húmeda. Cuando sintió la lacerante debilidad. Cuando creyó, con desesperada fiereza, que iba a morir. Y, después... la policía italiana, que gritaba que le habían encontrado.

Sonrió al recordar el momento en el que, por teléfono y en el hospital más cercano, le dijeron que Ara había despertado y que sabía dónde estaba. Al principio nadie quería creerla, pero, después... se aferraron a la última esperanza que les quedaba. Efectivamente, le encontraron: solo, tembloroso, a punto de morir.

Aunque nadie dijo nada de cómo había ocurrido semejante milagro. Todos lo achacaron a que Anna, en su desesperación, se lo había dicho entre susurros, a pesar del coma y que Ara... lo había recordado. No era así, por supuesto, pero ella nunca lo desmentiría. El limbo y su misterio quedarían en la mente de ambos, oculto y solitario, como si fuera solo el resquicio de una locura. Aunque fuera real. Aunque les hubiera salvado la vida.

— Eso dices siempre. —Le regañó Ara que, dulcemente, alzó los brazos para estrechar a Enzo, incapaz de no tocarle ahora que lo tenía cerca.

Se estremeció cuando notó los latidos de su corazón contra los de ella, reales y nítidos, hermosos, pacientes. Y solo de ella.

Ara suspiró profundamente y hundió la cara en su cuello. Aspiró lentamente, embriagándose de él. Tembló entre sus brazos y, después, sonrió.

Eran reales. Ahora, por fin... lo habían conseguido. Después de luchar contra los sueños, las sombras y la irrealidad, estaban allí, el uno para el otro. Para siempre. Por siempre.

Ya no importaba nada más. Ni los recuerdos que les habían asolado, ni aquellos, dulces y suaves, que habían calmado sus heridas. Tampoco importaba todo lo que había quedado atrás.

— Bueno, muchachos —intervino Rocky, que sonreía socarronamente, con las mejillas encendidas—. Os dejo con lo vuestro. Yo me marchó, que Luca me espera en casa.

Puso los ojos en blanco, como si la idea fuera horrible pero, su sonrisa, su leve y tierna sonrisa, decía lo mucho que deseaba llegar.

La habitación quedó en silencio, teñida solo por la respiración acompasada de la pareja que, ahora, ya no iba a separarse.

— Te quiero —susurró Ara, contra él, contra la suave piel de su cuello, con la dulce emoción que la embargaba cada día, cuando estaba a su lado.

Enzo sonrió y la estrechó con más ganas, sin desear soltarla. No contestó pero, el latido impetuoso

de su corazón, frenético y ansioso, le dijo todo lo que necesitaba saber.

Por supuesto que la quería. Saber que, después de todo lo que habían sufrido, de lo que les había tocado vivir, él seguía allí... cada noche, cada día, cada momento, por leve que fuera... era señal suficiente de lo que ambos sentían. De la verdadera fuerza de su unión.

Estaban juntos, unidos por algo mucho más intenso que el dolor o el miedo. Que el placer y la alegría. Tenían amor y se tenían el uno al otro. Nada más importaba.

Ambos sonrieron, con dulzura. Se miraron, con cariño. Se acariciaron, con ternura y vehemencia. Sin prisa, porque ya, el tiempo no hacía mella en ellos.

Ya no temían a nada. Ni al pasado, ni al futuro.

Ni siquiera a lo que había detrás de la lejana y última puerta.

FIN

Agradecimientos:

Vaya... quién iba a decir que volvería a escribir algo así en tan poco tiempo.

¡¡Gracias!! Mil gracias, mil abrazos y mil reverencias. De verdad, gracias por estar ahí una vez más, un libro más... Para mí, es algo maravilloso, porque es un sueño hecho realidad que, poco a poco, crece y crece. Nunca imaginé que algo que empezó de un suspiro, sea ahora una hermosa corriente llena de historias.

Por eso, quiero daros las gracias.

A Sara, porque siempre está ahí, sin importar la hora, mi estado de ánimo o mis problemas. Porque me acepta como soy y, sobre todo, porque es quien guía mis historias a buen puerto (en serio, el palo de "inspirar" duele mucho).

A mis padres, por prestarme su apoyo y tratar de que mi sueño siga avanzando, pasito a pasito (aunque a veces les cueste o no sean conscientes de ello...)

A mi tía, por tener la santa paciencia de leer mis manuscritos a medias (porque sí, la pobre siempre se queda sin leer el final...) y, aun así, valorarlos y ayudarme con los detalles.

Quiero darles las gracias a mis lectoras cero, a Miriam, por seguir leyendo, día a día, sin quejas, con ánimo y con su amistad sincera por delante. A María del Pilar y a María Luisa, por leer mi historia día a día, por ayudarme a corregir cada detalle que yo no veía y por darme su opinión sobre cada párrafo (incluso cuando estábamos en desacuerdo, niñas) ¡muchísimas gracias! A Ana, por sacar tiempo y leerla, comentarla y opinar cada instante, cada escena, con una emoción que me ha conquistado por completo.

También agradecer a Arman, a Lury y a mis chicas tempus... mil gracias por darme esta oportunidad de crecer junto a vosotras, en una editorial que es, simplemente, maravillosa.

Y por último... a ti, lector. Mi más sincero agradecimiento por darle una oportunidad a mi historia. Espero que la disfrutes tanto... o más que yo.

Una vez más... ¡Gracias!

Abigail Villalba Sánchez

